COLUMBIA LIBRARIES OFFSITE
CU50026984
855Sa34;T5
RECAP
855Sa34 — T5

SALGARI

LOS NÁUFRAGOS DEL SPITZBERG

BARTOLUZZI

S. CALLEJA - MADRID

Columbia University
in the City of New York

THE LIBRARIES

(35

BIBLIOTECA CALLEJA

OBRAS LITERARIAS

DE

AUTORES CÉLEBRES

204

Los dos hombres se arrojaron uno en brazos del otro.

LOS NÁUFRAGOS DEL SPITZBERG

POR

EMILIO SALGARI

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

ANTONIO JIMÉNEZ

855 Sa 34
T5

Es propiedad.

Hijos de R. Alvarez, Ronda de Atocha, 15.—Teléfono, 809.

39/43B OCT 23 1947 MS

LOS NÁUFRAGOS DEL SPITZBERG

CAPÍTULO PRIMERO

El desastre de las barcas balleneras.

El 29 de Septiembre de 1875, hacia el mediodía, reinaba una gran animación en los vastos y famosos establecimientos del islote de Vadso, propiedad del señor Foyn, el célebre pescador de ballenas y riquísimo armador del Varangefiord. Todo trabajo había sido interrumpido bajo los inmensos cobertizos que se extendían en todas direcciones desde un extremo á otro de las ribe ras de la isla. Los fundidores de grasa habían abandonado la gigantesca caldera, en la que

hervían, esparciendo alrededor nubes de negro y nauseabundo humo, grandes trozos de carne de ballena. Los descuartizadores habían abandonado sus hachas y cuchillos chorreando grasa y sangre y no se ocupaban en descarnar la enorme cabeza del cetáceo; los machacadores de huesos habían dejado de triturar y reducir á polvo costillas de espantosas dimensiones; los muchachos habían abandonado las carretillas cargadas de trozos de carnaza sanguinolenta, que debían servir para extraerles la grasa, y, por último, los marineros y grumetes habían dejado solas las pequeñas naves ancladas en el canal, bajando á tierra para participar de la general animación. Grupos de personas discurrían dentro y fuera de los cobertizos, y toda aquella gente, de ordinario tan flemática y tranquila, discutía con calor, cambiando vivas preguntas y respuestas.

—Pero ¿será verdad?—preguntaban ansiosamente los unos.

—Sí, sí—respondían los otros.

—¿Y están junto á los hielos?

—Así se dice,

— Pero ¿dónde?

— En la isla de los Osos.

— No; en la Nueva Zembla.

— Tampoco. En la de Spitzberg.

— Pero ¿querrán ir al Polo?... Hay ballenas en las costas del Finmark, sin necesidad de ir á buscarlas tan lejos.

— ¡Eso es una locura!

— Que costará cara al señor Foyn.

— ¿Y qué le importa? Tiene muchos millones.

— Es que se habla de dos naves.

— De tres.

— ¡De media flota!

— ¡Qué desastre!

— ¿Y han muerto todos?

— Sí.

— No; solamente han naufragado.

— Sí; los hielos han destrozado los barcos.

— Pero ¿quién ha traído la noticia?

— Un capitán ballenero la ha traído desde Nammerfest.

— ¿Y vendrá aquí?

— Llegará dentro de pocos minutos en el pirósca fo costero.

—Que ya se divisa—dijo un descuartizador, que, por ser más alto que los demás, podía ver la costa noruega mejor que los otros. Veo al *Grimsey* entrar en el Varangefiord á todo vapor.

—¡No, no! Parece más bien un piróscafo inglés—dijeron algunos.

—No; es el *Grimsey* de Hammerfest, y se dirige á toda prisa hacia aquí—replicaron otros.—Mirad al señor Foyn que llega á la escala.

—¡Vamos á ver!—gritaron todos, y se dirigieron precipitadamente á la playa.

El señor Foyn les había precedido, y paseaba por el muelle con cierta impaciencia, sin apartar sus miradas del *Grimsey*, un esbelto y rápido *steamer* que filaba á todo vapor por el largo canal del Varangefiord.

El rico propietario de aquellas grandiosas fábricas tendría en aquella época de cuarenta y cinco á cuarenta y ocho años. Era un hombre alto como un granadero, de formas robustas, con piernas y brazos fuertes y musculosos, anchas espaldas, cabeza cubierta de abundante y rizoso pelo, semblante enérgico de líneas angu-

losas, ojos de un azul profundo y barba también rizada y partida en dos.

Nacido en la Noruega meridional, en su juventud fué lo que se llama un pobre diablo. Primero fué grumete; después, marinero; luego, fundidor de grasa de ballena; más tarde, pescador por su propia cuenta, y á los treinta y cinco años había reunido muchos millones y tenido el honor de que le visitara Oscar II durante el viaje que hizo este Rey por las costas del Finmark.

Debía su fortuna á la pesca de la ballena, y sobre todo á las mejoras que había introducido en los procedimientos en uso para coger á aquellos gigantes del mar.

Había sido el primero en abandonar el secular arpón, arma excelente, sí, pero peligrosa contra aquellos colosos y no simpre afortunada, para adoptar los proyectiles explosivos y de punta.

Como logró con estos procedimientos resultados maravillosos y se hizo muy pronto rico, abandonó su peligrosa carrera para dedicarse á una industria que debía hacerle célebre en toda

la Noruega y entre todos los pescadores de ballenas del golfo.

Éstos acostumbraban arrojar al mar los restos de los cetáceos después de extraerles la grasa, y Foyn comprendió bien pronto que aquellas enormes masas de carne y de huesos podían dar todavía riquezas parecidas á las que producía el aceite, sólo con encontrar el medio de remolcarlas á tierra sin grandes gastos.

En cuerpo y alma se dedicó á buscar la manera de realizar sus proyectos, estableciéndose, al efecto, en un islote situado frente á Vadso, la última de las islas del Varangefiord, en el cual construyó los grandiosos almacenes y fábricas que aún hoy constituyen la envidia de los pescadores de ballenas, y que dan á su propietario una ganancia de muchos millones al año.

Ahora no se desperdicia ni una sola partícula de los gigantescos cuerpos de las ballenas pescadas por los rápidos navíos del señor Foyn en los mares del Norte.

Un plano inclinado excavado en las rocas recibe el enorme cuerpo del cetáceo. Apenas la baja marea lo deja al descubierto, lo rodea un

centenar de descuartizadores que le separan la grasa destinada á ser fundida en las grandes calderas colocadas bajo los cobertizos.

En seguida el resto del animal es cortado en pedazos. Los monstruosos huesos pasan á la sala respectiva, donde los trituradores los reducen á polvo, que á su vez es convertido en negro de humo; las carnes sufren una conveniente maceración y después forman un guano excelente, que se destina á fertilizar los campos; los tendones y otras determinados partes del animal, después de sometidos á procedimientos especiales, llegan hasta el comercio bajo la forma de cola.

El señor Foyn aprovechaba de tal modo el cuerpo de aquellos monstruos del mar, que no desperdiciaba un átomo de la grasa, la carne, los tendones, ni aun de los huesos.

. . . . . .

Una chalupa se destacó de los flancos del *steamer* señalado, tripulada por cuatro marineros y un timonel, y en pocos minutos atravesó el canal y se detuvo ante la escalerilla en la cual permanecía el señor Foyn.

El hombre que había sostenido hasta entonces la barra del timón saltó ágilmente á tierra, aunque llevaba el pesado capote de mar y calzaba los altos y gruesos stivales.

En estatura y robustez de formas podía competir con el rico ballenero del Vadso, si bien se advertía que era más joven que él, pues apenas llegaría á los cuarenta años. Era un hombre hermoso, aunque de facciones un tanto duras; de piel blanquísima, como todas las razas del Norte y especialmente los noruegos de la alta costa; de ojos de un azul sombrío, que denotaban audacia poco común; labios delgados, á los que daba sombra un bigote rubio, y cabellera abundante, también rubia.

Vestía como un marinero; pero en la cabeza llevaba una gorra con galón de oro, distintivo de comandante.

—¿El Sr. Foyn?—preguntó tocándose la gorra.

—Yo soy—contestó el propietario del establecimiento.

Los dos hombres se miraron con curiosidad durante algunos instantes, y luego añadió el primero:

— ¿El señor Foyn?—preguntó tocándose la gorra.

— ¿Habéis recibido mi despacho de Hammerfest?

— Sí, señor Tompson. Os doy gracias por haber venido, y os recompensaré por el tiempo que habéis perdido en mi obsequio.

— Había terminado la descarga, señor Foyn, y nada me detenía en Hammerfest. La estación de la pesca está casi terminada y no contaba con hacerme á la mar para las regiones del Norte.

— ¿Queréis seguirme á mi casa? Hablaremos mejor.

— Estoy á vuestra disposición.

El rico propietario se dirigió á un pabellón de reducidas proporciones, con las paredes pintadas en rojo, que surgía á un extremo de los cobertizos, é introdujo al señor Tompson en un gabinete elegantemente amueblado y adornado con arpones dispuestos con arte y trofeos de huesos y barbas de ballena.

Le hizo sentar en una cómoda poltrona, llenó dos copas de ginebra, se sentó á su vez y dijo con cierta emoción que en vano trataba de ocultar:

— Hablad, señor Tompson. ¿Es verdad, pues? ¿Todos perdidos?

— Que se hayan perdido todos, eso no lo sé; pero que les ha acaecido una desgracia es cosa cierta, porque el resto por mí encontrado es un pedazo del frente de popa, en el que se leía claramente el nombre.

— Contádmelo todo, señor Tompson.

— Una pregunta antes, señor Foyn.

— Hablad.

— ¿El *Gotheborg* formaba parte de la flota de vuestros balleneros?

— Sí.

— ¿Y no ha vuelto ninguna nave de esa flota?

— Sólo la primera escuadra, que se había dirigido á la isla de los Osos; pero no la segunda, que marchó al Spitzberg.

— ¿De qué buques se componía la segunda?

— De dos: la *Tornéa* y el *Gotheborg*.

— ¿Cuántos hombres tripulaban esos navíos?

— Sesenta y siete.

— ¡Diablo! ¿Eran buques de vapor?

— No, ambos de vela. A los buques de vapor los tengo más cerca de mí, pués son los encar-

gados de la pesca á lo largo de las costas de Finmark y del Varangefiord, á fin de utilizar los restos de los cetáceos.

Este año las ballenas se habían mostrado escasas en nuestra costa, y tuve la poco afortunada idea de mandar á mis veleros muy al Norte, pues me informaron de que los cetáceos abundaban entre las islas de los Osos y de Spitzberg.

—Y os informaron bien, señor Foyn. Yo me dirigí á la isla de los Osos y en seis semanas he podido completar mi carga.

—Vamos al hecho, señor Tompson; os lo ruego.

—El encuentro del madero lo tuve hace veintisiete días, á las once de la mañana, á cuarenta millas de la isla de los Osos, costa septentrional.

Como os he dicho, volvía con mi carga completa, y alegre por alejarme de aquellos parajes, que empezaban á ser peligrosos. De la isla Spitzberg se destacaban grandes témpanos de hielo navegando hacia el Sud, y en tan gran número, que llegué á temer que me encerraran, obligándome á invernar en medio del Océano. El 5 de

Agosto, mientras mi *Skooner* navegaba entre dos filas de *ice-bergs*, tocó contra un obstáculo. Creí que la proa hubiera chocado contra uno de aquellos bloques que se mantienen á flor de agua y que nosotros llamamos *palk;* pero al divisar una cosa negra por estribor, mandé maniobrar en las velas á mis marineros á fin de mantener el buque al pairo. Me había dado cuenta de que el objeto con el cual habíamos tropezado era el resto de una nave. Hice, pues, botar la pequeña ballenera y me decidí á cogerlo.

Como os he dicho, era un trozo de la popa de un navío, una parte de la mura, un trozo de puente y toda la parte posterior del cuadro, con el timón todavía en su sitio, aunque roto por la mitad.

A un lado, en letras doradas, se leía: *Gothe-borg-Vadso.*

Sospeché en seguida que debía de tratarse de uno de vuestros buques, y examiné atentamente aquellos restos para saber si la nave había sido aplastada por la caída de un *ice berg* ó si se había destrozado contra alguna costa.

Mis indagaciones no fueron infructuosas: ten-

go la certeza de que el *Gotheborg* chocó en alguna playa, probablemente en alguna isla de las Spitzberg.

—¿Y cómo habéis podido saberlo?—preguntó el señor Foyn con admiración.

— De un modo facilísimo, señor. Toda la popa y hasta parte de la mura estaban aún cubiertas de fango. Como podéis comprender, aquellos restos no hubieran estado tan manchados si el choque hubiera sido con cualquier colosal *ice-berg*.

—Es verdad—dijo el señor Foyn, que se había quedado pensativo. —Decídme, señor Tompson: ¿habéis sufrido borrascas durante vuestra pesca?

— Sí, muchas y terribles. Del Spitzberg venían inmensas olas, y temo que allí el mar haya estado alborotadísimo.

—¿Creeis que se hayan perdido mis dos buques?

—¿Cuándo retornan ordinariamente vuestras flotas?

— Hacia la mitad del mes de Agosto.

— ¿Siempre?

— Siempre, señor Tompson.

— Mal indicio que esos dos navíos no estén

aún aquí. El *Gotheborg*, ya lo sabemos, se ha perdido; pero ¿y la *Tornea?* Señor Foyn, ¿queréis un consejo?

— Hablad.

— Si os importa salvar las tripulaciones, haced armar uno de vuestros mejores buques y mandadlo al Spitzberg sin perder tiempo. Podría llegar á aquellas islas antes de que los grandes bancos de hielo bloqueen las costas.

— Es verdad; pero ¿quién se atreverá á lanzarse al Norte á primeros de Septiembre? En el Spitzberg ha comenzado ya el invierno.

— ¿Quién? — dijo el capitán ballenero acariciándose la barba y mirando fijamente al señor Foyn.— Yo he terminado mi trabajo; he conducido mi nave al Hammerfest, la he hecho poner en el dique para las reparaciones necesarias; he vendido mi cargo y me hallo absolutamente libre. ¿Me aceptáis? No tengo miedo al frío, ni me importa nada pasar un invierno en Spitzberg. Me han dicho que allí abunda la caza y que las focas menudean que es un gusto. Podría, pues, complaceros, y de camino hacer mi negocio. ¿Qué decís á esto, señor Foyn?

CAPÍTULO II

A bordo de la «Torpa».

Al oir aquella proposición que no esperaba, pues el señor Foyn sabía muy bien que tal expedición en invierno (en aquellas latitudes no existe el otoño) podía costar la vida al audaz ballenero, el rico negociante tendió la diestra á Tompson, diciéndole con viva emoción:

—Gracias, señor Tompson.

—¿De qué? —respondió el ballenero.— Realizo un gran negocio al prestaros un pequeño servicio: he aquí todo.

—Sois un hombro verdaderamente generoso.

—Soy un hombre de mar, como lo habéis sido vos.

—Pero ¿habéis pensado en los peligros que vais á afrontar?

— Yo y los hielos somos antiguos amigos.

— Sí; pero os bloquearán.

— Lo sé, é invernaré en Spitzberg con vuestra desgraciada tripulación. Tendré tiempo para realizar un buen cargo de aceite de focas.

— Os daré uno de mis mejores buques, y todo el cargo que consigáis será para vos. Además, os pagaré un estipendio que subirá al doble del que perciban mis capitanes.

— ¡No tanto, no tanto, señor Foyn! Me contento con el cargo que realice y con traeros á la tripulación naufragada.

—Decidme, señor Tompson: ¿conocéis el Spitzberg?

— Sí; he estado allí dos veces.

— ¿Y contáis con invernar en aquellas islas?

— Preveo que los hielos me impedirán regresar á tiempo; pero no temáis. Ya he invernado en la isla de Juan Mayen y en la de los Osos.

— ¿Cuántos hombres queréis?

— Me bastarán veinticinco ó treinta.

— Añadiré á ellos cuatro balleneros. Podréis encontrar cetáceos, y así haréis mejor vuestro negocio.

—No os los rehusaré ciertamente, replicó Tompson riendo.

— Pues no perdamos tiempo; pero...

— ¿Qué?

— ¿Aceptaréis á un amigo mío?

—Con mucho gusto. Me servirá de compañero.

— Es un sabio de Holmstad, un valiente joven que ha venido aquí á hacer observaciones acerca de los hielos y auroras boreales. Se considerará muy contento si os acompaña á Spitzberg.

— Encontrará en mí un buen amigo, señor Foyn.

— Vamos á escoger el buque. Mañana, si os parece, podéis haceros á la mar.

— Mejor. No hay que esperar que los hielos desciendan al Sud.

Bebieron la ginebra, salieron del pabellón y se dirigieron hacia los apostaderos, donde se hallaban aún los buques destinados á la pesca de los colosales cetáceos.

Al ver á sus hombres agrupados ante el pabellón, el señor Foyn les saludó con la mano, diciéndoles:

— ¡Volved á vuestras ocupaciones, mucha-

chos! La flotilla del Spitzberg ha naufragado; pero estamos organizando una expedición. ¡No temáis! ¡Si Dios nos ayuda, volveréis á ver á vuestros amigos!

La flota del señor Foyn era numerosísima, y no había necesidad de perder mucho tiempo para encontrar un buen buque. Contaba con muchos barcos de vapor de pequeño porte, pero dotados de una velocidad muy grande, los cuales estaban encargados de la pesca y remolque de los cetáceos que se mostraban en aguas de Finmark ó de Varangefiord, y además con gran número de navíos de velas, briks, bergantines y *skooners*, destinados á la pesca lejana en Spitzberg, Nueva Zembla y en las islas de los Osos.

Todos tenían su chalupa ballenera suspendida de la grúa, y llevaban dos cañoncitos, ó, mejor dicho, dos gruesas y cortas espingardas para lanzar las balas exploxivas y de punta.

El capitán ballenero abarcó de una sola mirada todos aquellos buques, de diverso porte y de distintas formas, y detuvo la vista en un *skooner* de formas redondeadas y macizas y con una arboladura altísima.

—He aquí una nave muy parecida á la mía —dijo dirigiéndose al señor Foyn.—Los flancos anchos son preferibles á los estrechos para las acometidas de los hielos.

—¿Os parece bien ese *skooner?*

—Sí, señor Foyn.

—Tenéis buena vista, querido Tompson. La *Torpa* es una buena nave, cuyo mando se disputan mis capitanes. Tiene un espolón sólido, y, aunque sus formas son un tanto redondeadas, adelanta sus siete ú ocho nudos por hora sin gran trabajo.

—¿Su porte?

—De 320 toneladas.

—¿Armamento?

—Completo. Y está dispuesta, pues regresó la semana última. Señor Tompson, vamos á comer mientras mis hombres empiezan á embarcar los víveres y todos los objetos necesarios para una larga permanencia en los mares del Norte.

Hizo llamar al jefe de la tripulación del buque escogido por el ballenero y le dió las órdenes necesarias á fin de que la *Torpa* estuviese

dispuesta al amanecer, y en seguida enlazó amigablemente su brazo con el de Tompson y se dirigió á sus habitaciones particulares, que se levantaban á unos quinientos pasos del establecimiento.

Era una casa de dos pisos, construída toda de madera, de techos muy inclinados y adornada de pinturas, como los *chalets* noruegos. Sus muros estaban pintados de rojo vivo, y sus puertas y ventanas eran dobles para no dejar escapar el calor interior durante el largo y riguroso invierno.

Rodeaba la casa un pequeño jardín, en el que florecían á costa de grandes cuidados algunas plantas de templados climas, destinadas á perecer en las primeras nevadas, y se veían, además, en él algunos grupos de abetos y de pinos. No faltaba una preciosa *vise,* á través de cuyos cristales se veían las grandes estufas que daban calor á las plantas de los países tropicales que allí se cultivaban y que crecían raquíticas y siempre estremecidas de frío, á pesar de la altísima temperatura que las rodeaba.

El señor Foy introdujo al ballenero en un sa-

loncito amueblado sencilla pero elegantemente, con grandes poltronas tapizadas con pieles de oso, con pesadas cortinas que se oponían á la entrada del más leve soplo del aire exterior, con mapas y cartas geográficas de las regiones septentrionales y con artísticos trofeos de arpones, hachas, cuchillos y arneses raros, que debían de provenir de los esquimales.

El pavimento desaparecía por completo bajo cuatro soberbias pieles de osos blancos, que debieron de tener en vida colosales dimensiones.

La mesa, que ocupaba el centro del salón, estaba ya servida, y el capitán ballenero, que sentía apetito, hizo un gesto de satisfacción al ver entre los manjares caviar de Rusia, salmón del Tana, sardinas en aceite, filetes de delfín y una alegre fila de polvorientas botellas cuyo contenido era excelente: Burdeos, Reno y Laboud.

—¡Francia, Alemania y Dinamarca! —dijo sonriendo. —Señor Foyn, se ve que queréis brindar por el éxito de la expedición con vinos de calidad superior. ¡Esto es un buen augurio!

— ¡Así sea, señor Tompson! Sentáos y comed á placer, como si estuvierais en vuestro buque.

— Esto es un buen augurio.

— El apetito no nos falta nunca á los balleneros.

— ¡Ah; olvidaba á mi amigo el hombre de ciencia!

Hizo sonar tres veces un timbre eléctrico, y poco después entraba en el comedor un hombre de unos treinta años, alto, delgado, con barba rubia, ojos azules, con gafas y facciones acentuadas, que tenían un no sé qué de audaz y resuelto.

A juzgar por su aspecto, parecía que acababa de volver de alguna excursión por la isla, porque aún llevaba puestos el capote de piel de foca, el sombrero de tela encerada y las pesadas y altas botas ó stivales de mar.

— Permitid que os presente á mi amigo el profesor Oscar Benstorp, querido señor Tompson — dijo Foyn. — Es un hombre cuya compañía os será muy grata en Spitzberg.

El caballero y el sabio se estrecharon fuertemente las manos.

— Seréis muy bien recibido en la *Torpa*, señor, dijo Tompson. — Procuraré que no os aburráis.

— Pero ¿qué? ¿Vamos á viajar? — preguntó sorprendido el profesor.

— El señor Tompson marcha al Spitzberg en socorro de mi flotilla.

— Pero ¿ha naufragado?

— Todo lo hace sospechar así.

— Para ti eso es un desastre, Foyn.

— Más lo ha sido para mis pobres marineros, Oscar; pero confiemos en que llegaréis á tiempo para auxiliarlos.

— ¿Crees que habrán logrado salvar algunos víveres?

— ¿Quién puede saberlo?

— Por fortuna, la caza abunda en Spitzberg.

— Sí; pero ¿y si no han podido salvar las armas?

— Es verdad, Foyn. Esos pobres hombres pueden correr el peligro de morir de hambre y aun de frío. Los inviernos en Spitzberg son terribles.

—¿Te complace acompañar al señor Tompson?

— Es una fortuna que no desperdiciaré.

— Pues entonces comamos, y en seguida presenciaremos el embarque de víveres.

Media hora después, y encendidas las pipas, el señor Foyn y sus compañeros estaban cerca del buque.

La *Torpa* había sido remolcada al pie de la escalerilla, y unos cuarenta marineros trabajaban alegremente bajo la dirección de algunos capataces y de un capitán ballenero.

Verdaderas montañas de provisiones de todas clases eran precipitadas en la estiva del *skooner*, pues todos estaban convencidos de que la expedición iba á verse obligada á invernar en Spitzberg, á causa de hallarse avanzada la estación. Cajas de té, de pescado seco, de *pemmican* ó polvo de carne, de vestidos, de abrigos, de galletas, de harinas, de conservas alimenticias, de bizcochos y de frutas secas, barriles de carne salada, de café, de chocolate, de vegetales en vinagre, de zumo de limón para combatir el escorbuto, de vasijas de barro y toneladas de carbón pasaban á los almacenes del buque, que iba bajando de nivel á ojos vistas.

Mientras los marineros y grumetes se ocupaban del cargo, algunos carpinteros visitaban las cámaras, la estiva, la arboladura y aun la sen-

tina, reforzando los puntales para dar más resistencia á la nave y ponerla en situación de poder resistir á las tremendas presiones de los hielos. Todo objeto que no estaba en condiciones era cambiado por otro flamante, á fin de que en el buque no hubiera nada sin la necesaria garantía de solidez.

Aquel trabajo febril continuó durante toda la noche, siendo de advertir que el Sol se puso á las once para volver á aparecer á las dos de la mañana.

Á las seis todo estaba dispuesto. La *Torpa* podía emprender el viaje aprovechando la subida de la marea, cuya máxima altura debía ser á las ocho de la mañana.

—¡A bordo! — dijo Tompson, que no había dejado de inspeccionarlo todo durante la noche entera, en compañía de Foyn y del licenciado, para asegurarse de que nada faltaba. —El viento sopla del Sudeste y nos empujará con rapidez. Señor Foyn, ¿vuestras últimas instrucciones?

—Creo que no necesito añadir más. Sabéis mejor que yo lo que se debe hacer.

—Espero traer aquí á todos vuestros hombres,

— Me olvidaba de advertiros una cosa.

— ¿Cuál, señor?

— He hecho embarcar dos de mis edredones domesticados.

El capitán ballenero lo miró con sorpresa.

— ¿Queréis tal vez procurarme plumas para mi colchoneta? Os aseguro que no las necesito.

— Lo creo; pero esas aves os prestarán mejor servicio. ¿Habéis oído hablar de las palomas mensajeras?

— Sí, algunas veces.

— Pues bien; esos edredones os servirán para darme noticias vuestras. Así, en caso de peligro, en la nueva estación podré organizar otra expedición para que os socorra.

— ¡Es una idea verdaderamente admirable! No lo dudéis: os daré noticias mías.

— Partid, y buen viaje. Buena suerte, amigo Oscar.

El capitán y el profesor estrecharon efusivamente la mano al señor Foyn y subieron á la *Torpa*, mientras los trabajadores del establecimiento, que se habían agrupado en el muelle, lanzaban tres formidables ¡hurras!

Tompson subió al puente de mando, é irguiendo su cuerpo, gritó con voz de trueno:

— ¡Arriba las anclas! ¡Proa al Norte!

Pocos minutos después el *skooner* abandonaba el islote, saliendo á toda vela del Varangefiord.

CAPÍTULO III

En ruta hacia el Norte.

El capitán Tompson no se había engañado acerca de las condiciones de la *Torpa*.

Era un buque de escaso porte, porque, como hemos dicho, sólo desplazaba 320 toneladas; pero al mismo tiempo era el velero más á propósito para una arriesgada expedición por los mares polares.

Era corto y ancho de flancos, la mejor forma para soportar las irresistibles presiones de los bloques de hielo, pues permite casi siempre el salvamento sin el peligro de dejarse aplastar. El costillaje era fuerte, de gran resistencia, y tenía un sistema de dobles compartimientos y de dobles puntales reforzados, siendo su mura alta

para proteger mejor de los golpes de mar á la tripulación.

Su proa, casi en ángulo recto, como la tienen en general los buques noruegos dedicados á la pesca, estaba provista de un fuerte espolón de hierro que le permitía embestir á los hielos para abrirse paso á través de los *palks*, los *streams* y los *ice-fields*.

Su arboladura era altísima y sus velas tenían amplitud enorme para poder aprovechar la más ligera brisa. La vela cuadrada del trinquete, la randa y contrarranda del palo mayor y los foques del bauprés eran nuevos, y su gruesa tela podía soportar, sin temor de que se desgarrara, los más impetuosos vientos polares.

La tripulación, cuidadosamente escogida por el señor Foyn, era digna del buque. Eran todos jóvenes, sanos y fuertes, de miembros robustos y brazos forzudos, y estaban habituados á los fríos de las regiones del Norte y á las peligrosas empresas de los balleneros. Únicamente el piloto de los hielos, ó *ice-master*, era de alguna edad; pero sus cincuenta años no le pesaban y maniobraba como un joven.

— ¡Buen buque y buenos marineros! — dijo Tompson al sabio, que se había sentado en cubierta sobre un lío de maromas.—Con esta gente llegaremos al Spitzberg, aunque se opongan todos los hielos y tempestades polares.

— ¿Creéis que encontraremos pronto los hielos?

— La estación está ya adelantada en estas regiones, y al lado de allá del Cabo Norte hallaremos algún *ice-bergs*, ó sea alguno de esos bloques enormes que son la vanguardia de los *ice-fields* ó grandes extensiones de hielo.

— ¿Y pasaremos á través de ellos?

— ¡Por Baco! Si es preciso, trabajaremos con el espolón; pero pasaremos.

— ¿Cuándo esperáis llegar á Spitzberg?

— Dentro de dos semanas, si el demonio no mete la pata y si no nos detenemos á pescar alguna ballena. Tengo deseos de probar las balas del señor Foyn.

— ¿Empleais todavía el arpón?

— Sí, profesor. Las balas que se emplean ahora serán buenas, eficaces, todo lo que se quiera; pero yo prefiero la antigua arma de

nuestros valientes balleneros. La caza con arpón es más emocionante; y aunque también es más peligrosa, falla muy rara vez.

—¿Habéis arponeado muchas ballenas?

—En quince años que llevo en el oficio, he cogido lo menos ciento cincuenta y unos setenta cachalotes.

—¡Qué terrible destrucción hacen los balleneros! Si esta cacería loca continúa, muy pronto serán destruídos todos los gigantes del mar.

—Es verdad, señor; y ya empiezan á escasear las ballenas. Recuerdo que en mi juventud algunas de ellas entraban en el *fiord;* pero ahora se mantienen bien lejos, y raras veces se acercan á las costas de Noruega. Si siguen retirándose á las regiones de los hielos eternos, dentro de unos veinte años habrá que buscar las ballenas en el mismo Polo. En Islandia fueron en un tiempo muy abundantes también; pero ahora empiezan á ser raras, y no será extraño que antes de mucho desaparezcan por completo.

—Pero el alejamiento de las ballenas de las costas de Islandia es debido á otra causa —dijo el profesor.

—¿Á cuál?

—Á la desviación de las corrientes marinas acaecida en 1868. Antes de aquella época las corrientes ecuatoriales y polares se encontraban con gran fuerza junto á la costa oriental de Islandia, acumulando en aquellos parajes el cebo apetecido por las ballenas; pero luego se desviaron hacia el Norte y Nordeste y se mantuvieron alejadas de las costas islandesas; por eso los cetáceos se alejaron también.

—Debe de ser así, porque en aquella época yo me encontraba precisamente en la costa de Islandia, embarcado en un buque holandés de vapor, y en tres meses no pudimos arponear ni una sola ballena.

—¿Habéis conocido á Hammer, de Copenhague?

—Sí, profesor. Es uno de los más famosos lobos de mar y de los más audaces balleneros de Dinamarca.

—Pues bien; él fué quien advirtió la desviación de las corrientes y la causa, por lo tanto, de la desaparición de los cetáceos. Había partido con una verdadera flota de navíos de vapor,

lleno de esperanzas, pues sabía lo que las ballenas abundaban allí; pero sólo encontró pocas, y tan inquietas, que no dejaban acercarse á los barcos; con grandes fatigas pudo arponear solamente seis en toda la estación.

—Muy pocas para cubrir los gastos.

—Cierto. Las ballenas estaban furiosas por no haber encontrado su acostumbrado cebo, que las corrientes habían llevado á otra parte.

—Aquella desviación ha sido, no obstante, beneficiosa á vuestro amigo Foyn.

—Es verdad: en aquel año pescó treinta ballenas.

—¡Oh, oh! —exclamó en aquel momento Tompson levantando la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Temo que en Spitzberg haya comenzado ya el invierno.

—¿Y de dónde sacáis esa consecuencia?

—¿Veis aquella bandada de pájaros blancos que huyen hacia el Sur?

—Sí, señor Tompson.

—Van á invernar á las orillas del Ural ó del Volga.

—¿Veis aquella bandada de pájaros blancos?...

—¿Son pelícanos tal vez?

—Sí, profesor, y la huída de esos pájaros en esta estación que no es todavía fría indica que en las islas de Spitzberg han caído ya las primeras nieves. Pero, ¡bah! Si el viento se mantiene así fresco, pronto llegaremos á nuestro destino. Señor profesor, vamos, en tanto, á comer.

Mientras el capitán y Oscar bajaban á la cámara, la *Torpa* navegaba á velas desplegadas hacia las regiones boreales, filando sin trabajo sus siete nudos por hora, con la mura á babor.

Ya las altas costas de la Noruega, con sus *fiords* profundos y sus montañas cubiertas de nieve en las cimas, se habían casi perdido de vista, y solamente hacia el Oeste se delineaban todavía, aunque confusamente, las últimas costas que avanzan hasta el Cabo Norte.

El mar estaba tranquilo y sólo espumeaba ante la proa del buen velero; la temperatura era dulce, tibia, mientras el cielo tenía aquel tinte azul, tan espléndido, tan vaporoso, que sólo se admira en los mares italianos y españoles. Algunos procelarios y gaviotas surcaban el aire,

cayendo de vez en cuando al mar para coger algún pececillo, mientras de la estela blanca de la *Torpa* emergían á veces las cabezas de una bandada de delfines.

La tripulación, dispersa sobre el puente, charlaba y discutía sobre el éxito de la expedición, mostrándose admirada del valor de su capitán. A aquellos valientes y decididos hombres de mar les había bastado una mirada para apreciar al señor Tompson, y estaban seguros de no haberse equivocado respecto á las excelentes cualidades que le atribuían.

Durante aquella primera jornada la *Torpa* adelantó hacia el Norte, manteniendo una velocidad que variaba entre cuatro y siete nudos por hora, sin tener encuentro alguno, aunque el capitán había dado órdenes de examinar atentamente el horizonte, pues deseaba ponerse en comunicación con cualquier buque que viniera del Norte, para saber si los hielos habían comenzado ya en las inmediaciones de Spitzberg.

Hacia las ocho de la noche — noche por decirlo así, pues el sol no se ponía hasta las once — una calma casi absoluta sorprendió al

buque ballenero á menos de setenta millas de las costas de Noruega. Aquella brusca cesación de la brisa parecía producir alguna inquietud al señor Tompson. Su aguda mirada interrogaba con ansiedad al horizonte septentrional, y su semblante denotaba mal humor.

—¡Bah!—dijo el profesor, que había notado la inmovilidad del ballenero. — El viento no tardará en soplar, y un día perdido no supondrá mayores males para los pescadores náufragos.

— No es esta inmovilidad lo que me inquieta — dijo Tompson. — Temo que el viento gire al Norte y nos conduzca ante esas terribles flotillas de *ice-bergs* que navegan constantemente ante la isla de los Osos.

— ¿Hay siempre barreras de hielo delante de aquellas tierras?

— Sí, profesor; especialmente hacia fines del estío.

— ¿Y ante Spitzberg encontraremos también grandes masas de hielo?

— No siempre las hay, señor.

— Eso es extraño, hallándose dicha isla mucho más al Norte.

— Parece ser, señor profesor, que las barreras de hielo son caprichosas, pues no se mantienen todas en una linea idéntica. Hay muchas que descienden bastante al Sur, y otras que se desprenden de la enorme masa para caminar hacia el Este.

— ¿Y hacia el Oeste?

— No, señor. La corriente y los vientos dominantes del Oeste arrojan siempre esos hielos hacia la Siberia.

— ¿Y decís que no bajan todos hasta la misma latitud?

— No; y yo estoy en condiciones de saberlo mejor que otro cualquiera, pues he pescado en las costas de Groenlandia, de Islandia, de Juan Mayen, de Spitzberg y de Nueva Zembla.

En el estrecho de Dinamarca, por ejemplo, entre Islandia y la costa meridional de Groenlandia, las barreras de hielo descienden hasta el 69° paralelo, y algunas veces más al Sur todavía, al 68° y hasta al 67°. Desde allí describen una inmensa línea oblícua que va á apoyarse en la costa meridional de Spitzberg.

— Es la gran barrera que detuvo á la *Han-*

sa, de la expedición germánica de 1869—dijo Oscar.

—En ningún otro lugar se encuentran *ice-bergs* en tan bajas latitudes — continuó Tompson.—Se encuentran hacia el 70° paralelo, al Este de la isla de Juan Mayen; después vuelven á hallarse al 75°; bajan hasta la isla de los Osos y allí vuelven á elevarse formando una gran barrera, casi insuperable, que parece extenderse ante una tierra que algunos balleneros han descubierto más al Norte que Spitzberg [1]; que se apoya en el cabo Mauricio de Nueva Zembla y se engolfa en el mar de Kara, acumulándose ante la gran península de Jalmal.

—Decidme, señor Tompson: ¿creéis que en el Spitzberg se acumulan grandes bloques?

—Me parece que no.

—Pues Parry, en la expedición de 1827, tuvo que detenerse ante *ice-bergs* que tenían extensiones enormes, y al querer avanzar tuvo que abrirse paso con el espolón, llegando con

(1) La Tierra de Francisco José, Zichy y Wilczeck, descubierta por el teniente Payer durante la expedición austriaca de 1873.

extraordinaria audacia hasta el 82°45′ de latitud.

— No todos los inviernos son iguales, señor, y todo depende de la dirección de los vientos. Yo sé que algunos balleneros han podido llegar sin dificultad á 60 y hasta 100 millas al Norte de Spitzberg.

— ¿Y no se han encontrado otras tierras al Norte de aquellas islas?

— No; sólo el mar libre.

— Entonces, una buena nave podrá intentar llegar al Polo manteniéndose en el meridiano de Spitzberg.

— Podría; pero ¿quién dice que no existan tierras más al Norte? Como os he dicho, al Este del archipiélago, entre el 40° y el 70° meridiano y el 80° de latitud, los balleneros han visto tierra, y yo sospecho que al lado de allá del 80°1′ se extiende un vasto continente que tal vez se una á la costa occidental de la Groenlandia.

— ¿Lo creéis así?

— Positivamente, no; pero lo sospecho.

— Puede ser, señor Tompson — dijo el profesor, que se había quedado pensativo. — Ningún

explorador ha podido saber dónde concluye la costa oriental de la Groenlandia, pero parece que, en vez de seguir al 20° meridiano, intentan marchar en dirección del Spitzberg. ¡Ah! ¡Cómo me complacería tener un buque á mi disposición para intentar resolver ese gran problema del paso que conduce al Polo! ¿Y á vos, señor Tompson?

— También, profesor; sobre todo porque encontraría muchas ballenas que pescar — respondió el capitán sonriendo.—Si lográis organizar una expedición, pensad en mí y veréis cómo sé conduciros bien adelante á través de los hielos del Polo.

CAPÍTULO IV

Los primeros hielos.

La *Torpa* continuó su ruta en los días siguientes con dirección á las heladas regiones polares, aunque con moderada velocidad á causa de la irregularidad de los vientos, los cuales unas veces soplaban del Noroeste y otras del Sudoeste, provocando oleajes que dificultaban bastante la marcha del buque.

Aquellas dos corrientes de aire no debían tardar en producir una gran perturbación, que el capitán ya había previsto. Desde algunos días las nubes se formaban, ya al Noroeste, ya al Sudoeste, tendiendo á reunirse, y las nieblas cubrían el mar, especialmente por las noches.

La temperatura iba también refrescando rápidamente, á medida que la *Torpa* se alejaba de

las costas noruegas. El termómetro había ya señalado en dos ocasiones —2° centigrados á las primeras horas de la mañana, y aquel brusco descenso indicaba la proximidad de los primeros hielos.

El 3 de Octubre encontró el *skooner* el primer bloque. Era una especie de balsa de forma alargada, un *palk*, como le llaman los navegantes árticos, de 30 ó 40 metros de extensión. Algunos pájaros marinos, *colimbus articus*, volátiles con el pico, el pecho y el dorso negros, las alas con manchas blancas y las patas blanquísimas, iban sobre el bloque dejándose conducir hacia el Sur.

El mismo día fueron vistos otros *palks;* después algunos *hummoks*, montículos formados de fragmentos de hielo, y, por último, varios *streams*, ó bloques de forma circular.

Sobre uno de aquellos pequeños bancos vieron dos focas; pero apenas advirtieron éstas la presencia del barco se apresuraron á sumergirse.

Durante la noche siguieron desfilando otros grandes bloques que se dirigían al Sudeste. De vez en cuando chocaban unos con otros y se rompían, produciendo ondas en el agua.

Aquellos *hummoks*, aquellos *palks* y aquellos *streams* no eran peligrosos, y cedían fácilmente ante el espolón de la *Torpa;* pero indicaban la proximidad de los *ice-bergs*, ó sea de las montañas de hielo, y la de los *ice-fields*, ó grandes campos.

El capitán, al ver aumentar de hora en hora aquellas masas, se ponía cada vez más inquieto. Aquel hombre, que había pasado largos años en la región de los hielos, preveía un invierno bastante prematuro y rigurosísimo.

Á aumentar sus temores contribuía la precipitada huída de las aves marinas hacia las regiones del Sur. Á cada instante enormes bandadas de volátiles aparecían por el horizonte septentrional y volaban con rapidez, como si temieran verse sorprendidas por los huracanes de nieve. Eran procelarios, gaviotas de blancas alas, urías de plumas negras y alas blanquecinas, ocas y strotaghos de vuelo poderoso y fulmíneo.

El 5 de Octubre, á cerca de doscientas millas de la isla de los Osos la *Torpa* encontró el primer *ice-berg*. Era una montaña de hielo en forma de pirámide, con una base de cuatrocien-

tos metros y una altura de ochenta ó noventa, un verdadero coloso que con un simple contacto hubiera destrozado el más poderoso buque del mundo. Avanzaba soberbiamente, sin conmoverse ante el asalto de las olas, brillante en su cima como un enorme diamante; rojo en el centro, como si ardiera, y blanco en su base. El Sol, que lo hería de lleno, hacía titilar sus ángulos con aristas de luz que despedían todos los mágicos reflejos del iris.

— ¡Mala señal! — dijo Tompson mirando con enojo al gigante polar. — Temo, profesor, que nos costará bastante trabajo acercarnos á Spitzberg.

— ¿Tendremos que detenernos antes de llegar?— preguntó Oscar.

— Si los hielos abundan ya aquí, figuráos los que habrá más allá de la isla de los Osos.

— ¿Y tendremos que volvernos?

— ¡Volver! ¡Oh, no, profesor! — exclamó el ballenero con energía. — Tompson no vuelve atrás, y aunque tenga que abrirme paso con el espolón ó con los barrenos, llegaré á Spitzberg. He prometido á Foyn salvar la tripulación de

sus dos navíos, y no cesaré de luchar hasta que lo haya conseguido.

—¿Y si los hielos aprisionan la *Torpa?*

—Avanzaremos andando, profesor. Si Parry pudo llegar hasta el 82°45′ de latitud marchando á través de los campos de hielo, más fácilmente avanzaremos nosotros hasta la isla.

—¿Y creéis que todos los náufragos estén vivos?

—Si no todos, estoy seguro de que algunos se habrán salvado.

—¿Qué isla exploraremos primero?

—Todo depende de los hielos. Donde encuentre un paso, por allí lanzaré el barco.

—¿Contáis con invernar en las islas?

—Creo que me veré obligado á ello, porque, de seguro, no hallaré camino libre para volver.

—¿Y dónde pensáis invernar?

—Probablemente en el *Eis-Fiord*. Si logro que entre allí la *Torpa*, no tendremos que temer los choques con los grandes bancos que bajan del Norte. Además, sé que allí se reúnen ordinariamente abundantísimas focas, y cuento con no permanecer inactivo durante la invernada.

— Señor Tompson, ¿no os parece que se prepara una borrasca?

— Sí, profesor. El viento del Noroeste ha sustituído al del Sudeste, y tendremos ráfagas y fuerte oleaje. Haremos bien en tomar nuestras precauciones con tiempo.

El ballenero no se equivocaba. Poco después de mediodía, mientras la *Torpa* navegaba por entre dos filas de *hummoks*, que debían de haberse destacado de los *ice-bergs* de la isla de los Osos, el tiempo, que se había mantenido bastante bueno hasta entonces, cambió bruscamente.

El viento del Noroeste empujaba ante sí las pesadas y opacas nieblas polares, extendiéndolas por el Océano Ártico con rapidez extraordinaria, fantástica. En menos de un cuarto de hora todo el horizonte septentrional se cubrió de aquellos vapores, en los que flotaban cristales de nieve, y comenzaron á soplar ráfagas violentas que levantaban del mar espumeantes oleadas.

El ballenero se había apresurado á tomar sus precauciones. Reforzó las amarras de las chalupas y aseguró mejor las grúas; hizo tender cuer-

das á lo largo de la obra muerta para impedir que las olas arrastraran á los marineros fuera de las bordas, y mandó arrollar las velas que por su extensión hubieran podido comprometer la estabilidad del buque.

Además ordenó que se llevaran á cubierta los bota-fuera para lanzar al mar los hielos que el oleaje pudiera arrastrar á través de la proa del velero.

El cielo, en tanto, continuaba oscureciéndose, y la niebla, cada vez más negra y espesa, lo invadía todo arrastrada por el viento, haciendo peligrosa la marcha de la *Torpa*. Enormes oleadas se levantaban acá y allá y caían hacia el Sudeste, montando las unas sobre las otras y rompiéndose en estruendosas cataratas de blancas espumas.

Muchos bloques de hielo, por fortuna de pequeñas dimensiones, oscilaban sobre las olas y caían rápidos en el abismo de agua que éstas abrían al estallar. Algunas veces chocaban unos con otros, y entonces se rompían en mil pedazos, como si en su centro hubiera estallado una mina de pólvora.

La *Torpa*, con sus velas semidesplegadas, afrontaba valientemente el estado del mar, y hasta parecía mofarse del viento, de las olas y de los hielos. Subía, ágil como un delfín, por el elevado lomo de la onda, y bajaba, casi sin inclinarse, al movible abismo, destrozando con su poderoso espolón los bloques de hielo que se le interponían.

—¡Buen velero! —repetía Tompson, que no soltaba la barra del timón. —¡Con este buque me sentiría capaz de lanzarme al camino que conduce al Polo!

A las cuatro de la tarde la niebla llegó á hacerse palpable en todo aquel océano y el viento empezó á lanzar copos de nieve. La oscuridad se hizo profunda y la navegación difícil á causa de los bloques de hielo, que aumentaban siempre.

El capitán del barco no dudó un momento en seguir plegando las velas para disminuir la velocidad de la marcha. De un instante á otro podía sobrevenir un choque, y si la *Torpa* hubiera seguido corriendo con rapidez habrían sido, de seguro, funestos los efectos de aquél, pues las

averías hubieran sido graves y tal vez irreparables.

— ¡A su sitio el *ice-master!* (1) — gritó Tompson. — ¡Marineros, á proa sobre el bauprés! ¡Otros, á las velas!

— ¿Descubriremos á tiempo las montañas de hielo? — le preguntó Oscar, que estaba á su lado.

— Los *ice-bergs*, de seguro, si la niebla no se hace todavía más espesa. Ordinariamente se produce alrededor de aquellas montañas un poco de *ice-blinck* (2) — respondió el ballenero.

— Entonces, no es probable un choque.

— No tanto, profesor. Podríamos ser cogidos entre tres ó cuatro *ice-bergs*, y al virar de á bordo para huir de uno tropezar con otro. Pero por el momento no son los hielos los que me preocupan.

— ¿Qué es, pues? ¿El oleaje quizás?

— No; la isla de los Osos. Temo encontrarme

---

(1) Práctico de los hielos ú hombre á quien se coloca de vigilante dentro de un barril situado en la cruceta, á fin de que indique la proximidad de los *ice-berg*.

(2) Luz blanquecina que desprenden los hielos.

de una hora á otra sobre las escolleras que la rodean y que esta espesa niebla me impediría evitar.

— ¡Diablo! ¿Tan cerca estamos ya?

— Sí, profesor; pero si mis ojos no pueden verla, mis oídos son bien finos y los aguzaré para percibir los ruidos de la resaca.

— Difíciles de oir entre los mugidos del viento y de las olas.

— Para vos sí, pero no para un marinero. ¡Sujetaos bien, profesor!

Una ola gigantesca, que cogió á la *Torpa* de través, rebasó la mura de babor, inundó la toldilla y corrió hacia popa. El ballenero y el profesor se vieron envueltos en un mar de espuma y se sintieron arrastrar hacia la borda, pero tuvieron tiempo de agarrarse á la barra del timón.

— Esto se llama un verdadero golpe de mar— dijo Tompson, sacudiéndose el agua.— Por fortuna no hiela todavía.

— Por poco me aplasta las costillas — dijo Oscar.

— ¡Bah! Trataremos de evitar los choques y

recibiremos el oleaje de proa — dijo el ballenero orzando la barra. — Es verdad que...

Se calló de pronto al oir la voz del *ice-master* gritar desde lo alto.

— ¡Eh! ¡*Ice-blink* á babor!

— ¡Truenos y rayos! — exclamó Tompson.— He aquí un encuentro que no me esperaba tan pronto. ¡Eh, *master!* ¿Á cuántas millas?

— Imposible saberlo con esta niebla, capitán.

— ¿No se distinguen los hielos?

— Sólo veo el *ice-blink*.

— Está bien. Nos mantendremos en guardia.

— ¿Indica los grandes campos, capitán? — preguntó Oscar.

— Los *ice-fields*, profesor; y esto me hace suponer que la isla de los Osos no está muy lejana. Confiemos en encontrar un pasaje entre la costa y los campos de hielo. ¡Eh! ¡Al bauprés los gavieros, y vosotros dispuestos á virar, y que ninguno huya los brazos de la maniobra!

En aquel instante la *Torpa* sufrió un choque violento, que se sintió hacia la estiva, seguido de un siniestro crujido.

—¡Banco á flor de agua! — gritó una voz á proa.

—¡Espolón! — contestó sencillamente el ballenero, manteniendo firme la barra del timón.

La *Torpa* se había detenido un instante, pero una ola la elevó y la lanzó adelante. El banco, aplastado por el enorme peso de aquella masa que le caía encima, se partió, y el buque siguió su camino fraccionando con el espolón los restos del bloque.

Oscar miraba fijamente al ballenero; pero éste permanecía tranquilo y ni siquiera se había marcado el más leve repliegue en su entrecejo cuando la *Torpa* caía sobre el banco.

— Os admiro, capitán — le dijo.

— ¿Y por qué, profesor? — preguntó el ballenero sonriendo.

— Porque sois el hombre más apropiado para una expedición tan peligrosa.

— ¡Bah! Yo y los hielos somos antiguos conocidos. Además, cualquier otro ballenero hubiera hecho lo que yo, aceptando esta empresa y procurando salir bien de ella. Señor profesor, os

advierto que nos espera una mala noche, y os aconsejo que os retiréis á vuestro camarote.

—No, capitán.

—Pues, bien, profesor, dejad que os diga que á mi vez os admiro. ¿Queréis hacerme compañía? Está bien: os mostraré un espectáculo del que no os olvidaréis nunca.

Después, levantándose cuan alto era, ordenó:

—¡A los bota-fuera los hombres de proa! ¡Los campos de hielo están cerca!..

CAPÍTULO V

Noche angustiosa.

La noche, en efecto, prometía ser malísima, en aquel mar que se debatía con rabia salvaje, con aquellos hielos que de un momento á otro podían resistir el espolón del buque, y con aquella opaca niebla que no permitía distinguir el peligro.

La *Torpa* huía, siempre empujada por las olas que la perseguían sin cesar y que la envolvían de proa á popa; pero huía sin dirección, á ciegas, porque las violentas ráfagas que venían del Nordeste al Noroeste la arrojaban con frecuencia fuera de vía, no obstante los esfuerzos de Tompson.

Filaba como una gaviota espantada, hendiendo con su arboladura la pesada niebla, y espo-

leando con rabia los hielos que las olas colocaban ante ella.

Los marineros, distribuídos en la proa con los bota-fuera y en la arboladura para practicar las maniobras que ordenara el capitán, se mantenían alerta, arrojando al mar los pequeños témpanos por babor y estribor y dispuestos á virar al primer aviso. Aunque la nave corría verdadero peligro, conservaban, como verdaderos noruegos, una sangre fría y una calma admirables.

Por otra parte, tenían plena fe en su comandante, sabiendo qué marino tan decidido, práctico y valiente era el que los guiaba.

La noche había caído, aumentando la oscuridad que producía la niebla. A duras penas se distinguían las olas, y los hombres de popa podían apenas percibir á los que se hallaban á proa.

Debían de ser las diez cuando se vió aparecer á babor una luz blanquecina, con los tonos suaves de la madreperla, y que unas veces alcanzaba gran intensidad y otras disminuía hasta distinguirse apenas. Casi al mismo tiempo, sin

transición, la temperatura, que hasta entonces se había mantenido soportable, bajó, haciéndose rígida y de una frialdad horrible.

Parecía como si del seno de aquella luz blancuzca irradiara una corriente de aire saturada de cristales de hielo y de nieve.

—¡El *ice-blink!* —gritaron los hombres de proa.

—¡Banco á babor! —gritó á su vez el *ice-master*, que no había abandonado su puesto de observación, no obstante las tremendas sacudidas que sufría la arboladura.

—¡Brazos á estribor! —ordenó Tompson forzando la barra! —¡Vigilad bien, *master!*

La *Torpa* viró de bordo rápidamente, á pesar del oleaje que la asaltaba; pero apenas había recorrido un nudo cuando volvió á oirse la voz del *ice-master*.

—¡*Ice-berg* á babor!

—¡Mil bombas! —exclamó el capitán. —¡Prudencia y sangre fría, ó nos estrellaremos!

Miró á su izquierda, y á través de la niebla le pareció distinguir una enorme masa que se movía entre el oleaje. Aguzó los oídos y oyó crepi-

tar sordamente. Comprendió que una montaña de hielo se abría paso á través de los *palks* y de los *streams*.

—¿Veis algo ante nosotros, *master?*

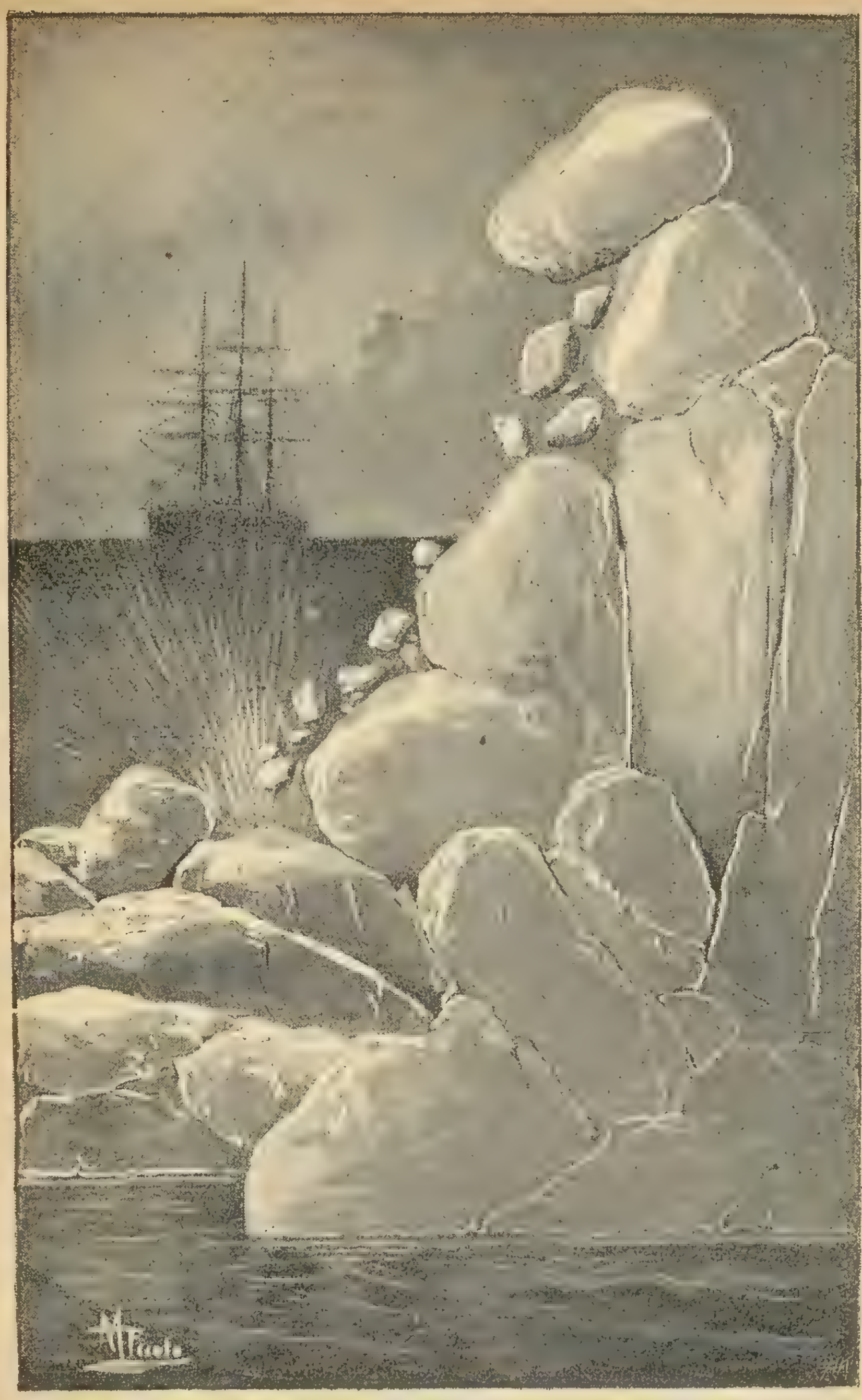
—No, capitán.

—¡A la buena suerte entonces, y que Dios nos ayude!

Sin vacilación lanzó la *Torpa* hacia el Noroeste. Cercado por los *ice-bergs* y los grandés campos de hielo, procuraba encontrar un paso que le permitiera salir de aquel encierro.

La nave corría, subiendo y bajando por las ondulantes olas y rompiendo á espolonazos los témpanos de hielo, que crujían al rasgarse. Pasó bajo el *ice-berg*, cuya imponente masa se distinguía confusamente á través de la niebla, tocándole casi con los penoles de trinquete, y se halló del otro lado casi en un instante.

No había recorrido aún diez cables cuando se oyó una serie de espantosas detonaciones, seguidas de sordos fragores, y en seguida un estruendo horrible. Una ola saltó al aire como si hubiera sido impulsada por el estallido de cien torpedos, y volvió á caer sobre el Océano con



No había recorrido aún diez cables cuando se oyó una serie de espantosas detonaciones.

ímpetu irresistible, sacudiendo furiosamente al velero.

—¡Ya pasó!—gritó Tompson.—El *ice-berg* ha caído. ¡Si lo hace un minuto antes, nos aplasta!

—¿El *ice-berg?* —preguntó Oscar.

—Sí, profesor; ha caído segundos después de pasar nosotros. ¡El demonio se lo lleve!

—Pero...

—¡Silencio, profesor!

Tompson se había inclinado hacia adelante y parecía escuchar con profunda atención. Al cabo de un rato levantó la cabeza, y por primera vez Oscar le vió con el semblante alterado.

—¿Qué sucede, señor Tompson?—le preguntó.

—¡La resaca!—respondió el ballenero.—Estamos muy cerca de la isla de los Osos.

—¿Pero la veis?

—Sí; á nuestra derecha, si no me equivoco. *¡Ice-master!*

—¡Capitán!

—¿Veis algo ante nosotros?

—¡Nada! La niebla es cada vez más espesa.

—¿Oyes la resaca? ¡Escucha bien!

Transcurrieron algunos instantes de angustiosa expectativa; después la voz del *master* gritó en lo alto del trinquete:

— ¡Sí; la resaca á estribor!

Tompson entregó la barra á un timonel y se lanzó á proa, seguido de Oscar. Subió sobre la mura avanzando por el bauprés, y trató de descubrir algo entre las pesadas nubes que corrían á flor de agua, pero en vano. Escuchó con atención, y le pareció oir un ruido de agua bien distinto del que producen las olas al encontrarse.

— ¡La resaca!—repitió.—¡La barra, timonel! ¡Pronto, á virar!

La *Torpa* avanzaba siempre, pero no ya con la proa al Norte. Desviaba hacia el Nor-Noroeste para evitar la isla de los Osos, que debía de encontrarse casi delante del buque.

El capitán, agarrado al bauprés para no dejarse arrastrar al mar, seguía escuchando y regulaba la ruta del buque á medida que oía más ó menos fuertemente la resaca. Se escuchaban ya bien distintamente los mugidos de las olas al romperse contra los escollos de la isla.

Durante una hora la *Torpa* navegó con la

proa al Nor-Noroeste, oscilando espantosamente entre las olas de fondo producidas por la pendiente de la costa de la isla, y después se encontró en un mar más tranquilo.

El ballenero lanzó un profundo suspiro de satisfacción y miró hacia el castillo de proa.

— Dios nos proteje, profesor—dijo á Oscar.

— ¿No corremos ya ningún peligro?

— No digo tanto; pero ya no chocaremos contra los arrecifes, porque la isla de los Osos se encuentra ahora á popa de la *Torpa*. Os aseguro, sin embargo, que he pasado una hora de continuas angustias, y no sé si tendría valor para intentar otra vez el paso tan cerca de esas escolleras y con una niebla tan espesa.

— ¿Ahora caminamos hacia Spitzberg?

— Sí, profesor.

— ¿No detendrán los hielos nuestra marcha?

— Es probable.

— Yo creo que este mar está libre de bloques. No oigo al espolón romper el hielo.

— Porque nos encontramos en la dirección del Spitzberg. Aquella isla cubre la de los Osos y le sirve de barrera contra los hielos que ba-

jan directamente al Norte. He aquí también el motivo por el cual aquí estamos menos combatidos por el oleaje del Océano ártico.

—Sí; la *Torpa* cabecea mucho menos que antes y las ráfagas son menos impetuosas. ¿Cuándo esperáis tener á la vista el archipiélago?

— Mañana, antes de la puesta del Sol, si el viento no gira al Norte.

— ¿Tan pronto?

— No hay más que ciento cincuenta millas entre la isla de los Osos y el Spitzberg.

— Es verdad, Sr. Tompsom. ¿Qué ruta vais á seguir? ¿Hacia cabo Sud ó hacia la isla de Hope?

— Al cabo Sud, porque, como os digo, me urge poner la *Torpa* en seguridad del profundo *Eis-fiord*. Profesor, retiráos á vuestro camarote y dormid tranquilo.

— Lo haré de buena gana, pero ¿y vos?

— No dejaré la barra del timón hasta que descubra el cabo Sur.

— Buenas noches, capitán.

Tompson había dicho demasiado pronto que no corrían ningún peligro. La *Torpa* se mante-

nía con sus velas en mejor estabilidad, pues en aquel mar eran las olas menos violentas, por hallarse protegido por el vasto archipiélago de Spitzberg; pero los hielos volvían á mostrarse arrastrados por el viento del Noroeste como antes habían sido acumulados por el Sudeste.

A cada momento el *ice-master* indicaba la presencia de *ice-bergs* monstruosos, que ondeaban pesadamente y que podían, con sólo tocarla, hundir para siempre la nave, á pesar de su solidez á toda prueba. Se veía desfilar aquellos colosos á través de la niebla, lanzando destellos de blanquecina luz, y se oían estallidos violentos, sordas detonaciones y retumbantes estruendos, que producían altísimas oleadas que iban á romper junto al buque, inundándolo con sus espumas.

Por fortuna, la niebla, constantemente batida por el viento, parecía tender á disiparse. De vez en cuando se aclaraba algún tanto la masa oscura que envolvía al barco, y se percibía en lo alto una luz pálida, que debía de ser proyectada por la luna.

Hasta el viento, contenido por la gran barre-

ra del archipiélago, soplaba menos violento y se iba regularizando.

Hacia las seis de la mañana, en el momento en que la niebla comenzaba á aclararse, se oyó gritar al *ice-master:*

—¡*Ice-berg* á babor!

—¿Ya?—exclamó arrugando la frente.—No esperaba tan pronto esta sorpresa.

Dejó la barra á un timonel, subió prestamente la escala del palo trinquete, y se detuvo bajo la cruceta que sostenía el nido de cigüeña del *ice-master*. Con gran sorpresa se halló fuera del núcleo de nieblas que caía en el mar.

En lo alto brillaban las estrellas y la luna, que parecía un disco de metal fundido rodeado por un nimbo de vapores, y abajo, desde la cofa del palo trinquete, se extendía la niebla, sobre cuya capa irradiaban helados cristales, que huían acá y allá empujados por el viento.

De aquellos vapores emergían los dos palos del buque y las agudas puntas de innumerables *ice-bergs* que flotaban sobre las aguas, y hacia el Norte se veían elevarse multitud de brillantes picos que proyectaban en el aire temblorosas

luces, blancas como la de la lámpara eléctrica llamada *ice-blink*. Aquellas montañas de hielo tenían una extensión inmensa y se sucedían sin interrupción unas á otras hasta donde podía distinguir la vista.

El ballenero comprendió de una sola mirada que bajo aquella selva de picos debía de extenderse uno de esos inacabables campos de hielo llamados *ice-fields*.

—¿El camino del Norte está cerrado, es verdad, *ice-master?* —preguntó.

—Sí, capitán —respondió el piloto de los hielos.

—¿Crees que hallaremos otros bancos de la misma especie en las costas occidentales del Spitzberg?

—Es probable.

—¿Distingues alguna veta en el horizonte?

—He mirado hace poco con el anteojo y me ha parecido ver una mancha oscura.

—Es el cabo Sur de la gran isla, piloto.

—También lo creo yo, capitán.

—¿Has descubierto el *ice-berg* en aquella dirección?

— No, señor Tompson.

— Buena señal; espero que llegaremos.

Descendió á cubierta, pasando á través de la húmeda masa de vapores, volvió á apoderarse de la barra del timón, y quedó con la mirada fija en la brújula.

Dos horas después, mientras las últimas nubes de niebla se diluían huyendo hacia el Sudeste, se oyó gritar al *ice-master:*

— ¡Tierra á proa!

—¿Estamos en Spitzberg?—preguntó una vóz.

— Sí, profesor — contestó el ballenero, dirigiéndose á Oscar, que había subido á cubierta.— Pero todavía tendremos que caminar algunas horas antes de llegar.

— ¿Está libre el mar?

— Parece; pero lo comprobaremos después.

— Estoy impaciente por llegar á aquellas islas, señor Tompson.

— Lo creo, profesor, y yo no lo estoy menos.

— Puede decirse que nuestra misión está para concluir.

— O tal vez para comenzar. No será tan fácil encontrar á los náufragos de las dos naves, ni

sabemos tampoco si cuando pensemos en el regreso podremos hacerlo.

— Tengo fe en vuestra experiencia.

— Pero los hielos no hacen caso de experiencias, profesor, y pueden prepararnos alguna sorpresa desagradable.

— Esperemos.

— Ó mejor, confiemos en Dios—dijo para concluir el ballenero.

CAPÍTULO VI

El archipiélago de Spitzberg.

El archipiélago de Spitzberg ó de Spitzberghen se encuentra, puede decirse, en los confines del mundo habitable. Está situado entre el 78° y 1,88′ de latitud Norte, y todavía no se conoce exactamente su extensión, porque no ha sido completamente explorado, y se ignora si la tierra del Rey Carlos, que se encuentra hacia el Este, termina al 31° de longitud ó se prolonga en dirección de la tierra de Zichy, últimamente descubierta por el teniente Payer y más tarde visitada por Leight Smith durante la expedición polar de 1880.

Durante largo tiempo se creyó que el Spitzberg fuera una isla sola ó, cuando más, formada por dos islas unidas por un inmenso banco de

hielo; pero después de las exploraciones de Parry se sabe que forma un verdadero archipiélago.

Spitzberg es la isla mayor, toda flanqueada de bahías y de *fiords* que entran en tierra muchas leguas, con cadenas de montañas elevadísimas, con bloques inmensos de hielo, que de año en año aumentan de espesor, y que, cosa extraña, en vez de ser de forma cóncava, como todos los demás, son de forma convexa.

Abunda en excelentes radas, especialmente en la costa occidental, donde se abre el profundo *Eis-fiord*, abrigado de todos los vientos, y tan vasto que puede contener una flota de las más numerosas. En la costa septentrional se encuentra la bahía de la Magdalena, rodeada de montañas de granito de 1.500 y 1.800 pies de altura. Es el último refugio posible para los navíos de gran porte, y se halla sólo á 150 leguas del Polo.

Después del Spitzberg viene la tierra del Nordeste, la más septentrional y poco conocida; la isla Edge, de considerable extensión, con una bahía al Sudoeste; la tierra del Rey Carlos, la

más oriental de todas y la menos explorada; la isla Barentz, la del Príncipe Carlos, la de Hope y las Siete Islas.

Aquel archipiélago, que pertenece á Rusia, no está habitado por ninguna criatura humana; pero abundan en él los renos, que viven en estado salvaje, los osos blancos, los cachalotes y las focas.

El invierno dura casi diez meses en aquella tierra desolada, haciendo penosísima la estancia en ella. Horribles nevadas caen sin cesar durante muchos meses; pesadas y densas nieblas cubren constantemente las montañas, é inmensos bancos de hielo se acumulan en sus desiertas playas.

Aun durante la breve estación estival la vegetación es casi nula. Solamente sobresalen de la tierra algunos raquíticos líquenes y un musgo negruzco y quebradizo.

La *Torpa*, una vez visto el cabo Sur, que es el más meridional, redoblaba su marcha para poder llegar al *Eis-fiord* antes de que lo rodeasen los hielos.

Tompson había hecho desplegar las velas ne-

cesarias para acelerar la marcha sin que peligrara la embarcación.

El cabo Sur era ya visible sin ayuda del anteojo. Avanzaba sobre el Océano como un espolón de dimensiones gigantescas, cubierto de nieves y encerrado entre campos de hielo que se habían amontonado en su base. Detrás de aquel agudo promontorio se veía elevarse montañas, cuyas vetas blancas aparecían cubiertas de nieblas, y más abajo se veían brillar vastos témpanos de hielo, que eran los eternos é incansables vomitadores de *ice-bergs*.

El capitán observaba atentamente el promontorio con un poderoso anteojo, fijándose especialmente en las escolleras que emergían entre los dos campos de hielo. Parecía que buscara algún indicio del paso de los buques del señor Foyn.

A poco se estremeció y abandonó bruscamente el instrumento.

—¿Qué tenéis, señor Tompson?—preguntó Oscar.

—He descubierto una señal—contestó el ballenero con voz conmovida.

—¡Una señal!

—Sí, profesor. Mirad al pie del promontorio, allí, donde se abre un pequeño hueco entre el hielo, un poco al Oeste.

Oscar cogió con viveza el anteojo que el capitán le tendía, y miró en la dirección indicada.

—¿Qué veis?—le preguntó el ballenero.

—Un asta con dos banderas desplegadas; pero... aquellas banderas no tienen los colores de Suecia y Noruega.

—¡Qué importa! ¿En la confusión de un naufragio están los ánimos para escoger colores? Los náufragos encontrarían á mano una bandera inglesa y una americana y las han desplegado.

—Es verdad, señor Tompson.

—Preparemos una gran chalupa.

Los marineros, que también habían visto las dos banderas, pues ya se percibían á la simple vista, se apresuraron á botar al mar la embarcación.

La *Torpa* se encontraba entonces á media milla del cabo Sur y no podía acercarse más á causa de los bancos de hielo. A una orden del capitán se puso al pairo, amainando velas.

—¿Me acompañáis, profesor? —preguntó Tompson.

—Sí, capitán.

Se armaron de carabinas, pues no era prudente aventurarse sin precauciones en aquellas costas, que podían estar habitadas por osos blancos, y bajaron á la chalupa en compañía de seis marineros y de un timonel.

Entre los hielos había una especie de canal navegable, que terminaba ante la pequeña ensenada rodeada de témpanos. La chalupa, hábilmente dirigida, cruzó el canal, y un cuarto de hora después llegaba al pie de las rocas que se elevaban en derredor de la ensenada.

Las dos banderas, izadas en una antena clavada en la cima de una roca, sólo estaban á distancia de algunas docenas de pasos. Tompson y el profesor desembarcaron y dirigieron una detenida mirada á aquella costa. Pronto se desengañaron de que no había ninguna otra señal y de que aquel sitio estaba completamente deshabitado.

Solamente las aves marinas, gaviotas, procelarios y estrolagos revoloteaban sobre las rocas y los hielos.

El ballenero y su acompañante se apresuraron á dirigirse hacia la antena. Ésta era un trozo de penol, y á la altura de un hombre se advertían ciertas incisiones que parecían hechas con la punta de un cuchillo.

Tompson se empinó cuanto pudo y consiguió leer las siguientes palabras grabadas en noruego y en inglés:

«Excavad al pie de esta bandera.»

—Lo había sospechado—dijo el ballenero con emoción.

—Pero ¿procederán estas indicaciones de los náufragos de la *Tornea* y el *Gotheborg?*

—Ahora lo sabremos, profesor—respondió Tompson, empuñando un largo y afilado cuchillo de caza.

Levantó primero la endurecida costra de nieve, y en seguida se puso á excavar el terreno con actividad febril, examinando con atención toda la tierra que sacaba. Había ya profundizado unos 30 centímetros, cuando la punta del arma encontró un cuerpo duro, que produjo un sonido metálico.

«Excavad al pie de esta bandera.»

— ¡Ya está aquí! — dijo el ballenero.

Ensanchó el agujero, y sus manos tocaron una caja de lata, semejante á las que sirven para guardar galletas. Con el mismo cuchillo la abrió y extrajo un pliego algo húmedo liado en cuatro dobleces y escrito con gruesos caracteres.

Ávidamente leyó lo que sigue:

«Para ser entregado al Sr. W. Foyn, armado del Vadso.»

Y más abajo:

«La escuadra núm. 2 se ha perdido completamente en los parajes del cabo Sur. *La Tornea*, embestida por un *ice-berg*, fué destrozada la noche del 14 de Agosto de 1875, en medio de una densa niebla, y el *Gotheborg* se fué á pique el 15 sobre las escolleras del cabo, arrojado allí por una tempestad tremenda.

»El capitán Dikson ha muerto. He recogido á los supervivientes, que son 22 marineros y 7 pescadores de ballenas, y trato de llegar al *Eisfiord* en la chalupa salvada. Tenemos víveres hasta fines de Septiembre; pero nos faltan vestidos y combustible, y temo una catástrofe com-

pleta si no vienen á salvarnos antes del invierno. Hacedlo, ó, de lo contrario, moriremos.

»K. J. JANSEY.

»Cabo Sur de la Spitzberg, 26 Agosto 1875.»

— ¡He aquí un encuentro que representa la salvación para esos náufragos! — dijo Tompson radiante de júbilo. — Ya pueden considerarse en sus casas, porque yo entraré en el *Eis-ford*, abriéndome paso, si es preciso, entre los bancos de hielo.

— Confiemos en que no les haya faltado la caza.

— Sí; si han podido salvar las armas de fuego. ¡A bordo! ¡A bordo!

Bajaron á toda prisa de las rocas y saltaron á la chalupa, llevando consigo el documento. Diez minutos después se encontraban en la *Tor-pa* y daban cuenta á la tripulación del afortunado descubrimiento.

Al saber que sus compañeros no habían muerto todos y que se hallaban tan cerca, un solo grito salió del pecho de aquellos valientes marineros.

— ¡Salvemos á nuestros camaradas!

Á toda priesa fueron desplegadas las velas, y la *Torpa*, después de haber costeado el banco que se extendía al Oeste del promontorio, se lanzó hacia el Norte, manteniéndose á cerca de tres millas de la costa de la isla.

El viento había cambiado de dirección y soplaba del Sudoeste, favoreciendo la marcha del buque, que llevaba una velocidad media de seis nudos por hora. Aunque el mar se había calmado poco á poco, á lo largo de la orilla eran aún bastante vivas las ondulaciones, y disgregaban los hielos que se habían formado ante los promontorios, así como los pequeños *fiords*. Algunos *ice-bergs* flotaban acá y allá, tendiendo á aferrarse en las playas; pero su número no era tan grande que pudieran ser un peligro, y la *Torpa* los evitaba fácilmente, mucho más habiendo desaparecido por completo la niebla.

Tompson, en tanto, no cesaba de examinar la costa con un buen anteojo, esperando descubrir otras señales ó algún resto de los buques. Se había establecido en el sitio del *ice-master*, en compañía de Oscar, para poder dominar mejor

las playas desde aquella altura; pero nada de particular veía.

Aquella costa, ya cubierta de nieve, estaba desierta. Hasta las aves eran raras, y se las veía tristemente embuchadas sobre las rocas, sin lanzar sus estridentes y ensordecedores gritos.

Aquella parte de la isla parecía la más salvaje, la más desolada. La costa, cortada á pico, dificultaba un desembarco; los *fiords* eran estrechos, tortuosos, de triste aspecto, y de tal modo sembrados de rocas, que hacían imposible el acceso, no sólo á los buques, sino hasta á las chalupas; los promontorios, altos, escarpados y terminados en puntas agudas, parecían hechos expresamente para destrozar los navíos.

En lontananza, y ya muy tierra adentro, se veían emergir altas montañas, también cortadas á pico, revestidas eternamente de nieves y y de hielos, que hasta en los valles brillaban en innumerables bloques.

Hacia las seis, una brusca ráfaga de viento balanceó al buque. Volvía á soplar el aire polar, arrastrando espesos copos de nieve envueltos en una cortina de nieblas.

Tompson no quiso buscar un refugio junto á la costa y ordenó avanzar, resistiendo las bordadas, maniobra fatigosa, pero á la que se dedicaron con gusto los marineros, en su afan de acudir en socorro de sus camaradas. La noche prometía ser bastante mala.

Á las diez la niebla había vuelto á oscurecer el Océano, y el frío aumentaba considerablemente. Algunos copos de nieve comenzaron á caer.

Tompson, que había vuelto á estar inquieto, se hizo otra vez cargo de la barra del timón. No quería dejar á nadie en aquellos momentos la dirección del buque. Lo había conducido hasta entonces con gran fortuna, desafiando los hielos, las nieblas y las olas, y deseaba acabar su obra hasta ponerlo en seguro en el *Eis-fiord*.

Trató en lo posible de evitar las bordadas, por miedo de tropezar con los escollos que pudiera haber cerca de aquellas playas, aunque, al parecer, no se notaba ninguno; escuchaba con atención para percibir el ruido de la resaca.

Á media noche nevaba copiosamente y el mar tomaba mal cariz. La tolda, las muras y

la arboladura se cubrían de copos helados, y el frío se hizo tan agudo, que la espuma de las olas se cristalizaba sobre el puente y alrededor de los ventiladores.

Á lo lejos se oía chocar unos témpanos con otros, produciendo sordas detonaciones y fuertes estampidos. Parecía como si una gran flota descendiera del Norte navegando paralelamente á la costa de Spitzberg.

Tompson continuaba haciendo esfuerzos por evitar las bordadas: hallábase entre dos peligros y procuraba evitar ambos. Al Este tenía la costa sin refugio y sembrada de escollos, y al Oeste la flotilla de los hielos. Si chocaba contra la una ó los otros, la *Torpa* estaba perdida.

Á las tres de la mañana sobrevino un choque que detuvo bruscamente al buque. Parecía que el espolón había tropezado en algún banco, que los marineros de guardia no lograron percibir.

Aquella detención duró, no obstante, pocos segundos. La *Torpa*, empujada por el viento, volvió á tocar con su espolón aquel obstáculo, y después de oirse crujir el hielo, siguió su camino. Debía de marchar indudablemente entre dos

flotillas de inmensos bloques, porque á través de la niebla se veían aparecer por babor y estribor destellos de luz blanquecina.

Á poco sobrevino un segundo choque, y esta vez tan violento, que el buque crujió siniestramente desde las muras á la estiva.

Casi en el mismo instante se oyó al *ice-master* gritar:

— ¡La vía está cerrada! ¡Virar á babor y enrollar las velas, ó iremos á destrozarnos!

CAPÍTULO VII

La «Torpa» prisionera.

Al oir aquel grito lanzado á plenos pulmones y con un tono que no admitía réplica, el capitán ballenero dió una vuelta á la barra, mientras los marineros envolvían rápidamente las velas, y los gavieros, listos como pájaros, se lanzaban á las alturas para amainar las velas superiores.

La *Torpa* viró de bordo casi en el mismo sitio, tan rápida había sido la maniobra, y chocó de estribor contra un obstáculo, que debía de ser sin duda un banco de hielo.

Tompson se precipitó como un rayo á proa, donde ya se habían reunido algunos marineros con el *ice-master*

—¿Qué ocurre, piloto?—preguntó.

— Ocurre, señor, que tenemos delante un banco inmenso, contra el que no puede nada el espolón de la *Torpa*.

— ¿Está libre el mar á babor y á estribor?

— Lo dudo, señor. Desde lo alto de la cruceta he visto agudas puntas de hielo extenderse en un larguísimo trecho á nuestros dos flancos.

— ¿Creéis que no se debe intentar el paso?

— Con esta niebla, yo no me atrevería. Podríamos chocar con algún *ice-berg* mal equilibrado y entonces la *Torpa* sería aplastada.

— Pero si permanecemos aquí, corremos el peligro de que los hielos nos aprisionen.

— Es verdad, capitán.

— ¡Intentemos volver! Tal vez... El camino quizás esté todavía libre.

Pocos momentos después la *Torpa* emprendía su ruta, pero hacia el Sur. El ballenero había hecho á la tripulación maniobrar en las velas altas, á fin de navegar con velocidad limitada para no chocar con violencia contra ningún obstáculo.

Oscar, que se había desvelado con aquellos dos choques, se reunió con el capitán, que ha-

bía vuelto á encargarse del timón, queriendo así asumir toda la responsabilidad de tan audaz maniobra, pues podía costar la vida á toda la tripulación.

La *Torpa* volvía con extremada prudencia por el camino recorrido, haciendo apenas dos nudos por hora. Los marineros estaban en plan de maniobras para estar dispuestos á virar de bordo, y otros se hallaban con los bota-fuera en el castillo de proa, mientras el *ice-master* se colocó en la extremidad del bauprés para distinguir mejor los hielos, que podían, de un momento á otro, cortar la retirada.

El mar estaba libre en el sitio recorrido por el buque; pero á través de la niebla se veían siempre, á babor y á estribor, restos de *ice-bergs* que indicaban la proximidad de bloques de enormes dimensiones.

Estaba Tompson nervioso é inquieto. Movía con impaciencia los pies, se atormentaba la barba, se quitaba y se ponía la gorra y arrugaba la frente. Si aquel hombre no estaba tranquilo, ello significaba que la *Torpa* iba á afrontar algún gravísimo peligro.

Habían trascurrido ocho ó diez minutos cuando sobre el bauprés resonó fuerte la voz del piloto de los hielos:

—¡Vira! ¡Hielos ante el barco! ¡*Ice-bergs* y grandes campos!

Esta vez Tompson lanzó una imprecación.

La *Torpa* viró de bordo con rapidez increíble, se puso á través del viento y permaneció casi inmóvil.

—¿Detenidos?—preguntó Oscar.

—Algo peor, profesor—respondió Tompson con voz ronca.

—¿Qué queréis decir?

—Que sospecho que estamos aprisionados.

—Trabajemos con el espolón.

—Temo, profesor, que nos hallemos en un canal ó en un pequeño círculo libre abierto entre los bancos de hielo. Mirad: alrededor de nosotros empiezan á brillar los *ice-blink*.

—¿Y qué haréis?

—Esperar á que se disipe la niebla.

—Pero si estamos en un canal, hallaremos libre la salida que nos ha permitido pasar.

—¿Y si los *ice-bergs* han cerrado esa salida?

He conservado una línea rigurosamente recta en el retorno, la misma vía recorrida antes, y ya veis que nos encontramos ante masas de hielo que antes no había. Sí, profesor; temo que la *Torpa* esté encerrada en medio de un *wacke* que puede tener gigantescas dimensiones.

—¿Qué es un *wacke?*

—Un campo de hielo que encierra en un centro un espacio más ó menos grande de agua libre. Dentro de poco sabremos si estamos ó no estamos aprisionados, pues la niebla empieza á aclararse.

El ballenero no se equivocaba. Como el día anterior, al acercarse la mañana la niebla tendía á disiparse. Se iba elevando en ondas, pero poco á poco, como si lo hiciera de mala gana, dejando el sitio á la nieve, que caía más espesa.

Después que transcurrieran veinte ó treinta minutos se podría tal vez conocer la situación del buque.

Tompson había marchado á proa, y desde allí miraba atentamente los hielos, que empezaban á aparecer á corta distancia. Un vigoroso soplo

de aire empujó por completo la niebla lanzándola hacia el Sudoeste.

De una sola mirada el ballenero comprendió la gravedad de la situación. Como había sospechado, la *Torpa* estaba encerrada en medio de un *wacke* que tenía una extensión de cuatro ó cinco millas.

Había entrado en aquella especie de lago que se extendía en forma de canal, bastante ancho para permitir á una nave dar bordadas de doscientos ó trescientos metros, creyendo navegar, por lo tanto, libremente, y siguió hasta tocar en su extremidad.

Durante aquella breve navegación el gran barco había encontrado *ice-bergs* de dimensiones enormes, y éstos, empujados por el viento, se habían acercado al canal cerrando la entrada.

Aquellos colosos no debían separarse ya, pues otros bloques se habían acumulado detrás de ellos, y habían formado una sola masa soldándose al banco.

—¿Lo veis? — dijo Tompson al profesor.— ¡No me había equivocado!

— Ya lo veo — respondió preocupado Oscar. — Estamos prisioneros.

— Lo sospeché. Por fortuna, espero que el *Eis fiord* no esté lejos. Dentro de poco la niebla se disipará en toda la costa, y sabremos dónde nos encontramos.

— ¿Creéis que consigamos librarnos de esos hielos?

— ¡Quién sabe! Sería preciso que este *wacke* encontrara algún vasto campo de hielo, y que se rompiera al chocar con él.

— ¿Y no se podría hacer saltar con barrenos los *ice-bergs* que nos impiden salir de este lago?

— Se necesitarían para eso toneladas de dinamita, y nosotros sólo disponemos de algunos kilogramos.

— ¿Está inmóvil este *wacke?*

— No; va á la deriva hacia el Sur: estoy seguro de ello.

— Entonces, nos llevará hacia Noruega.

— No lo digáis tan pronto, profesor. Puede unirse á la costa de Spitzberg y tenernos prisioneros hasta el estío.

— ¿Obligándonos á invernar?

—Sí, señor Oscar; pero estamos preparados para pasar entre los hielos el largo invierno polar. Estaba seguro de no poder volver este año, y... ¡Ah! La niebla se aclara, y comienzo á distinguir la costa de Spitzberg.

—¿Está muy cerca, señor Tompson?

—Sólo á tres millas. ¡Eh, timonel; dame tu anteojo! Veo una profunda abertura en la costa, y tengo esperanzas.

Cogió el anteojo, y miró con dirección á la costa. Un grito de alegría salió de sus labios.

Frente al gran banco de hielo se abría una especie de golfo muy profundo y largo, rodeado de altas montañas y flanqueado hacia el Sur por los hielos.

En un islote formado por rocas amontonadas, que tenía trescientos ó cuatrocientos metros de circunferencia, el ballenero había descubierto otra antena, sobre la cual ondeaba una bandera noruega que el viento polar tremolaba vivamente.

—¡El *Eis-fiord!* —gritó Tompson. —¡Marineros, allí están vuestros camaradas! ¡Vamos á salvarlos!

Un grito de satisfacción inmensa brotó del pecho de los noruegos.

— ¡Viva nuestro capitán! ¡Á la costa! ¡Á la costa!

El ballenero había observado que el campo de hielo se extendía á trescientos pasos del banco que encerraba la entrada del *Eis-fiord*. Con pocas remadas podían atravesar aquel brazo de mar, llegar al islote, y aun á la playa de la gran isla.

Dos embarcaciones fueron echadas al agua, poniéndose dentro dos *slittas* ó carros del Polo, víveres de todas clases, armas, trajes, mantas, etc., y poco después llegaron á la margen interna del *wacke*, donde fueron desembarcados todos estos objetos.

La carga se distribuyó en los dos *slittas*, y dos cuadrillas de marineros agarrados á las cuerdas tiraron de ellas hasta el canal.

Otra cuadrilla había izado entretanto las dos chalupas sobre el banco, y las empujaba hacia la playa exterior para poder trasbordar á los hombres escogidos para la excursión, así como cargamento.

Tompson, el profesor y quince marineros de los más fuertes debían atravesar el canal; los otros debían permanecer de guardia en la *Torpa* al mando del *ice-master*.

El trasbordo á los bancos de hielo de la isla se hizo con rapidez y sin incidentes, aunque el mar estaba agitado y la nieve continuaba cayendo tan copiosamente, que apenas se distinguía la costa.

El Sol, que había hecho una breve aparición, se había ocultado nuevamente, y la niebla, apenas disipada, cayó otra vez más densa que antes.

El ballenero no era hombre que se detuviese por tan poco. Temiendo que las corrientes arrastraran al *wacke* hacia el Sur, y sabedor de que los náufragos de los dos barcos debían de luchar ya con el hambre, quería llegar cuanto antes á la isla donde tremolaba la bandera. Estaba seguro de encontrar al pie del asta alguna otra interesante indicación.

Sondeó primero el hielo de los bancos para asegurarse de que podía resistir al peso de las *slittas* y de los hombres; hizo encender faroles

para no aventurarse por las negruras de la niebla, cada vez más opaca, y dió las órdenes de marcha.

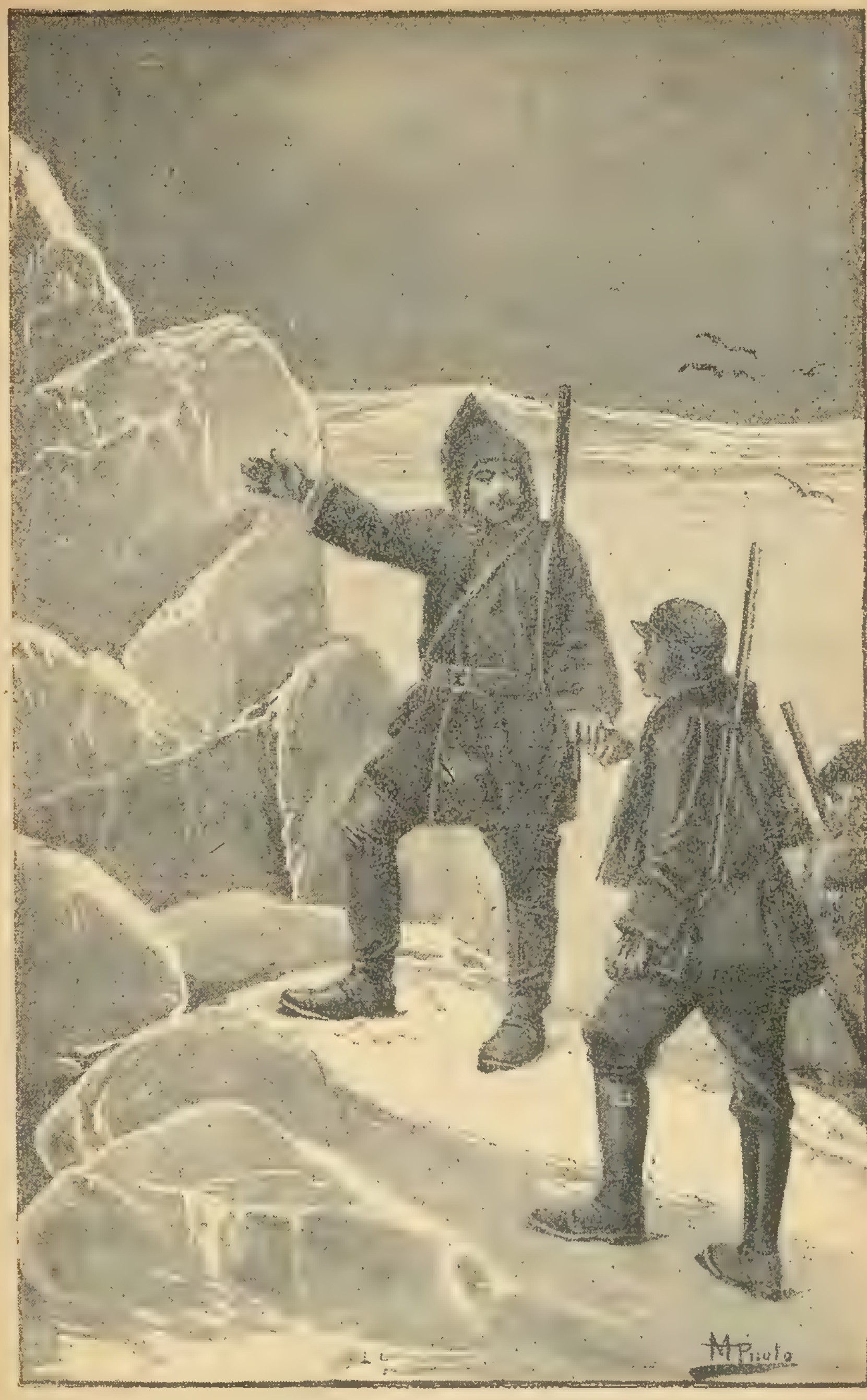
Agarrados á las cuerdas de las *slittas*, los quince hombres se pusieron en camino á través de la nieve, que caía copiosamente y se acumulaba en los barcos y en la costa.

La isla en que ondeaba la bandera no se veía ya; pero Tompson y Oscar habían apuntado su posición exacta, y con la brújula en la mano estaban seguros de no equivocarse.

Además, la distancia que tenían que recorrer era relativamente corta: no debía de pasar de una milla.

Sondeando escrupulosamente los hielos para no caer en abismos, abriéndose paso trabajosamente por entre la nieve, y empujando, ó, mejor dicho, arrastrando las dos *slittas*, al cabo de media hora los dos grupos llegaban á las primeras rocas del islote, las cuales se extendían hacia la punta meridional del *Eis-fiord*.

—Permaneced ahí bajo esa roca—dijo Tompson á los marineros. — Es inútil arrastrar las *slittas* por estas pendientes.



—¿Habéis oído? —dijo el Capitán.

— ¿Creéis que haya alguno en este islote?

— Me parece que no, profesor. Este trozo de tierra rocosa no puede ofrecer recurso alguno á unos náufragos hambrientos.

— Pero puede servirles de observatorio, señor Tompson.

— Es verdad; aunque desde el mes de Agosto no pasa por aquí ningún buque. Venid, profesor: espero encontrar documentos al pie del asta.

Se pusieron los fusiles en bandolera, y empuñando los bastones forrados que habían llevado consigo para servirse de ellos en sus excursiones, comenzaron á trepar por las rocas, haciendo frente con intrepidez á los turbiones de nieve.

Ya habían ascendido algunos metros, cuando el ballenero agarró bruscamente al profesor por un brazo.

— ¿Qué os pasa, Sr. Tompson?—preguntó sorprendido Oscar.

— ¿Habéis oído?—dijo el Capitán.

— No.

— ¡Esta isla está habitada, profesor! ¡Escuchad! ¡Escuchad!

CAPÍTULO VIII

Los náufragos de la «Tornea».

Oscar y el ballenero se habían detenido junto á una roca que los protegía contra los turbiones de nieve, y con el cuerpo hacia delante, caladas las capuchas, escuchaban con atención, tratando de percibir las voces humanas entre los mugidos del aire.

Á poco Oscar se irguió bruscamente exclamando:

—¡Sí, Capitán! ¡Allí lejos hablan algunos hombres!

—¿Veis cómo no me había equivocado?—dijo Tompson.

—¿Serán los marineros de los dos buques?

—Lo creo, profesor. El Spitzberg no está habitado.

—Pero nosotros no hemos visto nada en estas rocas cuando la atmósfera estaba clara; ni siquiera una choza.

—Puede encontrarse en alguna hondonada ó tras una roca. ¡Subamos, profesor!

—¡Sí, sí; subamos!

Emprendieron la marcha, muy molestados por la nieve, escalando las rocas con gran trabajo, alentados por la esperanza de poder encontrarse en breve ante los desgraciados náufragos de la *Tornea* y el *Gotheborg*.

Entre los silbidos del viento seguían oyéndose voces que venían de lo alto; pero aún no se podían percibir las palabras. Sin embargo, parecía como si los hombres que hablaban fueran muchos.

Impaciente por saber con qué personas iba á encontrarse, el ballenero gritó á plenos pulmones:

—¡Ah, ah! ¿Quién habla ahí?

Las voces callaron por un instante. Luego se oyó á un hombre gritar en noruego:

—¡Que un oso blanco me coma vivo si no es esa la voz de un marinero!

— Es una broma del viento — dijo otro.

— ¡No, no!—gritó Tompson.—¡Es una voz que viene de Vadsó!

—¡Vadsó! ¡Vadsó!—gritaron muchas voces.—¿Quién habla de Vadsó? ¡En nombre de Dios, hablad!

— Soy el ballenero Tompson, y me manda á buscaros el señor Foyn.

— ¿El señor Foyn? ¡Hurra! ¡Estamos en salvo! ¡Hurra!

Á través de la niebla y de la nieve el ballenero y el profesor vieron algunas formas humanas que bajaban por las rocas poco menos que rodando, y poco después se sintieron estrechados entre veinte brazos, apretados y levantados en alto antes de que hubieran podido pronunciar una palabra ni ver la cara de los náufragos.

Cuando se sintieron libres viéronse en el interior de un chozo construído con restos de barcos náufragos, velas y bloques de hielo, y alumbrado con dos extrañas lámparas consistentes en dos gruesos procelarios en cuya garganta habían introducido dos torcidas,

Los rodeaban diez hombres, pálidos, con los ojos hundidos, los pómulos y la nariz amoratados por el frío, los labios inflamados y sanguinolentos á causa de los vientos polares, y los trajes hechos jirones.

— ¿Quiénes sois?—preguntó Tompson lanzando sobre aquellos desgraciados una mirada compasiva.

—Somos los supervivientes de la *Tornea*—dijeron seis de ellos adelantándose.

— Y nosotros, náufragos del *Gotheborg*—contestaron los otros cuatro.

— Pues yo soy el capitán Tompson, enviado aquí para salvaros.

— Capitán — dijo el más viejo de los marineros,—os damos las gracias por haber venido en nuestro socorro, principalmente en esta estación en que todos los buques viajan hacia el Sur.

— Sí, señor; todos os agradecemos este socorro — repitieron los demás marineros.

— Es el señor Foyn quien me envía — dijo Tompson.

— Un verdadero marino de gran corazón— añadieron los náufragos.

— Pero ¿sois solos vosotros? ¿No os habíais salvado treinta?

—Sí, Capitán—respondió el marinero más viejo

— ¿Dónde están, pues, los otros?

— En el *Eis-fiord*.

— ¿Vivos todos?

— Todos; pero luchando con el hambre. Cuando nosotros los dejamos, hace ya seis días, para ponernos en observación en este islote, pues estábamos seguros de que el señor Foyn enviaría algún barco en nuestro auxilio, sólo teníamos algunos kilos de galletas y media foca, que había matado el día antes el capitán Fonsey.

— ¿Vive aún el capitán Fonsey?

— Sí, señor.

— ¿Están muy lejos vuestros compañeros?

— A media hora de aquí, yendo en canoa.

— ¿Tenéis una chalupa?

— Sí, pero en el interior del *Eis-fiord*; y como éste está helado, no podrá servirnos.

— No importa. Me acompañan quince marineros y dos *slittas*. Es necesario apresurarse, ó mi buque será lanzado lejos de esta costa. ¿Tenéis hambre?

— Ayer comimos dos procelarios y una urraca marina, después de cuarenta y ocho horas de ayuno.

— ¡Desgraciados! — murmuró Oscar.

Tompson salió de la cabaña, y formando con las manos una especie de portavoz gritó:

— ¡Eh, marineros del *Torpa!* ¡Víveres en seguida! ¡Dejad las *slittas* en el banco!

Pocos minutos después llegaban á la choza 10 marineros cargados de víveres. Apenas vieron á sus pobres camaradas los abrazaron con gran alegría, pues ya los habían supuesto muertos de hambre y de frío en aquellas costas inhospitalarias.

Tompson hizo distribuir entre los náufragos galletas, chocolate y licores, y en seguida los marineros les sirvieron un té bien caliente. Cuando el ballenero los vió algo reanimados, dió la señal de marcha.

Hubiera querido de muy buena gana conceder á los desgraciados supervivientes del naufragio de las dos naves un par de horas de calma para servirles una abundante y suculenta comida, pero un retardo cualquiera podía ser

fátal para todos. El viento del Norte comenzaba á soplar, y el banco donde estaba aprisionada la *Torpa* podía ser arrastrado lejos.

Continuaba nevando con abundancia; pero la niebla había aclarado un tanto, y la luz era bastante intensa para orientarse. Se podía, pues, proceder con mayor premura y evitar fácilmente los peligros.

Los 26 hombres reunidos en la base de la isla rocosa se pusieron animosamente en camino dirigiéndose hacia el *Eis-fiord*, que estaba todo cubierto por el hielo.

El viejo marinero guiaba á los expedicionarios en compañía del ballenero y de Oscar.

Como los bancos estaban muy unidos y formaban una superficie casi tersa, la marcha no ofrecía dificultades, aunque la nieve impedía bastante el avance de las *slittas*, por más que Tompson había tenido la precaución de hacer engrasar los patines.

Mientras caminaban á través de los hielos el viejo marinero contaba al Capitán y á Oscar la historia de la doble catástrofe que costó la vida á uno de los dos comandantes y á 37 hombres.

La *Tornea* y el *Gotheborg* habían navegado juntos cerca de las costas del Spitzberg siguiendo las huellas de las ballenas. Llegaron hasta aquellas latitudes porque habían observado que en tales parajes abundaban los bancos de *boetes* (1), cebo predilecto de los gigantes del mar.

El 24 de Agosto habían cogido ya dos ballenas, cuando los dos navíos se vieron atacados por un furioso huracán que venía del Norte y que empujaba ante sí gran número de *ice-bergs*, de *palks* y de *streams*. Después de una noche horrible, la *Tornea* fué aprisionada por los hielos. Trató de romper el círculo que la estrechaba cada vez más, y fué á chocar de proa con un *ice-berg* mal equilibrado.

El coloso cayó entonces sobre la nave con ímpetu irresistible, y la aplastó. La catástrofe fué tan rápida, que solamente pudieron salvarse once hombres sobre restos del buque.

Estaba el mar tan borrascoso, que de cuando en cuando arrastrabaá alguno de los náufragos,

---

(1) Pequeñísimos cangrejos que se reúnen en tan considerable número, que llegan á formar verdaderos bancos.

le hacía caer del madero en que trataba de salvarse y lo hundía para siempre. El capitán Dikson, que se hallaba entre los supervivientes, fué envuelto por una ola en las proximidades del cabo Sur, y allí encontró la muerte.

Por algunos instantes se le vió luchar entre las turbulentas aguas y las escolleras, hasta que al fin se hundió en el abismo.

Durante cuarenta y dos horas los náufragos, cuyo número se redujo á seis, erraron por el mar tumultuoso agarrados con desesperación á los leños que los mantenían á flote, hasta que al fin las olas los arrojaron á la costa meridional del Spitzberg, en las proximidades del cabo Sud.

Entretanto el *Gotheborg*, desarbolado por la furia del huracán, fué también arrojado á la costa, y allí se estrelló contra las escolleras, también en parajes del cabo Sur, y perdió la tercera parte de su tripulación.

Los náufragos de los dos buques se encontraron dos días después al pie del promontorio. Habiendo podido salvar dos chalupas balleneras y algunos víveres y fusiles, decidieron refugiarse en el *Eis-fiord*, pues sabían que allí había una

Fué envuelto por una ola, y allí encontró la muerte.

cabaña construída dos años antes por algunos balleneros, y que, además, abundaban los renos salvajes.

Izado un mástil con dos banderas y enterrada al pie una caja con un documento en que se narraba la catástrofe, se embarcaron, y después de siete días pudieron refugiarse en el *Eis-fiord* y tomar posesión de la choza.

Hasta últimos de Diciembre no lo pasaron del todo mal; pero después comenzaron á faltar los víveres y á escasear la caza. En treinta días sólo pudieron matar dos renos, tres focas, una morsa y un oso blanco.

Habían perdido ya toda esperanza de recibir socorros por parte del señor Foyn y estaban resignados á morir, seguros de que no podrían soportar el tremendo invierno.

—El señor Foyn no os hubiera abandonado nunca en esta isla. Apenas le di cuenta de mi hallazgo del resto del *Gotheborg*, puso á mi disposición sus hombres y sus buques.

—Pero ¿encontrasteis un trozo del *Gotheborg?* —preguntó admirado el marinero.

—Sí; al Sur de la isla de los Osos.

— ¡Ha sido una gran suerte!

— Es verdad, porque, á no ser por aquel hallazgo, el señor Foyn no hubiera enviado tan pronto la expedición de socorro, y mandándola después el barco no hubiera podido abrirse paso por entre los hielos.

— Es cierto, Capitán. Pero ¿creéis que podréis conducirnos á Vadsó sin tener que invernar en estas costas?

— Lo intentaré; pero lo dudo. La *Torpa* ha sido bloqueada por los hielos la pasada noche.

— ¿Y no se la podrá libertar?

— Creo que no. Pero no os inquietéis: tenemos víveres para un año, y carbón en tal cantidad, que desafiaremos los hielos más rigurosos.

— ¡Alto! Estamos cerca, y las *slittas* no podrán subir esta pendiente.

— ¿Está allí la choza?—preguntó Tompson señalando una alta meseta que se distinguía entre la nieve y la niebla.

— Sí, Capitán.

El ballenero ordenó á sus hombres que se detuvieran, escogió á doce de los más fuertes, los cargó de provisiones y de licores, y se dirigió

con ellos hacia la costa, guiado por dos náufragos de la *Tornea*.

Cerca ya de donde debía de estar la choza, disparó su carabina.

Poco después contestaron desde lo alto con otros disparos.

— ¿Quién viene?—gritaron muchas voces.

— ¡El Capitán Tompson con la tripulación de la *Torpa!* ¡Me envía el señor Foyn!

Resonó un grito inmenso lanzado por veinte pechos.

— ¡Salvados! ¡Estamos salvados!

CAPÍTULO IX

El regreso.

Pocos minutos después Tompson, Oscar y los marineros de la *Torpa* se encontraban entre los brazos del capitán Jansey y de los supervivientes del *Gotheborg*.

Aquellos desgraciados lloraban y reían al mismo tiempo, pues habían perdido toda esperanza de salir vivos de aquella desolada extensión de hielo.

Estaban todavía en más deplorable situación que los supervivientes de la *Tornea*. Se hallaban exhaustos por las privaciones y por el frío, delgados, pálidos, cadavéricos, y algunos presa ya del escorbuto á causa de los prolongados ayunos, de la humedad y de los sufrimientos de toda especie.

Hacía treinta horas que habían devorado la última galleta, y se habían agrupado en el interior de la vivienda, un chozo medio arruinado abierto á los vientos y á la nieve, esperando allí la muerte.

Tompson hizo distribuir los socorros llevados por sus marineros, y apenas los náufragos repusieron sus fuerzas les informó de la necesidad de abandonar cuanto antes el *Eis-fiord*. Comenzaba ya á estar inquieto, temiendo que la *Torpa* hubiera sido arrastrada lejos.

Con algunos palos de los que estaba hecha la cabaña improvisaron camillas-parihuelas para trasportar á los enfermos de escorbuto, tan débiles que no podían moverse, y en seguida todos descendieron á la orilla, dejando sin el menor disgusto aquel mezquino albergue que hubiera sido la tumba de los últimos supervivientes del *Gotheborg*.

En los bancos el numeroso grupo se unió á los otros cinco marineros de la *Torpa* y á los náufragos de la *Tornea*, y todos se pusieron en marcha hacia la salida del *Eis-fiord*, tirando á turno de las *slittas* y conduciendo á los enfermos.

La nieve no había cesado: por el contrario, caía con más abundancia, vertiginosamente arrastrados los copos por el viento polar, y el frío era tan agudo, que la respiración de aquellos hombres se helaba, formando cristales como punzantes agujas en sus labios y sus barbas.

Los hielos tampoco permanecían quietos. Aquel rápido descenso de temperatura aumentaba su volumen, produciendo presiones irresistibles.

Crujían sordamente bajo los pies de los marineros, y estallaban como si bajo ellos se quemara pólvora. Los pedazos volvían á soldarse inmediatamente formando nuevos y enormes bloques. Otras veces debajo de aquellos bancos se formaban oquedades, que á su vez se abrían y lanzaban al aire pedazos de hielo en forma de pirámides ó de columnas, que volvían á caer con estrépito.

Tompson, cuyas inquietudes iban en aumento, los alentaba á todos para que sostuvieran una marcha ligera.

—¡Pronto, pronto—repetía,—ó nos será imposible llegar hasta la *Torpa!*

Ya estaban junto al islote donde habían encontrado á los primeros náufragos, cuando hacia el mar se oyó el fragoroso ruido de una detonación.

—¡El cañón de caza de la ballenera! — exclamaron los marineros de la *Torpa*.

— Sí — dijo Tompson.— Nos indica que apresuremos el regreso. ¡Profesor, capitán Jansey, seguidme; y vosotros marchad lo más rápidamente que os sea posible!

Los tres hombres se lanzaron á través de los turbiones de nieve y trataron de dirigirse á las orillas del banco. El cañón de caza del buque seguía disparando á intervalos de cinco en cinco minutos.

La *Torpa* debía de correr algún peligo, pues la tripulación reclamaba con tanto apremio la presencia á bordo de su Capitán. Probablemente el *wacke* se habría puesto en movimiento arrastrado al buque.

Después de un cuarto de hora de carrera Tompson y sus dos compañeros llegaron junto al mar, al punto donde habían dejado la chalupa.

Una ballenera montada por seis marineros y un pescador de ballenas los esperaba.

—¿Qué ocurre? — preguntó Tompson á aquellos hombres.

— Capitán — dijo el pescador, — el viento empuja al *wacke* hacia el Sur, y el mar toma mal cariz. Si no os apresuráis, no podremos alcanzar al barco.

Tompson lanzó una rápida mirada al mar; pero la niebla y la nieve le impedían ver la *Torpa*. Sin embargo, el gran banco de hielo brillaba á cerca de tres millas de la costa.

— Estaremos á bordo antes de que se aleje demasiado — dijo. — Mis hombres y los náufragos van á llegar. Entretanto avisemos nuestra vuelta al *ice-master*.

Armó el fusil, y lo disparó tres veces al aire. Aquella señal había sido convenida para noticiar á los tripulantes el regreso de los expedicionarios en el caso de que la niebla les impidiera verse.

Un disparo de cañón de caza fué la respuesta, seguida poco después de una salva de fusilería.

— Todo va bien — dijo Tompson.— Nos esperan en la margen exterior del *wacke*.

La vanguardia de los náufragos comenzaba á aparecer entre los turbiones de nieve.

Fueron botadas al agua las dos chalupas, que habían sido izadas al banco para evitar que las olas las destrozaran contra los hielos, los *palks* ó los *streams*, y en seguida comenzó el embarco.

Diez y ocho hombres embarcaron en la chalupa mayor, catorce en la otra, y los demás se colocaron en la ballenera.

El mar estaba revuelto; espumeantes olas chocaban con el hielo, rompiendo sus bordes y estremeciendo todo el banco.

Bogando con desesperada prisa y tratando de evitar las olas demasiado altas, las chalupas y la ballenera pudieron llegar al *wacke*, en cuyas orillas los esperaban algunos marineros de la *Torpa* guiados por el *ice-master*.

— ¡Ahora me río yo de los hielos, de las presiones y de la deriva! — dijo Tompson presa de una gran alegría.— Mi misión ha concluído felizmente, y ya no temo nada.

— Sí; gracias á vuestra audacia y á vuestra

habilidad — dijo el capitán Jansey. — Señor Tompson, permitid ahora que vuelva á daros gracias en mi nombre y en el de mis marineros por habernos salvado de una muerte segura.

— ¡Un abrazo, camarada, y no se hable más de gracias!—respondió el ballenero.—¡Los hombres de mar, ya lo sabéis, sienten por dentro solamente!

Los dos hombres se arrojaron uno en brazos del otro, mientras los marineros gritaban á plena voz:

— ¡Viva el Capitán Tompson!

— ¡Silencio, muchachos! ¡Á bordo! — dijo el ballenero, tratando en vano de vencer su emoción.—¡Cada uno ha cumplido con su deber, y basta!

Las chalupas y la ballenera fueron izadas sobre el *wacke*, y la numerosa tripulación, conduciendo á los enfermos, ayudando á los más débiles y empujando las tres embarcaciones, atravesó el banco, en tanto que los marineros que habían permanecido á bordo de la *Torpa* lanzaban fragorosos *¡hurras!*

El trozo de mar libre en que estaba preso el

Los dos hombres se arrojaron uno en brazos del otro.

buque comenzaba á helarse; pero la capa sólida fué rota con algunos golpes de remo, y las tres chalupas pudieron llegar felizmente hasta la *Torpa*.

Cuando los náufragos de la *Tornea* y el *Gotheborg* se encontraron entre sus antiguos camaradas dieron rienda suelta á su alegría, que hasta entonces habían contenido. Reían, lloraban, se abrazaban unos á otros; saltaban los náufragos al cuello de sus salvadores, y aclamaban á plena voz al valiente y audaz ballenero que había desafiado los hielos polares, las nieblas y los huracanes por ir á salvarlos en aquella tierra desoladas.

Cuando se hubo calmado un tanto aquella explosión de alegría y entusiasmo y los náufragos repararon sus fuerzas bajo cubierta con una abundante comida, Tompson, el capitán Jarsey, Oscar y el *ice-master* se reunieron en Consejo para decidir acerca de lo que debía hacerse.

Provista como estaba de víveres de toda especie, así como de carbón, la *Torpa* podía afrontar una invernada en aquellas altas latitudes; pero si lograba librarse de aquel formidable

círculo de hielo que la estrechaba cada vez más y hacer ruta hacia las costas de Noruega, era mejor todavía. Refugiada en una bahía ó dentro de un *fiord*, la invernada sería penosa, pero casi exenta de peligros, mientras que en medio de un banco de hielo era muy difícil, y había el permanente peligro de ser aplastada por las presiones.

Tenían pocas esperanzas de abrirse camino; pero, no obstante, quisieron convencerse de si había alguna probabilidad de salir del encierro, visitando detenidamente todo el *wacke*.

Se hicieron conducir al banco, y procedieron á una serie de minuciosos reconocimientos para asegurarse del espesor de los hielos. Esperaban encontrar alguna parte débil ó alguna rotura que les permitiera abrir un canal por medio de la pólvora, los picos y el espolón.

El *wacke* fué recorrido en todas direcciones y sondeado en algunos puntos, sin resultado alguno favorable. El hielo tenía por todas partes un espesor tan enorme, que las barras de hierro, de cinco metros de largo, no lograban traspasarlo por completo.

Visitaron la salida del canal, que había sido obstruída por los *ice-bergs*, y también se convencieron de que era absolutamente imposible la salida por aquella parte. Cuatro montañas de hielo de dimensiones colosales se habían metido en el canal, una detrás de otra, y formaban un solo bloque con el *wacke*. Se hubieran necesitado por lo menos diez quintales de pólvora para hacerlas saltar.

— Todo es inútil — dijo Tompson. — Estamos prisioneros, y no recobraremos la libertad si este banco no se rompe contra algún *ice-berg*.

— ¿Nos veremos, pues, precisados á invernar aquí?—preguntó Oscar.

— Sí, profesor—contestó el ballenero.

— Toda tentativa por abrirnos paso resultaría infructuosa — repuso Jansey. — La salida de la *Torpa* está cerrada.

— Pero el banco parece caminar hacia el Sur.

— La corriente y los vientos lo llevan hacia la isla de los Osos.

— Y en seis horas nos hemos alejado cuatro millas del *Eis-fiord*—añadió el *ice-master*.

— ¿Baja alguna corriente hacia la costa occidental del Spitzberg?—preguntó Oscar.

— Sí, señor — dijo Jansey. — La he notado el año último durante la estación de la pesca.

— ¿Y habéis averiguado su dirección?

— Sí, profesor. Se dirige hacia el Sur-Sudoeste, y casi estoy seguro de no engañarme al afirmar que va á romperse hacia la costa occidental de Noruega.

— Bueno — dijo Tompson. — Si el *wacke* no es detenido por otros bancos ó no se hace pedazos, iremos á parar á las costas de Noruega. Sería un regreso muy lento, es verdad, pero siempre preferible á una invernada en Spitzberg.

— Si es que las presiones no hacen averías en el buque—repuso Jansey.—¡No hay que fiarse de los hielos!

— Procuraremos mantener libre esta especie de lago mientras nos sea posible. Entretanto tomaremos las necesarias medidas para invernar, porque preveo que nuestra prisión va á prolongarse y que no tardarán en llegar los grandes fríos. Este año se ha prolongado mucho

la estación buena, y el invierno tomará su desquite sin compadecerse de nosotros.

—Ya empieza el tiempo á ponerse malo—dijo Oscar.—En doce horas el termómetro ha descendido diez grados.

—¡A bordo, señores!—dijo Tompson.—Antes que el lago del *wacke* se hiele es preciso que el buque esté en situación de resistir las presiones.

Se embarcaron y volvieron á la *Torpa*, y entretanto la nieve, que cesó por completo de caer durate algunos minutos, volvió á manifestarse con más abundancia, y el viento se hizo más impetuoso, revolviendo las aguas del mar.

Los marineros, advertidos de que iban á tomarse las medidas necesarias para la invernada, se pusieron á trabajar febrilmente bajo la dirección de los dos capitanes y del *ice-master*.

Ante todo procedieron á la construcción de un almacén, que debía erigirse sobre el banco de hielo, en un sitio elevado, precaución necesaria, pues el buque podía ser aplastado entre los hielos antes de que la tripulación pudiera poner en salvo los víveres indispensables para tanta gente.

Formada una especie de plataforma en la cima de una altura que se encontraba á cerca de doscientos pasos del lago, levantaron en ella una gran barraca formada de bloques de hielo reforzados con traviesas, y tan capaz que, en caso necesario, pudiera guarecerse en ella toda la tripulación.

Dentro acumularon provisiones de toda especie, suficientes para nutrir por dos meses á aquellos hombres; mantas, velas, piezas de repuesto, carbón, una estufa y las dos chalupas mayores.

Alrededor de la barraca levantaron murallas de nieve y de hielo para defender la construcción de las copiosas nevadas, y colocaron cobertizos para que los marineros pudieran pasear sin exponerse á la intemperie.

Acabado el almacén y sus accesorios, los dos capitanes reconcentraron sus cuidados en el buque.

Lo anclaron fuertemente á la orilla del lago para impedir que el viento lo arrojara contra las paredes de hielo, y después sumergieron alrededor de la carena gran número de gruesas

traviesas dispuestas oblicuamente, de modo que los hielos elevaran la *Torpa*, en vez de comprimirle los fiancos. De aquella manera podían mejor, en parte, evitar las tremendas presiones.

Fueron luego liadas las velas y calados los segundos palos del trinquete y el mayor; pero no almacenados, para estar más dispuestos á tomar el camino en el caso de que el banco se rompiera.

Fué cubierto el puente con un techo de tablas revestido de tela embreada, de la que colgaban dos anchas bandas, formando así una sala espaciosa y cuidadosamente abrigada de los fríos exteriores. Cuatro ventanas fueron abiertas para la luz y ventilación.

La estiva fué escrupulosamente limpia, lavada con agua y cal y convertida en comedor y dormitorio de la tripulación.

Fueron, finalmente, colocadas las dos estufas, provistas de largos tubos curvados para impedir la dispersión del calor, una en el cuadro de popa y la otra en el dormitorio. A cada una se le adaptó un gran recipiente de hierro galvanizado, destinados á recoger la nieve, á fin de es-

tar provistos del agua necesaria para la cocina y de aseo de los marineros.

Por último, se extendió sobre el puente una capa de arena y ceniza para impedir que el hielo se incrustara y para absorber la humedad, enemigo formidable en aquellos climas y causa de infinitos males para la salud de la tripulación.

El 12 de Octubre habían terminado aquellos diversos trabajos, y la tripulación y el buque estuvieron en condición de desafiar los terribles hielos del invierno polar.

CAPÍTULO X

Llevados al Sur.

El *wacke*, empujado por el viento y arrastrado por la corriente, continuaba dirigiéndose hacia el Spitzberg, llevando consigo á la *Torpa*, que nó podía librarse de aquella prisión.

El tiempo continuaba siendo malísimo y el frío aumentaba cada vez más. Las nieblas cubrían el cielo y bajaban hasta el mar con mucha frecuencia, y la nieve caía sin cesar, haciendo aumentar considerablemente el volumen del gran banco, mientras el mar estaba cada vez más revuelto.

Enormes oleadas corrían del Noroeste al Sudoeste rompiendo las barreras de pequeños bloques y arrastrando *ice-bergs* de colosales dimen-

siones; pero el *wacke* no se resentía y desafiaba intrépidamente los furores del Océano Ártico.

Adelantaba tranquilo, removiendo con su enorme masa los obstáculos que hallaba, sin detenerse un solo instante. Sus márgenes, que debían de tener un espesor de muchos metros, lo destruían todo: *ice-bergs*, *palks*, *streams*, *packs* y *hummocks* crujían y se rompían al poderoso empuje del *wacke*.

Por el momento no había que esperar que se abriese; al contrario, su extensión aumentaba siempre, soldándose á él otros grandísimos bloques. Tenía ya una circunferencia de siete ú ocho millas, y cada día engrosaba más. El frío contribuía á aumentar su volumen.

El agua se helaba en las márgenes y hasta en el lago, de tal modo, que ya estaba casi solidificada y obligaba á los marineros á emplear los picos para que el barco se mantuviera libre.

Tres veces en sólo cuarenta y ocho horas marcó el termómetro — 2° centígrados, y una vez — 28. Durante aquellos bruscos descensos de temperatura las estufas ardían sin cesar en el dormitorio y en la cámara de popa.

La tripulación de la *Torpa* y la de los dos buques naufragados, acostumbradas ya á aquellos climas fríos, no sufrían mucho. Además, todos estaban bien alimentados y se hallaban muy á gusto en la gran sala construída sobre el puente, donde se reunían todos para charlar, jugar ó leer.

Si algo lamentaban era la falta de carne fresca; pero con aquel viento y aquellos turbiones de nieve no era prudente aventurarse por el banco para dedicarse á la caza de aves marinas, que se mostraban en grandes bandadas.

El 14 de Octubre el cielo, que se había mantenido hasta entonces fosco y oscuro, aclaró de pronto, y el Sol, después de tantos días de ausencia, apareció en el horizonte lanzando oblicuamente sus débiles rayos.

Soplaba, sin embargo, con violencia el viento Norte, causando continuos descensos en la temperatura.

Tomada la posición al Mediodía, comprobaron que el banco, en cinco días, había bajado hacia el Sur cuarenta y seis millas, y se hallaba á diecisiete millas al Sudeste del Spitzberg.

— ¡Buena caminata!—dijo Tompson.—Si continúa siempre así, dentro de cuatro meses nos hallaremos á doscientas ó trescientas millas de la costa septentrional de Noruega. ¡Esperamos que el *wacke* se decidirá antes á romperse!

— Tal vez encontremos grandes bancos junto á la isla de los Osos—dijo Oscar.

— Creo que pasaremos por ella de largo, profesor.

— ¿Y creéis que el *wacke* no se detendrá?

— Tengo esa opinión. Es muy grande, y podrá abrirse paso á través de las barreras de hielo que los vientos y las corrientes arrancan de la costa de la Groenlandia y las arrojan hacia el Este.

— Yo también tengo esa esperanza—dijo Jansey.—Nuestro *wacke* forma una masa imponente y con dificultad podrá ser detenido. Existe, sin embargo, el peligro de que varíe de dirección y vaya á embarrancar junto á la isla de los Osos.

— ¡Ah! ¡Si desplegando velas pudiéramos precipitar su marcha!—exclamó Oscar.

— La idea es buena, profesor—dijo Tompson

sonriendo; pero, por desgracia, necesitaríamos millares de metros cuadrados de tela y centenares de antenas, y no tenemos ni una cosa ni otra. —¡Vamos á explorar el barco, señores!

Se pusieron en camino para ver si el hielo, á causa de aquellos continuos choques, se había roto por algún lado, especialmente por el meridional; pero bien pronto se convencieron de que permanecía compacto. La esperanza de encontrar un sitio por donde abrir un canal se desvanecía siempre.

Cuando regresaron á bordo fueron testigos de uno de los más bellos fenómenos que, si se admiran con frecuencia en los ardientes desiertos de África, no son tampoco raros en los rígidos climas de las regiones polares. Era un espléndido espejismo producido por la refracción de la luz.

La *Torpa*, que se encontraba en medio del lago, era reflejada por los hielos que brillaban ante el frente septentrional del banco; más por una extraña alucinación óptica, parecía tener tres palos en vez de dos, y las velas desplegadas.

Al principio apareció un solo buque, después

dos, cuatro, y por último, otros tantos, pero parecían como suspendidos en el aire navegando por una ligera niebla.

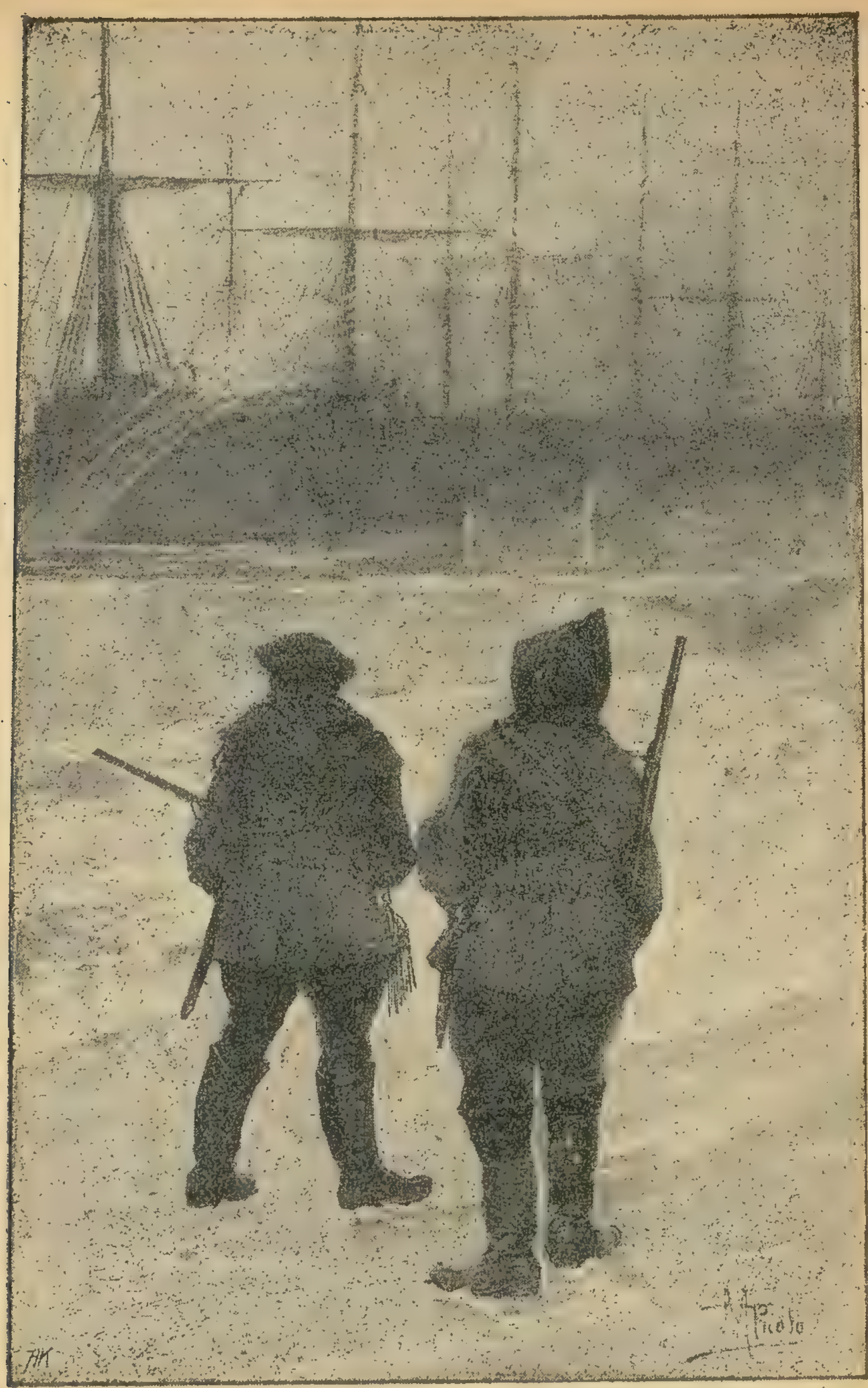
El fenómeno duró un cuarto de hora; después, habiéndose escondido el Sol detrás de una nube, los ocho navíos desaparecieron con fantástica rapidez.

Al siguiente día volvió á cambiar el tiempo. En vez del Sol fué la niebla la que se dejó ver, como si estuviese obstinada en no abandonar los parajes del Spitzberg, y el viento polar comenzó nuevamente á soplar con furia, revolviendo el mar. A las cuatro de la tarde se heló el lago por cuarta vez, y la costra llegó á ser tan gruesa, que los marineros tuvieron que trabajar bastante para mantener un espacio libre alrededor del barco.

Por la noche el *wacke* sufrió la primera sacudida del hielo y vibró durante más de media hora.

Durante la noche del 15 se hicieron sentir también las presiones. El hielo crujía fragorosamente, se rompía y mugía con fuerza, como si bajo el *wacke* corrieran máquinas de vapor.

El hielo del lago fué roto y pudo entrar el agua



El fenómeno duró un cuarto de hora...

del mar, que hizo oscilar á la *Torpa*, la cual se inclinó levemente de estribor y permaneció luego en tal posición.

Aquellas presiones, leves hasta entonces, no produjeron daños al buque, el cual, á causa de las traviesas, en vez de dejarse aplastar se elevaba, huyendo así de los choques.

El almacén tampoco sufrió ningún daño. Sólo se desprendió una muralla de hielo, pero el frío no tardó en recomponerla.

La noche del 16, estando el cielo oculto por la niebla, los prisioneros del banco presenciaron una espléndida aurora boreal, la primera de la estación de invierno.

De repente, todo el horizonte septentrional, que permanecía oscurísimo, se iluminó con un resplandor intenso, purpúreo, dispuesto en anchas fajas, que poco á poco formaron un arco soberbio que subía hacia el cielo, proyectando reflejos rojizos en los hielos bruñidos y en el esplendente Océano.

Poco después atravesaron aquel arco flameante grandes proyecciones de luces de variados colores, que se alejaban y acercaban capricho-

samente. Eran rayos amarillo dorado ó amarillo pálido, con facetas de luz azul, que parecían lanzados por potentes lámparas eléctricas; rayas que, á semejanza de movibles llamas, se cruzaban, subían las unas sobre las otras y fundían sus matices, mientras el gran arco sufría extrañas vibraciones, como si lo sacudiera un viento impetuoso, irresistible.

Todo el horizonte meridional, en una extensión inmensa, parecía flamear: se hubiera creído que en el Polo había un gigantesco incendio, ó que cien volcanes á la vez vomitasen fuego y llamas.

Los *ice-bergs* parecían transformados en inmensos rubíes flotando sobre un mar de sangre, mientras las siluetas del Spitzberg, todavía visibles, se teñían de un fuerte tinte azul, que poco á poco se cambiaba en amarillo y luego en rojo oscuro.

El fenómeno duró dos horas. Después los tonos de aquellas luces fueron palideciendo, desvaneciéndose; el gran arco se borró después de oscilar violentamente, y la oscuridad volvió á cubrir el mar y los hielos.

El 17 desaparecieron del horizonte las montañas del Spitzberg. El *wacke*, que había continuado caminando hacia el Sur-Sudeste, se encontraba entonces á cerca de cuarenta millas del cabo Sur y seguía bajando, manteniéndose entre los meridianos 12° y 13°.

Su marcha, que en los días precedentes oscilaba entre las 26 y las 30 millas cada veinticuatro horas, se hizo más lenta, á causa sin duda de los abundantes hielos que parecían provenir de la costa oriental de la Groenlandia.

Á cada momento se percibían choques formidables que repercutían hasta en el lago. El *wacke* chocaba contra los *ice-bergs*, altos como montañas, y que tenían una circunferencia de setecientos, ochocientos y aun de mil metros, aunque de estos choques no resultaba gran daño para aquella masa de hielo, grande como una isla. Otras veces iba á tropezar contra vastos *floes*, ó sea bancos de agua del mar, helada, y entonces el frente donde se había efectuado el choque sufría desprendimientos de pequeños trozos de hielo.

En ocasiones, en fin, venía el *wacke* á encon-

trarse en medio de verdaderas flotillas de hielos, que se estrellaban en sus márgenes, lanzando una lluvia de bloques que al caer sobre el suelo quedaban al punto soldados á aquella masa helada.

Tompson, Oscar y Jansey se dirigían todos los días á las orillas del *wacke*, con la esperanza siempre de hallar en él alguna hendidura que permitiera la fuga de la *Torpa;* pero siempre resultaban inútiles sus pesquisas. La masa central del banco no cedía y permanecía constantemente compacta.

No obstante aquella prisión prolongada, la tripulación seguía contenta, confiando siempre en su capitán, y se entregaba gustosa á los trabajos, que nunca faltaban. Todas las mañanas se distribuían en grupos los marineros y recorrían todo el banco en busca de caza, que, aunque poca, no faltaba, cobrando siempre ocas, estrófagos y procelarios; pero la caza mayor no aparecía. Cuando el mal tiempo impedía abandonar el buque organizaban fiestas en la sala del puente y bailaban alegremente, burlándose del frío, de la nieve, de los hielos y hasta de la

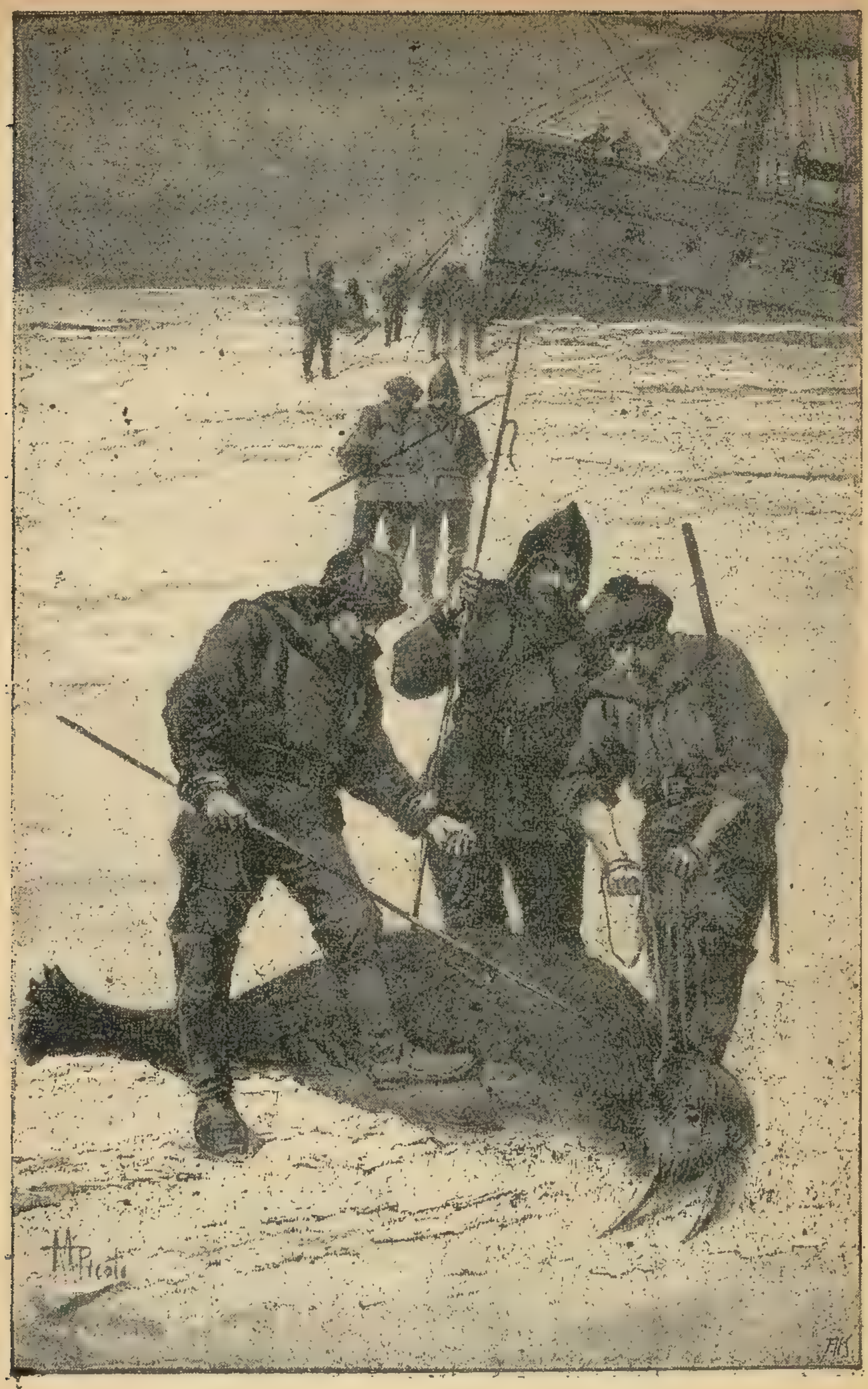
oscuridad, que aumentaba cada vez más, pues eran ya brevísimas las apariciones del Sol. En el Spitzberg debía de haber comenzado ya la larga noche polar.

Por fin, el día 19 los cazadores tuvieron la suerte de cobrar un grueso anfibio. Habían sorprendido á una morsa de formas gigantescas, que estaba escondida detrás de algunos *hummoks*, cerca de la orilla, calentándose á los tibios rayos del Sol.

El anfibio no tuvo tiempo de llegar al mar, y los marineros le mataron de cuatro disparos.

Aquella morsa era tan pesada, que para trasportarla se hicieron necesarios diez hombres. Los mismos cazadores trataron también de apoderarse de algunas focas, á las que vieron aparecer sobre un *pack* que navegaba junto al *wacke*, manteniéndose alejado de éste sólo una milla hacia el Este.

Al efecto, llevaron la ballenera, que era la más ligera embarcación, hasta la orilla del campo de hielo, y aprovechando la tranquilidad del mar atravesaron el canal y desembarcaron en el *pack*, que tenía una circunferencia de 500 ó



El anfibio no tuvo tiempo de llegar al mar, y los marineros le mataron de cuatro disparos.

600 metros. Las focas, que son demasiado prudentes, advirtieron todos aquellos preparativos que iban contra ellas, y se refugiaron en el mar, al cual salieron á toda prisa por los agujeros que ellas mismas abren á través del hielo.

Los cazadores descargaron su mal humor en las aves marinas, y mataron muchísimas, por lo que la ballenera volvió al *wacke* tan cargada, que corrió el peligro de zozobrar. Aquellos volátiles, sabiamente preparados por el cocinero de á bordo, y condimentados con una salsa que quitaba á sus carnes el desagradable sabor á aceite rancio, sirvieron de cena varias noches á la numerosa tripulación.

CAPÍTULO XI

El choque del «wacke.»

El 21 de Octubre el *wacke*, que había seguido su marcha hacia el Sur-Sudeste, se encontraba sólo á 40 millas de distancia de la isla de los Osos. Tompson, desde el observatorio del *ice-master*, descubrió con un buen anteojo las cumbres nevadas de las montañas.

Si la corriente no cambiaba de dirección, ó alguna tempestad no lanzaba al *wacke* fuera de la recta seguida hasta entonces, la *Torpa* debía pasar al Este de la isla y á muy corta distancia de ella.

Era, sin embargo, probable que el campo de hielo interrumpiera por algún tiempo su marcha, pues hacia el Sur se divisaban verdaderas flotas de *ice-bergs* y de *packs* extensísimos, los cuales

formaban una especie de semicírculo cuyas extremidades se dirigían la una hacia el Este y la otra hacia el Noroeste.

—Tal vez—murmuró Tompson, que observaba aquellos hielos en compañía de Oscar, —algún grave suceso espero que ocurra, y que quizás sea el medio de que podamos abandonar este encierro.

—¿Contáis con algún formidable choque?

—Sí, profesor. Aquella barrera irá poco á poco á apoyarse contra los bancos formados alrededor de la isla y acabará por hacer frente á nuestro *wacke* sin retroceder.

—¿Y no será aplastado nuestro buque por efecto del desquiciamiento que sufrirá el *wacke?*

—No lo creo, porque el hielo del lago no está todavía tan espeso que pueda resistir una gran presión. Se romperá en mil pedazos y la *Torpa* quedará libre.

—¿Y nos será fácil salir entre tantos hielos esparcidos por el mar á causa del choque?

—Lo intentaremos, profesor. Forzaremos el paso trabajando con el espolón, y nuestra trípu-

lación, que es bien numerosa, ayudará á la *Torpa* con las picos y con las minas.

— ¡Qué hermosa sorpresa para el señor Foyn si dentro de quince días nos ve regresar á Vadsó!

— Lo creo. Pero... ¿qué se ve allí?

— ¿Dónde?

— Sobre los bancos de la isla de los Osos — dijo Tompson mirando con el anteojo.

— ¿Algún buque tal vez?

— No; un gran número de puntos negros. O mucho me engaño, ó esos puntos negros son focas.

— ¿Son muchas?

— Muchísimas, profesor. ¡Ah!

— ¿Qué os pasa?

— ¡Mirad! ¡Mirad entre aquellos *ice-bergs*, profesor! — exclamó Tompson, que se había empinado sobre las puntas de los pies para distinguir mejor. — ¡Mil cañonazos! ¡Y estar aquí prisionero mientras allí hay una fortuna!

Oscar miró en la dirección señalada por el ballenero, y con gran admiración vió varios enormes cetáceos que se movían majestuosamente entre los hielos.

Eran seis capidogos, grandes como ballenas, ó tal vez mayores, pues algunos medían veinte ó veintidós metros de largo, por una circunferencia que no debía de ser menor de quince ó diez y seis metros. Estos colosos del mar pertenecen al orden de los cetáceos, como las ballenas; pero son diversos en la conformación, y se diferencian también un poco de los capidogos comunes que habitan los otros mares. Los que se encuentran en el Océano polar son, por lo general, más voluminosos, poseen una espina dorsal derecha y aguda, y su cabeza no equivale á la tercera parte de su cuerpo, sino á la mitad.

¡Figuráos lo enorme y espantoso de aquella boca cuando se abre, mostrando aquellos formidables dientes cónicos, algunos de los cuales pesan más de dos kilos!

Estos monstruos son más ligeros que las ballenas, más peligrosos, más brutales, más batalladores. Se arrojan indistintamente contra todos los habitantes del mar, y atacan especialmente á las ballenas, que caen vencidas por los mordiscos de aquellas enormes bocas.

—¡Qué monstruosidad!—exclamó Oscar, que

no se cansaba de mirarlos. —No puedo comprender cómo se atreve el hombre á atacar á semejantes colosos provisto sólo de simples arpones.

—¡Y se los mata, profesor!—dijo Tompson.

—¿Habéis capturado muchos?

—¡Doce, por lo menos! Cuando se tiene la suerte de encontrarlos no se los deja huir, porque los capidogos dan mayores provechos que las ballenas.

—¡No lo creo, capitán!

—Por término medio se obtienen de su grasa cerca de cien toneladas de aceite, las cuales representan un valor de 25.000 francos, pues se vende á cerca de 250 francos la tonelada. Añadid á esto la esperma, ó sea el aceite blanco que se encuentra en la cabeza del capidogo, encerrado en un canal que forma el hueso del cráneo, y que se paga á elevado precio para aplicarlo á la fabricación de jabones y bujías.

—¿Y tiene mucha esperma cada capidogo?

—Cerca de tres mil kilogramos.

—¿Y el ámbar gris?

—No siempre lo tienen los capidogos, profe-

sor. Una vez, sin embargo, encontré en uno un pedazo que pesaba diez kilos.

—Decidme, señor Tompson, ¿dónde se encuentra el ámbar gris?

—En el canal intestinal de los capidogos, por lo general, en cuatro ó cinco trozos irregulares que pesan ordinariamente cuatrocientos ó quinientos gramos. Es una materia que se paga muy bien.

—Lo creo.

—Lo que yo quisiera saber es por qué se encuentra tan preciosa materia en esos colosos.

—¿No lo sabéis?

—No, profesor.

—Entonces os diré, querido capitán, que el ámbar no es otra cosa que un excremento alterado, modificado y solidificado, una parte ínfima del alimento incompletamente digerido.

—¡Diablo! ¡Y tiene un perfume tan delicado! ¡Mil cañonazos! ¡Los capidogos se van hacia el Sur! ¿Quién será el afortunado ballenero que se los encuentre? Si yo no estuviera prisionero entre estos malditos hielos, á estas horas ya habría caído alguno al golpe de mi arpón.

—¡Un peligro evitado, capitán!

—No digo que no, porque esos gigantes son más temibles que las ballenas. Cuando están heridos no huyen; al contrario, se revuelven contra las chalupas balleneras, y en ocasiones contra los buques de alto bordo.

—¿Sí?

—Sí, y más de uno ha sido echado á pique de una tremenda cabezada; y ahora recuerdo que...

—¿Qué?—preguntó Oscar al notar que Tompson se callaba.

Viendo que éste no respondía, se volvió hacia él y le vió inclinado sobre la borda de la *Torpa*, con la mirada fija en la isla de los Osos, perfectamente visible ya sin ayuda del anteojo.

—¿Qué os pasa, señor Tompson?—le preguntó.

—¡Que... que vamos á chocar!

Después, sin añadir una palabra más, se fué al puente gritando:

—¡Todo el mundo á cubierta!

El *wäcke*, en efecto, iba á chocar contra la gran flotilla de hielos que se apoyaba en los bancos formados alrededor de la isla de los Osos.

La corriente lo llevaba allá, y el viento, que soplaba siempre del Norte con cierta violencia, lo empujaba en la misma dirección. El choque había de ser tremendo.

El capitán Jansey y todos los marineros habían subido á cubierta para estar dispuestos á cualquier evento. Los dos comandantes se aconsejaron brevemente acerca de lo que convenía hacer á fin de que la *Torpa* no sufriera graves averías en el choque.

—Sólo hay una cosa que hacer—dijo Tompson.

— Sí, romper los hielos alrededor del buque—respondió Jansey.

— Justo — añadió el primero.

— ¡No perdamos tiempo, señor Tompson!

Treinta marineros, dirigidos por el *ice-master* y armados de picos, palas y trozos de hielo, bajaron precipitadamente á la superficie helada del lago y se pusieron con todo ardor á la obra, picando y golpeando. Tompson y Jansey, desde lo alto del puesto del *ice-master*, miraban con atención avanzar al *wacke*, dispuestos á llamar á bordo á los marineros antes de que sobreviniera el choque.

El banco estaba á una milla de la barrera de los *ice-bergs*, y se dirigía hacia la costa occidental de la isla de los Osos. Si se mantenía en aquella dirección, era probable que pasara sin detenerse á lo largo de la playa, en el caso de que pudiera abrirse camino á través de todos aquellos obstáculos.

Á mediodía el *wacke* se encontraba ya á diez millas de la isla y á doscientos pasos de los *ice-bergs*.

Parecía que la corriente se hacía sentir más violenta cerca de aquella costa, porque la distancia disminuía con cierta rapidez. Dentro de diez minutos tenía que ocurrir el choque.

—¡Á bordo!—gritó Tompson á los marineros que se hallaban en el banco.

Los marineros se apartaron de allí en seguida y subieron precipitadamente á la *Torpa*. En media hora habían hecho un trabajo extraordinario; el buque había sido librado de los hielos que le oprimían y se balanceaba en un lago que tenía trescientos metros de circunferencia.

—¡Desenvolved las velas!—gritó Tompson.—¡Arriba los gavieros!

En menos de cinco minutos las velas fueron desembarazadas de las telas impermeables que las envolvían y desplegadas. La *Torpa* se hallaba dispuesta á marchar dando espolonazos.

Á poco sobrevino el choque. Pareció que un formidable terremoto sacudía violentamente el *wacke*. Las pirámides, los conos, los picos, los *ice-bergs* crepitaban con fragor inaudito, ensordecedor, rompiéndose el banco por cien lugares diferentes. El agua entraba espumeante por las aberturas, los huecos y las fallas, corriendo como una catarata á través de los hielos.

El hielo del lago, comprimido por aquel choque, saltó en pedazos, como si bajo él hubiera estallado una mina, y volaron por el aire bloques de grandes dimensiones, en tanto que las orillas crujían y se abrían con horrísono estruendo.

Por algunos instantes pareció que el inmenso banco iba á desmenuzarse, á pulverizarse; pero sólo fueron sus orillas las que se destrozaron, al caer sobre ellas los *ice-bergs*, desequilibrados por el golpe. La masa central tembló y se abrió á lo largo, formando acá y allá canales que se cerraron bien pronto, sin que el círculo de hielo

permitiera el paso. La *Torpa*, sacudida violentamente por las olas que se formaron en el lago, fué casi arrojada contra la orilla; pero el viento la condujo al centro, donde se halló rodeada de trozos de hielo desprendidos del *wacke*.

Tompson y Jansey habían seguido con ansiosas miradas, con el corazón palpitante de esperanza, la formidable convulsión del banco. Cuando vieron que la fuga era imposible, un grito de rabia salió de sus pechos.

—¿Pero no se rompe este maldito *wacke?*—dijo Jansey mesándose nerviosamente la barba. —¡No podremos salir de él nunca!

—Si ha resistido á los hielos, no resistirá á las aguas más templadas de las regiones del Sur.

—¡Si no encalla en la isla de los Osos!

—Si la detienen los hielos de la isla, los romperé con barrenos, Jansey. La pólvora abunda á bordo.

—¿Marchamos?

—Sí; el banco tiende á seguir.

—¡Chocaremos nuevamente!

—¡Es verdad. Veo allí otros hielos!

—Quizás estos incesantes choques acaben por romper el *wacke*.

Éste seguía bajando hacia el Sur, acercándose cada vez más á la isla de los Osos. La gran barrera había sido destrozada por el coloso; pero otros *ice-bergs* de gran mole hallábanse dispersos acá y allá, arrastrados y detenidos por los bancos.

Los choques continuaban en el frente meridional del *wacke*. A cada instante una montaña de hielo, desequilibrada por el golpe, caía produciendo fragoroso estruendo y hacía saltar en pedazos los bordes del coloso polar, pero la masa central resistía siempre y no acababa de abrirse para dar paso á la *Torpa*.

De vez en cuando encontraba algún *pack* ó *floe;* pero tampoco estos enormes témpanos producían un quebrantamiento general. Rompían los bordes, pero á su vez ellos eran rotos, y su masa se disgregaba en mil pedazos, dejando el camino libre al *wacke*, al cual se unían los fragmentos y se soldaban á él en seguida á causa del frío, que seguía oscilando entre los 15 y 21° centígrados.

A las dos el *wacke* se encontraba á muy pocos nudos de los bancos de la isla; pero como caminaba muy lentamente, no era de temer un choque violento.

A las tres tocó en los bancos. Un trozo de doscientos metros de la parte oriental quedó arrancado, y cayeron al mar las pirámides y caprichosos picos que lo formaban; pero no ocurrió nada más.

El *wack*, al hallarse ante la isla, giró lentamente sobre sí mismo, quedó parado entre los bancos de la costa y un *floe* de grandes dimensiones que parecía encallado en una escollera, y permaneció inmóvil.

Tompson miró á Jansey, diciéndole:

—¿Qué os parece?

—Que si una tempestad no nos saca de aquí, nos veremos obligados á invernar junto á esa isla. Me consuelo, sin embargo, pensando qué desde el Spitzberg hemos bajado hasta el 75° paralelo, y que las costas de Noruega no están ya tan lejos.

—Es verdad, Jansey—respondió el ballenero.—Pero creo que no se tratará de una deten-

ción indefinida, sino breve, y que bien pronto seguiremos nuestra marcha hacia el Sur. El cielo se oscurece por el Norte y la tempestad no tardará en disgregar estos malditos hielos.

CAPÍTULO XII

Las presiones de los hielos.

La tempestad anunciada por el ballenero rugía en el horizonte septentrional, pero no descargaba aún en la zona que ocupaba la *Torpa*. Densas masas de vapores se acumulaban en dirección del Spitzberg, prontas á lanzarse á través del Océano Ártico á los primeros soplos del frío viento polar; pero ya habían trascurrido tres días desde que el *wacke* fué aprisionado entre el banco y la costa de la isla de los Osos, sin que el mar se alborotara y rompiera con sus fuertes olas la barrera de los hielos.

La tripulación, á pesar de aquella calma aparente, no había perdido el tiempo. Aprovechando la proximidad de la isla, todas las mañanas llegaban á la costa varios grupos de cazadores,

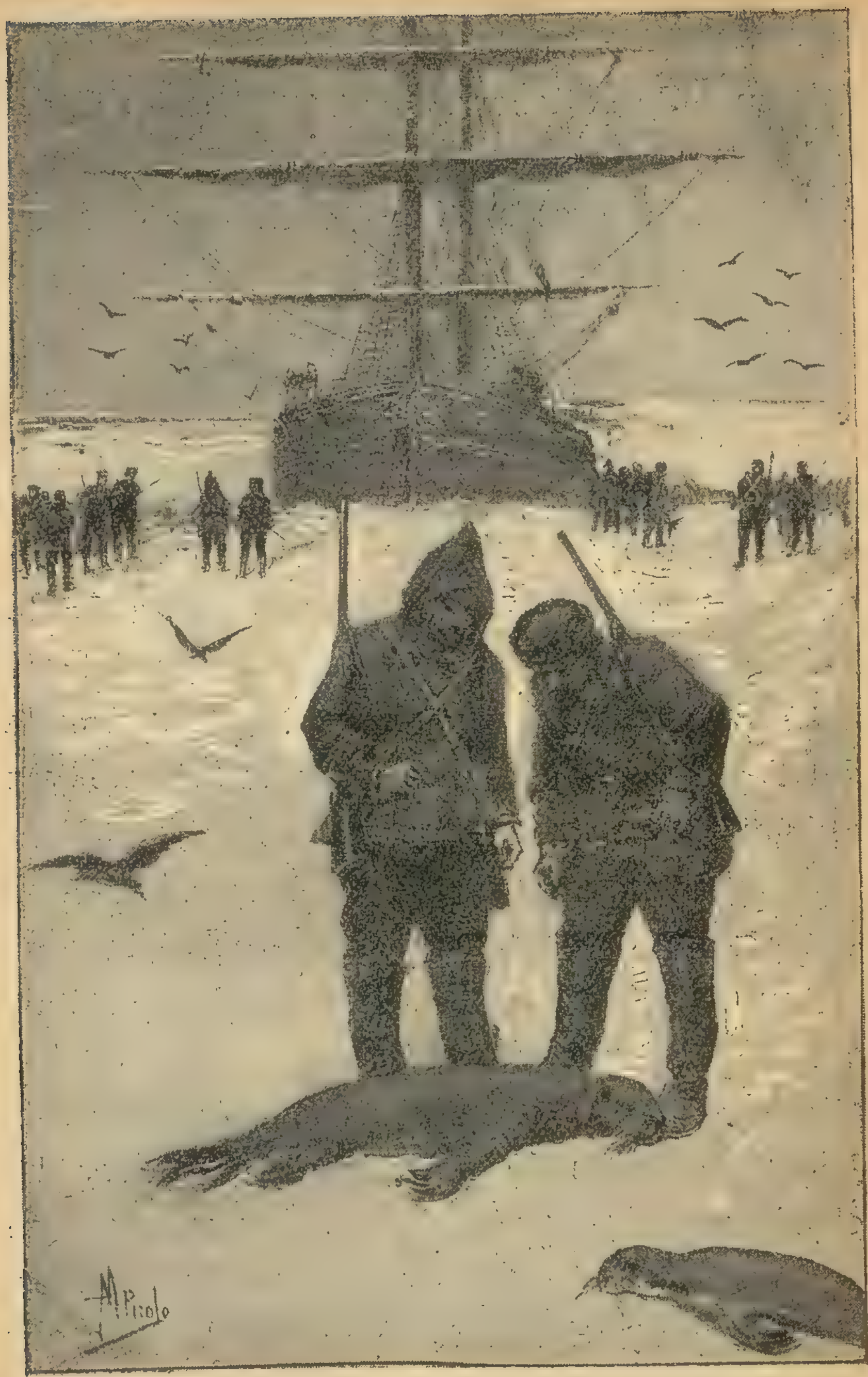
utilizando la ballenera, que había sido traspor-tada al borde exterior del *wacke*, y se dedicaban á la caza de aves marinas, de focas y de mor-sas, que eran muy abundantes en aquellos pa-rajes.

Por este motivo la carne fresca no faltaba á bordo, con grandes ventajas para la salud de todos.

La mañana del cuarto día, ó sea el 25 de Oc-tubre, el *wacke*, oprimido por los hielos que lo rodeaban y que se dilataban por efecto del frío intenso, sufrió violentas oscilaciones, y el hielo del lago donde estaba la *Torpa* rodeó otra vez al buque.

Á mediodía, mientras la niebla acumulada en el horizonte septentrional comenzaba á invadir la isla de los Osos, el banco comenzó á crepitar, á mugir, á producir ruidos alarmantes. Acá y allá se formaban altas crestas de hielo que empu-jaban témpanos de grandes dimensiones, ha-ciendo caer las pirámides que nuevamente se elevaban y abriendo grietas ó fallas enormes.

La *Torpa*, oprimida por los hielos del lago, que aumentaban cada vez más, gemía, se estreme-



Se dedicaban á la caza de aves marinas y de focas.

cía de la quilla á las bordas, oscilaba toda, y sus puntales, así como las traviesas del entrepuente, parecían adherise al arco á causa de una presión irresistible.

Toda la tripulación había subido precipitadamente á cubierta; pero se sentía impotente para combatir á aquel formidable enemigo que de un instante á otro podía aplastar los flancos del buque. Todos se habían provisto de su saco de viaje, de provisiones y de un fusil, para estar dispuestos á salir del barco y á refugiarse en los almacenes, donde se hallaban las chalupas.

Tompson y Jansey, el uno á proa y el otro á popa, observaban atentamente las convulsiones del *wacke,* mientras el *ice-master*, ayudado por una docena de marineros, se afanaba en reforzar convenientemente las traviesas y los puntales.

Las presiones continuaron durante muchas horas con pocas interrupciones, apretando á la *Torpa*, especialmente por la popa y por estribor; mas luego fueron cesando poco á poco las vibraciones del banco, los crujidos dejaron de oirse y la calma se restableció.

— ¿Hay algún daño en la estiva? — preguntó Tompson al *ice-master*, que había subido al puente.

— Ninguno, Capitán — respondió el piloto.— La *Torpa* ha resistido maravillosamente tan terrible prueba.

— Pero temo que hayan sufrido bastante los almacenes — dijo Jansey, que se les había reunido.— Por aquella parte los hielos se agitaban impetuosamente.

— Antes que la niebla caiga sobre el banco iremos á inspeccionarlos — dijo Tompson. — Es para nosotros cuestión de vida ó muerte el que las provisiones no se hayan perdido.

— Yo iré, Capitán — dijo el piloto.

Se proveyó de un bastón con la punta ferrada para ayoyarse en los bloques sin temor á resbalones, y solo, sin ayuda de nadie se aventuró por los hielos del lago, amontonados aún alrededor de la *Torpa*.

Observó, ante todo, los flancos del buque, para ver si habían sufrido algo, y luego se dirigió hacia la orilla interior, evitando con cuidado acercarse á las roturas del hielo.

El banco no crujía ya; pero bajo la costra sólida se oían aún sordos mugidos que anunciaban nuevas presiones.

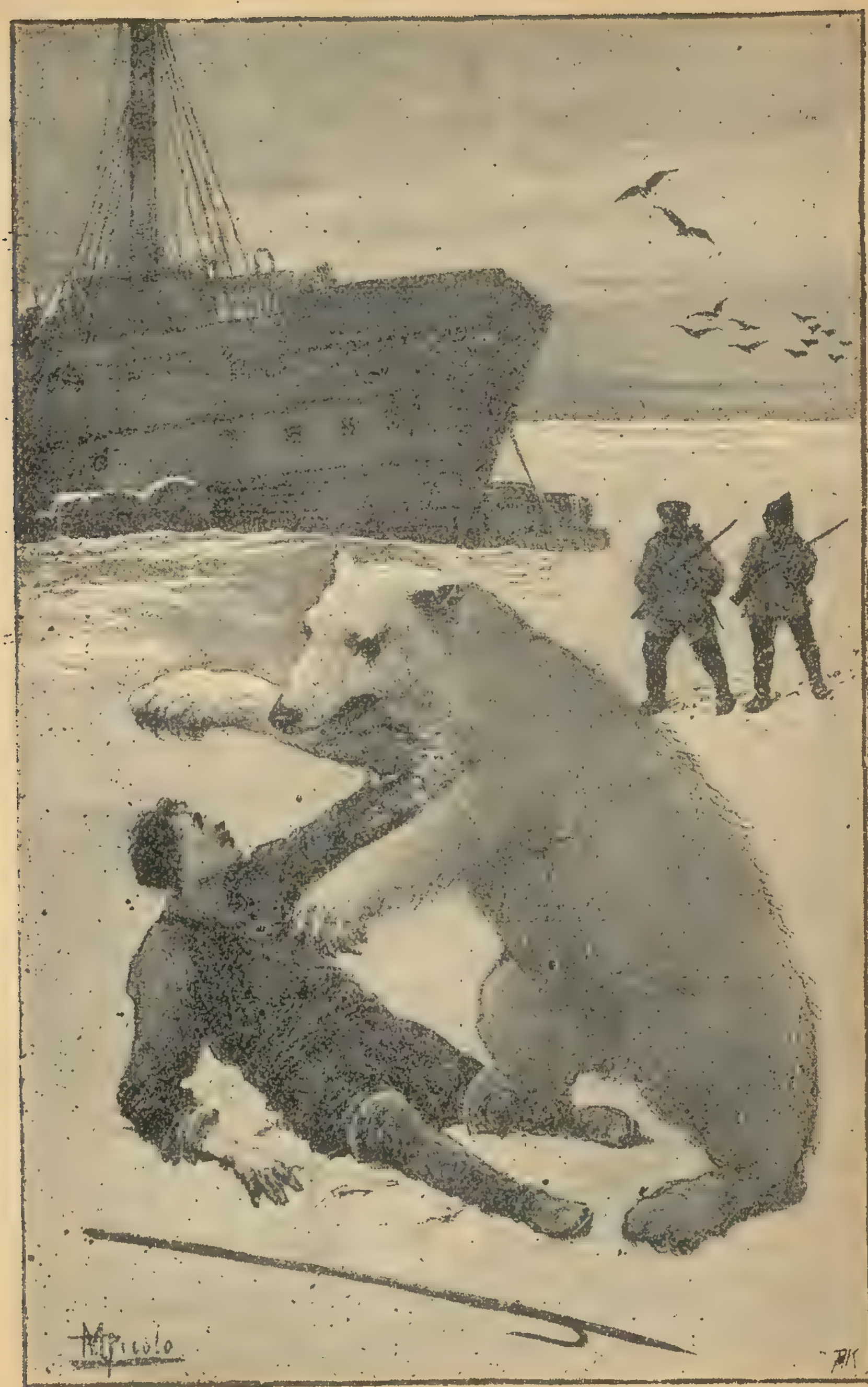
— Temo que vamos á pasar muy mala noche — murmuró el viejo piloto.

Cuando llegó junto á los almacenes, comprobó que los muros de hielo y los cobertizos habían sido casi arruinados, mas la fábrica central estaba intacta. Sólo una pared se había agrietado, pero permitía una fácil reparación.

Habiendo observado que al lado allá de los almacenes se abría un canal, fué en aquella dirección para ver hasta dónde se prolongaba; pero apenas había recorrido doscientos pasos cuando se sintió acometido por una masa blanca que salió de detrás de un *hummok*.

Lanzó un agudo grito; había advertido que aquella masa que se le había echado encima por detrás era un oso blanco.

Con la rapidez de un relámpago eludió el golpe mortal refugiándose tras un bloque de hielo, y trató de ponerse en pie para huir hacia el buque; pero el oso le hizo caer nuevamente de un zarpazo.



—¡Socorro! —gritó el desgraciado.

— ¡Socorro!—gritó el desgraciado.

En seguida, reuniendo todas sus fuerzas, se puso á luchar desesperadamente contra aquel peligroso y hambriento adversario. Había logrado coger el bastón y golpear furiosamente con la pesada punta en el cuerpo del animal; pero aquel arma, esgrimida con desesperación, no podía darle la victoria. El animal no parecía sentir aquellos golpes dados de punta, que apenas atravesaban su peluda piel, y daba zarpadas para aplastar el cráneo ó el pecho del piloto.

Ya la chaqueta de piel de foca había sido desgarrada por el hombro derecho y las uñas del oso penetraban en sus carnes cuando oyó gritar:

— ¡Valor, *ice-master!*

Dos hombres corrían á través del banco: eran Tompson y Jansey.

Al oir el grito de socorro distinguieron confusamente entre la niebla al oso blanco que acometía al pobre piloto, y se precipitaron por los hielos del lago, armado uno con un fusil y el otro con un hacha, sin aguardar á los marineros, que habían subido precipitadamente á cubierta.

Á cuarenta pasos, Tompson apuntó é hizo fuego. El oso, herido en un hombro, cayó lanzando un rugido de furor, pero se levantó en seguida y se fué hacia el ballenero.

Éste, sin embargo, no era hombre que se asustaba por nada: falto de tiempo para poner un cartucho en el fusil, lo cogió por el cañón, y sirviéndose de él como de una maza, se puso á descargar golpes contra el adversario con un vigor sobrehumano y una rapidez fulmínea, procurando darle en los hocicos ó en la frente. Aquella hábil maniobra dió tiempo á Jansey para llegar al sitio de la lucha. El capitán del *Gotheborg* no era menos valiente que Tompson ni hacía entonces sus primeras armas. Viendo á su compañero en peligro, se acercó al oso, y con dos hachazos, asestados con maestría, lo derribó en tierra para siempre.

— ¡Gracias, Jansey! — dijo Tompson. — Si tardáis algo más, se me rompe el fusil.

— ¡Lo creo, Tompson! — respondió el capitán del *Gotheborg*.

En seguida los dos acudieron á socorrer al piloto, que seguía caído entre la nieve. El pobre

hombre permanecía aturdido aún por aquel inesperado ataque. Su pelliza de piel de foca estaba desgarrada y las uñas de la fiera le habían producido hondas heridas en un hombro.

— ¡Imprudente! —le dijo Tompson. — ¡Ha sido una verdadera locura aventurarse sin armas por el banco!

— Es que hasta hoy no se había dejado ver un solo oso, Capitán—respondió el piloto.

— Sí; pero ya debéis saber que esos astutos animales, escondidos entre la nieve, aguardan la presa durante semanas enteras.

— ¡Bah! ¡Lo cierto es que no me ha devorado!

— Si tardamos un segundo en llegar, os aplasta el cráneo como si hubiera sido una galleta. Por fortuna, vuestras heridas no son graves, y dentro de una semana ó dos podréis volver á haceros cargo de vuestras tareas.

Los marineros de la *Torpa* aparecieron entonces por todos lados. Cuatro de ellos se encargaron del piloto y le llevaron á bordo, mientras los otros trasportaron al oso, que prometía exquisitos asados.

Durante el resto de la noche las presiones siguieron dejándose sentir, aunque débilmente. Hacia las dos de la mañana el *wacke* sufrió una sacudida violentísima, que produjo nuevas grietas y derrumbó una parte de los cobertizos y de la fachada del almacén. La misma *Torpa* fué echada de popa con fuerte ímpetu, y se rompió la cadena de babor del timón.

El 26 de Octubre el *wacke*, merced á las continuas presiones de los bancos de la costa, de los *floes* y de los *ice-bergs*, que se acumulaban á su alrededor, comenzó á crujir. El viento del Norte soplaba con gran violencia, levantando altos oleajes y aumentando cada vez más la velocidad de su corriente. Aquel empuje continuo, irresistible, y los choques con los *ice-bergs*, habían de acabar por hacerle triunfar.

Mientras tanto, los bancos se disgregaban poco á poco, y el *floe*, debilitado en sus márgenes, disminuía á ojos vistas, cediendo á los esfuerzos del *wacke*, que intentaba abrirse paso para seguir su marcha hacia el Sur.

Á mediodía el *wacke* comenzó á moverse con prolongadas crepitaciones, y en los esfuerzos

que hacía ejercía violentísima presión en el lago, cuyo hielo no tenía sino poco espesor. Las márgenes interiores del gran banco tendían á acercarse unas á otras y á unirse, cogiendo en medio á la *Torpa*.

—La cosa se pone seria — dijo Tompson á Oscar, que observaba cómo iban acercándose las orillas del lago.—Dentro de poco este lago no existirá.

—Pero el *wacke* recobrará su libertad y se pondrá en marcha hacia el Sur, capitán — respondió el profesor.

—Es cierto; pero la *Torpa* corre el peligro de ser aplastada. Si llega á ser cogida entre las orillas, que cada vez se acercan más, no podrá resistir.

— El buque tiende siempre á elevarse.

— Verdad, profesor; pero entonces correrá el peligro de acostarse.

—Más tarde recobrará la posición normal.

— ¡Si puede, y en vez de eso no se nos inutiliza por completo! ¡Calle! ¡El *wacke* se mueve más!

— Y siempre hacia el Sur, señor Tompson.

Quiere dejar la isla de los Osos y conducirnos galantemente hasta Noruega.

— Así sea, profesor. Si puede...

La primera de una serie de formidables detonaciones le cortó la palabra. Las márgenes exteriores del *wacke*, que empujaban al *floe* y á los bancos de la costa, se hacían pedazos con gran ruido, mientras las orillas interiores del lago, comprimidas por una fuerza irresistible, se acercaban unas á otras rompiendo la débil corteza de hielo que había en la superficie del lago.

Toda la tripulación reunida sobre cubierta miraba con ansiedad acercarse los hielos. Los *icebergs* que habían obstruído el canal del lago se habían puesto en movimiento y desfilaban, rompiendo los bloques que se oponían á su paso, en dirección á la *Torpa*. Si el *wacke* no lograba recobrar su libertad y huir ante todos aquellos obstáculos, iba á sonar para el buque la última hora.

Gritos de terror y angustiosos ayes lanzaban los marineros.

— ¡Vamos á ser aplastados!

— ¡A los almacenes!

— ¡Sálvese el que pueda!

— ¡Capitán Tompson! ¡Huyamos! ¡Capitán Jansey!

— ¡Calma, muchachos! — gritaban los dos comandantes, los cuales conservaban una tranquilidad admirable, aun en medio de tan grave peligro. — ¡Esperemos todavía algunos instantes!

Las márgenes continuaban avanzando amenazadoramente en derredor de la *Torpa*, mientras todo el *wacke* oscilaba, se rompía y temblaba. El esfuerzo que ejercía sobre los bancos y contra el *floe* debía de ser tremendo, porque se veía estremecerse hasta á los *ice-bergs* como agitados por un poder de fuerza incalculable.

¡Ay de la *Torpa* si se hubiera hallado en medio de aquellas presiones! Hubiera sido aplastada como una nuez.

El peligro aumentaba cada vez más con rapidez espantosa. Ya las márgenes interiores estaban sólo separadas muy pocos metros y amenazaban hacer desaparecer el lago cuando se oyó una detonación tan horrible, que pareció que

todo el banco había estallado al impulso de un inflamado polvorín.

Un instante después, entre el chocar de los hielos, se oyó gritar al capitán Jansey:

— ¡Estamos en salvo! ¡El *wacke* se halla libre y deriva al Sur!

CAPÍTULO XIII

A la deriva.

El *wacke* había logrado abrirse paso entre el *floe* embarrancado y los bancos de la costa, y ahora, completamente libre, seguía descendiendo hacia el Sur-Sudoeste.

Salió, sin embargo, bastante maltrecho de aquella titánica lucha. Sus orillas exteriores se hacían pedazos á cada instante, y en su vasta superficie se veían innumerables grietas, bloques montados los unos sobre los otros, *ice-bergs* decapitados, pirámides truncadas y restos bien perceptibles de los choques y presiones.

Había logrado desembarazarse de las masas de hielo que le impedían el paso, es cierto, y lo hizo á buena hora, porque ya la *Torpa* iba á ser aplastada; pero resultó el *wacke* muy averiado.

La tripulación podía darse por satisfecha con haber huído de aquel peligro que hubiera podido tener, más ó menos tarde, muy funestas consecuencias.

Los almacenes habían sufrido también graves daños; las paredes de los cobertizos aparecían derrumbadas y los techos caídos; parte de la construcción central estaba en ruinas, y una ballenera había sido aplastada por un bloque de hielo que le cayó encima. Poco importaban aquellos daños, pues el almacén no era ya necesario.

El *wacke*, al reanudar su marcha por el Océano, no tendría ya que resistir las presiones, porque los bancos flotantes no tardarían en escasear. La *Torpa*, que salió incólume de tantos peligros, no corría ahora ninguno, y podía esperar tranquilamente el deshielo del banco, y con él la hora de verse libre.

Parecía que la corriente, un tanto retenida en las inmediaciones de la isla de los Osos, había adquirido mayor velocidad, pues el *wacke* se alejaba á ojos vistas de las playas. A las seis de la tarde estaba ya á cuatro millas del *floe* em-

barrancado, y seguía la marcha declinando muy levemente al Este.

Si hubiera continuado aquella ruta, habría ido á parar á la costa occidental de la Noruega, ó más probablemente al archipiélago de Loffoden.

—¡Todo va bien!—dijo Tompson, que observaba el mar provisto de un anteojo.—Querido profesor, si el diablo no mete la pata, dentro de dos ó tres semanas divisaremos las costas de Noruega, y dentro de cuatro ó cinco tendremos el placer de estrechar las manos al generoso señor Foyn.

—Que se pondrá muy contento al volver á vernos, Capitán—dijo Oscar.

—Lo creo—dijo el ballenero riendo.—Quedará muy sorprendido al ver entrar en el puerto á la *Torpa* en todo el rigor del invierno.

—¡Sois un hombre afortunado!

—Empiezo á creerlo así, profesor. No hubiera nunca imaginado poder regresar antes del deshielo.

—¡Aún no estamos en Vadsó, Capitán!

—Ya no hay peligros que temer. Á medida

que descendemos al Sur los bancos de hielo son más raros, y nuestro *wacke*, al encontrar aguas menos frías, comenzará á deshelarse.

— Sé, no obstante, que los *ice-bergs* suelen llegar hasta la costa occidental de la Noruega. Se los ha visto ante Cristiansund y ante *Soque-fiord*.

— Lo sé, profesor; pero apenas divisemos las montañas de Noruega haré minar el banco hasta que salte pedazo á pedazo. Cuando hayamos llegado allí, no será tan grande ni tan sólido como es ahora.

— ¿Volveréis al Hammerfest?

— He dejado allí mi buque en reparación.

— ¿Y regresaréis en el estío á estas regiones?

— Sí, profesor. Quiero pescar en estos parajes los gigantes del mar.

— ¡Con cuánto gusto os acompañaría!

— El placer sería mío, profesor, y si queréis os ofrezco un camarote y una mesa que no os parecerá del todo mala. ¿Aceptáis?

— Es probable, señor Tompson.

— Cuento con vuestra promesa. Os haré ver cómo se mata á esos gigantes á arponazos. ¡Pro-

fesor, vamos á cenar! Este frío despierta un hambre de lobo.

Al siguiente día el *wacke* estaba tan lejos de la isla de los Osos, que ya apenas se distinguían los perfiles de las montañas. Navegaba entonces por un mar casi desprovisto de hielos, pues sólo se veían muy pocos *ice-bergs* y *palks* caminar á la deriva.

El frío también había disminuído notablemente, oscilando la temperatura entre los —9 y —4 grados centígrados. El Sol subía todavía algo sobre el horizonte; pero á medida que el *wacke* bajaba hacia el Sur iba aumentando su permanencia, alargando, de consiguiente, el día.

En Spitzberg debía de haber comenzado ya la noche polar.

El 1.° de Noviembre el banco se encontraba á sesenta millas al Sudoeste de la isla de los Osos. Las aguas, ya más tibias, habían empezado á minar su base y sus orillas.

Las márgenes adelgazaban lenta y constantemente, y el agua del lago parecía dispuesta á unirse á la del mar, rompiendo para ello los hielos. Grandes grietas se notaban en éstos, y

una de ellas era tan extensa que casi llegaba á la popa de la *Torpa*.

Numerosas bandadas de aves continuaban revoloteando sobre el barco y describiendo círculos estrechos en torno al buque. Garzas, urías, ocas, procelarios y eiders pasaban y repasaban sin cesar, y durante la noche se refugiaban en las aristas de los bloques.

El 3 de Noviembre encontró el *wacke* un *floe* de vastas dimensiones, sobre el cual se habían refugiado gran número de focas. Tompson, Oscar, Jansey y diez de los más osados marineros aprovecharon la calma del mar, se embarcaron en una ballenera y abordaron al *floe*.

Los grandes anfibios, sorprendidos mientras se calentaban á los rayos del sol, fueron cercados con facilidad por los cazadores, que les impidieron lanzarse al mar.

Seis de los más grandes cayeron bajo los golpes, perfectamente dirigidos, del arpón, así como por efecto de los balazos, y fueron remolcados hasta el banco y desde allí trasladados á bordo de la *Torpa*.

También fueron vistas otras muchas focas

que se dejaban trasportar por los *reams* ó pequeños bancos, pero estaban demasiado lejos para pensar en cogerlas antes de que tuvieran tiempo de zambullirse.

El 6 de Noviembre, á cerca de ciento veinte millas de la isla de los Osos, el *wacke* se encontró con una numerosa flotilla de hielos.

Pero entre aquellos *ice-bergs*, aquellos *palks* y aquellos *floes* había largos trechos de agua, y el *wacke* no corría peligro de ser detenido otra vez.

Todo lo que podía suceder era que chocara y perdiera una parte de su masa; pero esto sería conveniente, porque así habría más probabilidades de que la *Torpa* quedara libre.

Sobre aquellos hielos, que caminaban lentamente á la deriva, se veían muchas focas y morsas, y Oscar vió, no sin admiración, un grupo de osos blancos.

— Acabarán por irse á fondo—dijo á Jansey, que miraba con ojos ardientes á aquellos animales.

— ¡Oh, no lo creáis, profesor! — respondió el capitán. — Estos osos blancos son muy buenos

nadadores. Yo he visto algunos á treinta kilómetros de distancia de la costa más cercana.

—¿Nadan ágilmente?

—Como las focas, dando unos saltos tan violentos, que casi salen por completo fuera del agua.

—¿Y es cierto que son poco aficionados á estar en tierra?

—Certísimo, y aún añadiré que raras veces se los encuentra á sesenta ó setenta kilómetros al interior de las costas. Algunas veces se los ve á ciento cincuenta kilómetros del mar, pero á lo largo de los ríos, por los que suben pescando para alimentarse de cierto césped que crece en las orillas de las corrientes de agua dulce.

—¿Las hembras son también aficionadas al agua?

—Mucho menos que los machos, y se alejan poco de las playas. Cuando están embarazadas, se ocultan en la nieve y están bajo ella todo el invierno, no saliendo más que á las primeras brisas de la primavera. Ésa es la estación en que dan á luz dos oseznos.

—¿Y se dejan cubrir por la nieve y los hielos?

— Sí, profesor, y parece que eso no las molesta.

— ¿Saldrán muy delgadas de tan gran letargo?

— No tanto; pero sí con un hambre feroz, y entonces se atreven hasta con los grupos de cazadores.

— ¿Y no se asfixian enterradas en el hielo?

— No, porque su respiración y el calor de su cuerpo bastan para producir ciertas hendiduras suficientes á dejar pasar el aire. Profesor, vamos á chocar contra un *ice-berg* de la barrera.

— Pero creo que no tenemos nada que temer.

— Al contrario, mucho que ganar. Aunque creo que este bloque no nos dejará libres todavía. Tiene un gran espesor y estará lejos antes de romperse.

— ¿Va siempre hacia el Sur-Sudeste, señor Jansey?

— Sí, y temo que concluya mal.

— ¿Qué queréis decir?

— Ó mucho me engaño, ó la corriente que nos trasporta tiene cierta relación con el movimiento rotatorio del Maëlstrom.

—¿El Maëlstrom, habéis dicho?—preguntó Oscar poniéndose pálido.

—Sí, profesor.

—¿Y creéis que el *wacke* vaya á parar á aquel vórtice?

—Lo temo; pero no hay motivo para asustarse, profesor. Cuando el mar está tranquilo y no sopla el viento del Norte, no es tan peligroso como se dice, y un buque puede atravesarlo impunemente.

—Pero durante el invierno el mar está casi siempre tempestuoso alrededor de la isla de Moskenoesoe.

—Es cierto; pero confiemos en que la fortuna nos protegerá una vez más. ¡Chocamos, profesor; agarráos bien á la borda!

El *wacke* tocaba entonces contra los *ice-bergs* de la barrera. En contra, sin embargo, de las previsiones de todos, el choque fué tan violento y terrible, que hasta las márgenes internas del lago se desquiciaron, así como la superficie helada, por efecto del golpe.

Los *ice bergs*, desequilibrados por el choque, cayeron sobre el *wacke* con indecible fracaso,

arrancándole una parte de cuatrocientos ó quinientos metros cuadrados y abriendo un canal de algunos cables de largo.

La *Torpa*, que había sido elevada por las últimas presiones, cayó al agua, levantando una ola gigantesca, y fué á dar tan violentamente contra la orilla, que la estiva crujió toda y la arboladura crepitó siniestramente.

—¡Mil ballenas! — exclamó Tompson.—Otro choque igual, y la *Torpa* tendría que ir á la carena durante dos meses. Por fortuna, está hecha á prueba de escollos.

—¡Ha sido la última prueba!—dijo Jansey.—¡Adiós, hielos polares!

Era verdad. Al lado de allá de aquella barrera no se veían ni *ice-bergs*, ni *palks*, ni *floes*, ni menos *streams*, ni pequeños *hummoks*. El mar estaba perfectamente libre, y solamente el *wacke*, tal vez á causa de su gran extensión, y también porque se encontraba en medio de la corriente, descendía hacia las latitudes meridionales.

Algunos *ice-bergs*, que debían de hallarse al borde de la corriente, seguían al *wacke*, pero á gran distancia, pues eran alcanzados por los

vientos del Este, que soplaban en sus altas crestas.

Ya los marineros se entusiasmaban creyendo que no tenían que afrontar nuevos peligros cuando Tompson, que se había subido al barril del *ice-master* para observar mejor el horizonte meridional, descendió precipitadamente.

— ¿Qué tenéis? — le preguntó Oscar saliéndole al encuentro.

— Tengo que nuestro *wacke*, desierto hasta ahora, se ha poblado de huéspedes bastante molestos.

— ¿De huéspedes? — preguntó el profesor admirado.

— ¡Sí, pero de cuatro patas!

— ¿Osos, tal vez?

— ¡Sí, profesor! ¡Son lo menos dos docenas!

— Pero, ¿de dónde han salido?

— No sabría decírselo; pero debían de encontrarse en uno de los *ice-bergs* que han caído sobre el *wacke*.

— ¡Mala compañía, señor Tompson!

— Esos temibles animales deben de estar hambrientos y contarán con refocilarse con nosotros;

pero nos apresuraremos á desembarazarnos de ellos. ¡Eh! ¡Á cubierta los cazadores! ¡Hay abundancia de carne fresca sobre el banco!

— ¿Pensáis cazarlos, señor Tompson?

— ¡Y sin retardo, ó á la primera noche de niebla harán su aparición en el puente de la *Torpa!*

— ¿Queréis venir?

— Con vuestro permiso, en seguida.

— ¡Ahora, á la caza! Tendremos que trabajar mucho; pero lograremos desembarazarnos de tan peligrosos vecinos.

CAPÍTULO XIV

Una historia de osos blancos.

Era necesario librarse á todo trance de aquellos voraces é incómodos compañeros de viaje, porque no habrían tardado en arrojarse sobre los almacenes y devorar todas las provisiones. Además, su presencia hacía imposible toda exploración por el banco é impedía á los marineros dar sus acostumbrados paseos.

Al descubrir el buque habían, sin duda, abandonado los *ice-bergs* sobre los cuales navegaban, y espoleados por el hambre se decidieron á hacer irrupción en el *wacke*, contando con darse un banquete con la carne de la tripulación.

Si hubieran sido dos ó tres, Tompson no se habría inquietado; pero eran veinte, y conocedor

de su audacia, el ballenero quería ó destruirlos ú obligarlos á huir.

Doce marineros, notables por su valentía y precisión en el manejo de la carabina, fueron escogidos para la gran cacería, mientras otros doce debían quedar de guardia en los almacenes para impedir el saqueo de los víveres.

Aquellos dos destacamentos, guiados por Tompson y Jansey, á los cuales se había unido Oscar, atravesaron el lago y se concentraron alrededor de los depósitos.

Como el *wacke* tenía una circunferencia de seis ó siete millas, y se había notado que una parte de los osos ocupaban la parte septentrional y los otros la meridional, los cazadores decidieron dividirse en dos grupos, uno al mando de Jansey y el otro al del ballenero.

—¡En marcha, muchachos!—dijo Tompson.—¡Proceded con calma y firmeza, y conseguiremos buenas pieles y buenos asados!

Se puso á la cabeza de seis cazadores y se dirigió hacia la orilla meridional en compañía de Oscar, mientras Jansey, con los demás, se encaminaba al Norte.

Á los osos se los veía perfectamente, pues había salido el Sol. Iban y venían por las orillas del *wacke* en grupos de dos ó tres, no atreviéndose todavía á acercarse á la *Torpa*, cuya masa se destacaba de la blancura de los hielos. Probablemente esperaban alguna noche oscura ó de niebla para intentar un asalto general.

— ¿Los veis, profesor? — preguntó Tompson á Oscar.

— Sí, Capitán — respondió éste, — y me parece que los noto inquietos.

— Lo creo. Nos han venteado y prevén un ataque.

— ¿Creéis que lograremos capturarlos?

— De seguro; pero necesitaremos para ello varios días. No todos nos harán frente, y cuando se vean estrechados de cerca se arrojarán al agua para volver más tarde. Son buenos nadadores y pueden permanecer muchas horas en el mar.

— ¿Habéis visto hasta ahora tantos osos reunidos en un banco?

— Ordinariamente viven aislados ó en grupos de dos ó tres; pero en alta mar, á una gran dis-

tancia de la costa, se ve á muchos reunidos sobre un *palk*. Tienen la costumbre de embarcarse en los *ice-bergs*, y cuando éstos se disgregan suben á otros bloques ya ocupados por más osos, y así, en los últimos bloques en que se refugian se encuentran reunidos muchos.

—¿Y cuando estos últimos bloques se rompen también?

—Entonces se arrojan al agua si no encuentran alguna isla ó alguna costa —respondió Tompson.— Una vez cacé dos osos á doscientas millas de la playa de la isla de Juan Mayen.

—¿Y llegan algunos hasta las costas de Europa?

—En la península de Kota, en las playas del mar Blanco y aun en las que se extienden hasta el mar de Kara, suele vérselos. En Islandia desembarcan también, y en mi juventud tuve una aventura que todavía al recordarla se me eriza el cabello.

—Contad, Capitán. Los osos están todavía lejos.

—Me encontraba en la costa occidental de Islandia. El buque en que entonces navegaba

en calidad de tercer oficial tuvo una gran avería á causa de un choque contra un *ice-berg*, y se vió en la necesidad de refugiarse en Asgasdur.

Allí había de sufrir grandes reparaciones, y como no podía volver á emprender la marcha antes de tres semanas, pedí permiso á fin de ir á cazar á los *fiords* del Shagestrand, donde me habían dicho que eran muy abundantes las focas, las morsas y los *eiders*.

Trabé conocimiento con un valiente cazador de focas, el danés Wicke, el cual se había construído una choza al extremo de un profundo *fiord*.

Íbamos juntos de caza con mucha frecuencia, y me enseñaba todas las astucias que se deben poner en práctica para apoderarse de las presas, tanto marinas como terrestres.

Un domingo nos citamos para cazar focas, que se habían mostrado en gran número cerca de un *fiord*.

Aquella mañana salí muy temprano del pueblo en que me hospedaba y me dirigí hacia la cabaña de mi danés, que se hallaba á una distancia de 7 ú 8 millas.

Estábamos en el rigor del invierno. Los hielos habían bloqueado toda la costa y seguían bajando por la orilla meridional de la Groenlandia, mientras una espesa capa de nieve cubría la tierra.

El frío se había hecho tan intenso, que tocar un objeto de hierro producía el efecto de una dolorosa quemadura. El termómetro señalaba —37° centígrados.

Había recorrido ya 7 millas y comenzaba á distinguir la choza de Wicke, que estaba medio sepultada por la nieve, cuando al volver la mirada hacia el mar divisé un enorme *ice-berg* que avanzaba hacia la costa.

Al principio no hice caso, pues era cosa corriente en aquella estación; pero observando mejor vi seis masas blancuzcas agitarse en un extremo del inmenso bloque.

Agucé las miradas, y podéis imaginaros mi terror al descubrir siete ú ocho osos blancos que me miraban con ardiente codicia, dispuestos á arrojarse al agua y acometerme.

No había que dudar. Se habían embarcado en aquel *ice-berg*, procedente de la costa de Groen-

Podéis imaginaros mi terror al descubrir siete osos blancos.

landia, para que los trasportara hacia el Sur, donde esperaban hallar caza más abundante.

Como nosotros pensábamos cazar focas, yo me había provisto sólo de un arpón, arma preferible al fusil contra aquellos anfibios, pero muy poco útil contra los osos. No pudiendo hacer frente á aquellos formidables enemigos, di á correr como un loco y me refugié en la choza en el momento en que las fieras llegaban á tierra.

Wicke era un hombre muy valiente. Informado de la vecindad de aquellos peligrosos adversarios, me invitó á seguirle. Se había armado de un hacha y de un viejo y pesado fusil.

Á pocos centenares de metros se había detenido una osa, á la que acompañaban dos oseznos.

Wicke, sin pensar en el peligro á que se exponía, hizo fuego y derribó á la madre; pero casi al mismo tiempo vimos llegar hasta allí cinco machos de gigantesca estatura.

Tuvimos apenas el tiempo necesario para huir y encerrarnos en la choza. Poco después los osos nos sitiaban estrechamente impidiéndonos toda salida.

Wicke trató de alejarlos á tiros, pero al ir á hacer uso del arma notó que se había roto el gatillo.

Nuestra situación amenazaba ser desesperada. No podíamos contar con ningún socorro, porque la choza se hallaba aislada y no había un solo habitante en un radio de seis millas. Salir y hacer frente á los osos con las hachas ó cuchillos hubiera sido una locura, un deseo de hacerse matar.

No nos restaba más recurso que armarnos de paciencia y esperar á que los sitiadores se alejasen. Vana esperanza, pues sabíamos muy bien que los osos son testarudos. Teníamos en perspectiva el hambre, pues la choza estaba casi desprovista de víveres, y además un probable asalto.

Entretanto, las fieras continuaban dando vueltas alrededor de la choza, lanzando roncos gruñidos. Sus formidables uñas se clavaban en la nieve helada, y de cuando en cuando arañaban en las paredes de madera tratando de abrirse paso.

Durante una hora los asaltantes se limitaron

á aquello; pero después no los oíamos. Nos asaltó la sospecha de que estuvieran excavando una galería para llegar hasta nosotros.

Pasaron varias horas de angustiosa expectativa. Había sobrevenido la niebla y la oscuridad era profunda cuando Wicke dijo:

— ¡Pronto, levantáos, y tened valor! ¡Vamos á ser asaltados!

Había oído un sordo rumor que venía de la pared derecha. Parecía que alguien arañaba en la tierra tratando de pasar bajo la pared de la choza.

No era posible equivocarse. Los osos habían excavado una galería y estaban á punto de hundir el pavimento de tierra apisonada.

Cogimos los arpones y las hachas y permanecimos dispuestos á defendernos desesperadamente. Á poco sentí que el terreno faltaba bajo mis pies y una parte del pavimento se hundió, así como dos palos de las paredes se inclinaron.

Oí un rugido capaz de helar la sangre en el corazón del hombre más valiente, y por entre la removida tierra vi aparecer la cabeza de un oso cubierta de nieve y de trozos de hielo.

El danés seguía de pie, mientras que yo había caído al suelo. Le vi levantar el hacha y descargar un golpe con rapidez fulmínea.

Oí un choque sordo, como de algo que tropezara en un cuerpo duro; después un ronco mugido, y sentí que unas gotas de líquido caliente caían sobre mi cara.

La abertura de la mina quedó cerrada, viéndose á flor de tierra la cabeza del oso con la frente destrozada y el cráneo abierto de un hachazo.

—¡Está muerto!—me dijo el danés.—La galería está obstruída por el enorme cuerpo de esta fiera, y por ahora nada tenemos que temer.

Al exterior se oía gruñir á otros osos. Como el cadáver de su compañero quedó en la galería, los otros habían tenido que retroceder.

Furiosos por aquel fracaso, se arrojaron contra las paredes de la choza tratando de abrir brecha; pero los palos, que estaban muy sólidamente unidos, resistieron á sus empujes y á sus uñas.

Toda la noche se agitaron alrededor de nuestra morada, intentando siempre derribar las pa-

redes. Nosotros, presa de continua angustia, corríamos, ora acá, ora allá, para reprimir todo asalto.

Al rayar el alba la situación no había cambiado. Hacia las diez de la mañana oímos gritos y disparos de armas de fuego.

Una barca, tripulada por varios pescadores, se acercaba á la playa; aquellos valientes habían visto á los osos y se apresuraron á disparar contra ellos.

Pocos momentos después las fieras desaparecían entre los hielos y nosotros nos encontrábamos en los brazos de nuestros salvadores.

—¡Una terrible aventura, á fe mía!—dijo Oscar, que había escuchado á Tompson con vivo interés.

—¡Que me hizo estar temblando durante dos semanas! —añadió el ballenero riendo. —¡Os aseguro que jamas he vuelto á aquel *fiord!* ¡Ah! He allí un oso que nos mira sospechosamente. ¡Profesor, apuntad bien, y procurad dar en la cabeza!

CAPITULO XV

El Maëlstrom.

Un viejo macho, al que se conocía como tal por su piel amarillenta con manchas grisáceas, había aparecido en la orilla de un pequeño lago, á unos trescientos metros del mar.

Aparecía más curioso que inquieto. Sentado sobre las patas posteriores, balanceaba cómicamente su cabeza peluda y acabada en punta, mirando á los cazadores, que se disponían á rodearlo para impedirle que llegara á la orilla del *wacke*.

Debía de estar muy hambriento, acaso sin comer nada desde haría muchas semanas, porque estaba bastante delgado. Era, pues, probable que no tratara de huir.

Tompson armó flemáticamente la carabina,

mientras Oscar y los demás se apartaban rápidamente, y salió con resolución al encuentro de la fiera.

Á quince pasos hizo fuego. El animal cayó dando una vuelta sobre sí mismo, pero se levantó en seguida con sorprendente agilidad.

Alzóse sobre las patas posteriores y se precipitó hacia el cazador, que lo esperaba á pie firme con un arpón en la mano. Lanzaba rugidos agudos, agitaba las zarpas como si se dispusiera á aplastar entre ellas al adversario, y rechinaba los dientes. Una gran mancha de sangre iba dilatándose sobre su piel, algo más abajo del hombro derecho.

Los marineros y Oscar, en tanto, habían preparado sus fusiles y se arrodillaron para apuntar mejor. Siete disparos resonaron formando casi una sola detonación. El oso, acribillado de heridas, dió un salto adelante y fué á caer casi á los pies de Tompson, el cual le dió inmediatamente el golpe de gracia, sepultándole el arpón en el cuerpo.

Envalentonados por aquel primer triunfo, los cazadores se apresuraron á llegar á la orilla del

wacke y á escalar los bloques salientes del *iceberg* soldado al banco.

Después de media hora de marcha descubrieron á otro oso que estaba en el fondo de una cortadura. Se había ocultado tan perfectamente entre la nieve, que por poco cae sobre él un marinero. La fiera no tuvo tiempo para levantarse y apercibirse á la defensa. Cuatro balas disparadas contra él, casi á quemapelo, le dejaron en el sitio.

Después de mediodía sorprendieron á un tercer oso en el momento en que intentaba arrojarse al agua. Oscar y Tompson le dispararon dos tiros, y, aunque herido, trató de acometerles, pero al ver que los marineros se acercaban llegó en tres saltos hasta el mar y se arrojó al agua.

Á treinta pasos del banco volvió á aparecer y entonces fué tiroteado y recibió varios balazos en la cabeza.

El resto del día lo pasaron los cazadores en vanas pesquisas. Los carnívoros, asustados por tantas detonaciones, no osaban acercarse, y apenas olfatearon á sus enemigos se arrojaron todos al mar, huyendo presurosamente.

Por la noche volvieron á bordo Tompson y sus compañeros, llevando consigo los cadáveres de los osos, y al llegar encontraron al otro grupo de cazadores dirigido por Jansey, que había ya conducido hasta el lago otros tres osos muertos.

Á la siguiente mañana emprendieron otra vez la caza con nuevos bríos y con mayor número de hombres. Los carnívoros habían vuelto al *wacke,* y algunos, durante la noche, tuvieron la audacia de rondar por los almacenes.

Otros siete osos fueron muertos en aquella segunda jornada y sin que los marineros sufrieran una sola herida. Al día siguiente, 10 de Noviembre, mataron dos más.

El 11 fué suspendida la cacería, pues se había cubierto el horizonte con una espesa niebla, que duró tres días, casi sin aclarar apenas; pero el 15 reanudaron la tarea y mataron cuatro nuevos osos.

Desde aquel día no volvió á vérselos. El *wacke* encontró algunos bancos que marchaban á la deriva, y probablemente los supervivientes de aquella hecatombe se habrían refugiado en ellos.

Entretanto, la *Torpa* continuaba siendo arrastrada hacia el Sur, manteniéndose entre los meridianos 18° y 20°.

La temperatura iba siendo menos rigurosa de día en día, el Sol se elevaba en el horizonte y comenzaba á disminuir por la evaporación el agua del lago y aun la superficie del inmenso banco.

El agua del mar, cada vez menos fría, había producido ya grandes socavones en los frentes del *wacke*. Á cada instante se oían derrumbamientos que producían detonaciones intensas, y el *ice-berg* iba desmembrándose á ojos vistas.

La prisión no podía durar ya mucho. Algunas semanas más, y la *Torpa* habría, por fin, podido desplegar sus velas y dirigirse á las costas de Noruega.

El 24 de Noviembre, Tompson y Jansey, al comprobar la altura advirtieron que habían traspasado la totalidad del cabo Norte.

— ¡Mil ballenas!—exclamó el comandante de la *Torpa*. — ¿Tendremos precisión de remontar hacia el Norte para regresar á Vadsó? Si este condenado banco descendiera al 31° meridiano,

en veinticuatro ó cuarenta y ocho horas nos hallaríamos ante el Varangefiord.

—Y, por el contrario, iremos á dar frente contra la isla *Loffoden*—dijo Jansey.

—¿Lo creéis así?

—La corriente no tiende á desviar, y temo que vaya á terminar en el Maëlstrom. Estoy seguro de que allí debe de formar un espantoso remolino.

—Es probable—respondió Tompson poniéndose sombrío.—El agua ahora sigue minando el banco, y puede destrozarlo de un momento á otro. Urge, pues, desocupar los almacenes y traer á bordo las provisiones y las balleneras. Además, creo conveniente dar libertad á los dos *eiders* que me dió el señor Foyn, colocándoles bajo las alas algún despacho. Anunciémosle nuestro éxito y nuestro próximo regreso.

El 29 de Noviembre el *wacke* se encontraba al 68° de latitud. La corriente parecía haber llegado á ser más rápida, porque el gran banco se acercaba sensiblemente á las costas de Noruega.

Aquél fué el último día que los dos comandan-

tes pudieron tomar la longitud y latitud, porque el 30 el cielo se cubrió de nieblas tan espesas que impedían toda observación. El mar se mostraba revuelto, las olas se rompían con furor contra las márgenes, ya muy quebrantadas, del banco, y soplaba impetuoso el viento del Norte.

El *wacke* aceleraba su marcha como si estuviera impaciente por estrellarse contra la costa noruega; pero su extensión disminuía cada vez más. Poco á poco se disgregaba y sólo el núcleo central se mantenía compacto, impidiendo á la *Torpa* aprovechar, para escaparse, las muchas roturas que fuera se producían.

Á medida que disminuía la distancia que los separaba de la costa, Tompson y Jansey estaban más inquietos. ¿Adónde irían á parar? ¿Podría resistir la *Torpa* el último choque del banco? ¿Lograría huir del terrible remolino, que con aquellas olas tempestuosas y aquellas fuertes ráfagas sería un peligro casi imposible de evitar?

¡El Maëlstrom! Aquel solo nombre los ponía pálidos de horror y sonaba en sus oídos como un toque fúnebre.

El 1.° de Diciembre no había ocurrido aún el

choque, pero todos notaban que la tierra estaba muy cerca. La niebla, no obstante, impedía descubrirla, y el mar seguía cada vez más revuelto.

Tompson iba á bajar á la cámara para descansar algunas horas cuando percibió lejanos mugidos. Hubiérase dicho que el mar rompía con furia contra una orilla.

—¿Soffoden?—preguntóle Oscar, que también lo había oído.

Tompson no respondió. Escuchaba con atención profunda, presa de visible ansiedad. Al cabo de un buen rato su rostro se contrajo, denotando profundo terror.

— ¡Gran Dios! — exclamó. —*¡Ice-master!* ¿Se dirige la proa siempre al Sur?

— No, Capitán — respondió el piloto mirando la brújula.—El banco vira de bordo.

— ¡Jansey!

El capitán del *Gotheborg*, que estaba de cuarto, acudió.

— ¡Seguidme!—le dijo el ballenero.—La niebla se disipa y desde arriba podremos ver algo.

Se lanzaron por las escalas y subieron al ba-

rril ó nido de cigüeña del piloto. Á través de la niebla que el viento iba aclarando, descubrieron alrededor del *wacke* una blanca estela de espumas que ondeaba en todas direcciones, y oyeron á lo lejos gemidos profundos, gritos inarticulados, que parecían salir de pechos humanos.

La tripulación se había percatado de que el banco comenzaba á dar vueltas y de que iba á ser absorbido por el gigantesco remolino. Gritos de terror resonaban en el puente, á proa y á popa.

Los dos comandantes bajaron á cubierta gritando:

—¡Arriba los gavieros! ¡Todas las velas al viento! ¡Calma, muchachos!

El *wacke*, entretanto, empezaba á girar en las márgenes del remolino. Corría desordenadamente, cogido entre dos espirales, saltando sobre las olas y crujiendo como si le empujara una fuerza irresistible.

Á su alrededor corrían otros témpanos, desprendidos de las playas de Moskenoesoe y restos de antiguos naufragios, que el remolino tragaba y devolvía y seguían dando vertiginosas

vueltas. Junto á ellos se debatían con las fuerzas de la desesperación, para no ser ingeridos, narvales de largos cuernos, focas, tiburones, triquecos y morsas, lanzando fuertes suspiros que podían compararse al trueno escuchado á lo lejos.

El remolino se lo tragaba todo por su inmensa boca circular, mugiendo espantosamente, lanzando cataratas de agua y aspirando por aquel embudo monstruoso hasta las nieblas que flotaban encima.

Todas las velas habían sido desplegadas cuando sobrevino una sacudida espantosa. El *wacke*, despedazado al chocar contra alguna roca ó contra alguna mole de hielo, se abrió por completo.

Un inmenso grito de alegría se alzó sobre el puente de la *Torpa*, seguido de una voz que ordenaba:

— ¡Proa al Sur! ¡Popa á todo viento!

El barco, libre al fin, empujado por el viento que soplaba impetuosamente del Norte, saltaba á través de las olas, alejándose de la corriente circular del remolino.

Se debatían con la fuerza de la desesperación.

Golpeaba con el espolón en los hielos, y crujiendo desde la sentina á la borda, iba siempre adelante llevado por el huracán.

Un cuarto de hora después sobrevenía un choque violentísimo, y el buque se detenía de pronto, mientras la tripulación invadía la cubierta.

La *Torpa* había tropezado en un gran banco de arena, que se prolongaba ante la isla de Moskenoesoe. Como no había encontrado ninguna roca, sólo sufrió leves averías en la carena; pero se necesitaba de la ayuda de un remolcador para desencallarla.

Era, pues, preciso ir á pedir auxilio á Tromsó; pero como el mar estaba muy revuelto, ningún pescador de Moskenoesoe quiso ir hasta aquel lugar.

Tompson y Jansey, temiendo que el buque fuera destrozado por las olas, se hicieron conducir á la costa más cercana, y desde allí Oscar y algunos marineros se dirigieron á un pueblo en el que supieron que abundaban los renos.

El 3 de Diciembre, montados en tres *slittas* tiradas por aquellos ligeros animales, partieron hacia Tromsó, siguiendo la costa.

Apenas llegados á aquella ciudad marítima, su primer pensamiento fué telegrafiar al señor Foyn el feliz éxito de la expedición, y después contratar el remolcador.

Dos días después la *Torpa* era desencallada, y, luego de sufrir algunas indispensables reparaciones, emprendía el viaje hacia el Norte.

El 20 de Diciembre, después de una feliz navegación, entraba por fin en el Varangefiord y echaba el ancla ante el islote del señor Foyn.

Renunciamos á describir la entusiasta acogida hecha al valiente y afortunado ballenero y á sus esforzados marineros por parte de los dependientes y trabajadores de aquellos importantes almacenes y fábricas. Todos sabían ya el buen éxito de la expedición por el despacho que enviaron desde Tromsó.

El señor Foyn, reconocido, recompensó espléndidamente á todos, y especialmente al bravo Tompson, el cual no navega ya por cuenta suya. Es el Comandante en jefe de la escuadra de buques pescadores del célebre propietario del islote de Vadsó.

FIN

ÍNDICE

		Páginas
CAPÍTULO	I. — El desastre de las barcas balleneras	7
—	II. — A bordo de la *Torpa*	22
—	III. — En ruta hacia el Norte	36
—	IV. — Los primeros hielos	50
—	V. — Noche angustiosa	63
—	VI. — El archipiélago de Spitzberg	77
—	VII. — La *Torpa* prisionera	92
—	VIII. — Los náufragos de la *Tornea*	105
—	IX. — El regreso	118
—	X. — Llevados al Sur	134
—	XI. — El choque del *wacke*	148
—	XII. — Las presiones de los hielos	162
—	XIII. — A la deriva	177
—	XIV. — Una historia de osos blancos	190
—	XV. — El Maëlstrom	202

OBRAS PUBLICADAS

EN LA

Biblioteca Calleja.

1.	*Jacolliot*.....	El crimen del molino de Usor.
1 bis.	*Souvestre.*	Memorial de familia.
2.	*Bouvier*.....	Colette ó la Cayenita.
2 bis.	*H. de Saint-Aubin*...	La heredera de Biragüe.
3.	*Noir*.....	La reina de los gitanos.
3 bis.	*Maël*.....	Lo que canta el amor.
4.	*Salgari*.....	Los pescadores de ballenas.
4 bis.	*Salgari*..	Invierno en el Polo Norte.
5.	*Féval*.....	El juramento de Lagardère.
6.	*Féval*.....	Aurora de Nevers.
7.	*Feuillet*.....	La novela de un joven pobre.
8.	*Toudouze*....	Las pesadillas.
9.	*Salgari*.....	Soberana del Campo de Oro.
10.	*Salgari*.....	El rey de los cangrejos.
11.	*Belot*.....	El parricida.
12.	*Belot*.....	Lubin y Dácolard.
13.	*Merouvel*....	El bazar de San Germán.
13 bis.	*Maël*.....	La Gaviota.
14.	*Canivet*.....	Hijo del mar.
15.	*Salgari*.....	Los náufragos del *Liguria*.
16.	*Salgari*.....	Devastaciones de los piratas.
17.	*Silvestre*.....	Rosa de Mayo.
17 bis.	*Maël*.....	La mujer del capitán.
18.	*Pont-Jest*....	De princesa á modelo.
19.	*Vast-Ricouard*.....	Conflicto entre dos amores.
20.	*Salgari*.....	Sandokan.

21.	*Salgari*.....	La mujer del pirata.
22.	*Enne et Delisle*.....	Aventureros del crimen.
23.	*Bernard*.....	La piel del león.
24.	*About*.....	El hombre de la oreja rota.
25.	*Tony-Révillon*.....	El proscripto.
26.	*Busnach*.....	Yerros policíacos.
27.	*Pothey*.....	Malambó.
28.	*Ponson du Terrail*....	Diana de Lancy.
29.	*Vialon*.....	El hombre del perro mudo.
30.	*Salgari*.....	Los estranguladores.
31.	*Salgari*.....	Los dos rivales.
32 y 33.	*Walter Scott*..	Quintín Durward.
34.	*Ponson du Terrail*.....	El capitán Coquelicot.
35.	*Maël*.....	El torpedero 29.
36.	*Salgari*.....	Los tigres de la Malasia.
37.	*Salgari*.....	El rey del mar.
38.	*Gautier*.....	La novela de la momia.
39.	*Barbey d'Aurevilly*.....	La virgen viuda.
40.	*Salgari*.....	El capitán Tormenta.
41.	*Salgari*.....	El león de Damasco.
42.	*Vilkie Collins*	La muerta viva.
43.	*Champol*....	La hermana Alejandrina.
44.	*Champol*....	Las que vuelven.
45.	*Assollant*....	Dos amigos en 1792.
46.	*Cherbuliez*...	Miss Rovel.
47.	*Salgari*.....	La hija de los Faraones.
48.	*Salgari*.....	El sacerdote de Phtah.
49.	*Dickens*.....	El hilo de oro.
50.	*Dickens*.....	El eco de la tormenta.
51.	*Davidson*....	El misterio de la calle Harley.

52.	*Gaboriau*....	El legajo núm. 113.
53.	*Gaboriau*....	El hijo falso.
54.	*Monteil*.....	Juan de las Cadenas.
55.	*H. de Saint-Aubin*.....	El cura de aldea.
56.	*Pradels*.....	Agencia matrimonial.
57.	*About*.....	Treinta y cuarenta.
58.	*Salgari*.....	Los solitarios del Océano.
59.	*Salgari*.....	El estrecho de Torres.
60.	*Féval*.....	El castillo maldito.
61.	*Féval*.....	Los vampiros.—Segunda parte de El castillo maldito.
62.	*Opale*.....	La princesa Helga.
63.	*P. Lebrun*...	Un tío á pedir de boca.
64.	*P. Lebrun*...	El simpático Cascarrabias.
65.	*Féval*.....	Los mercaderes de plata.—Tercera parte de El castillo maldito.
66.	*Féval*.....	La casa de Geldberg.—Cuarta parte de ídem.
67.	*Féval*.....	Los tres hombres rojos.—Quinta parte de ídem.
68.	*Féval*.....	El misterio de la Trinidad.—Sexta parte de ídem.
69.	*Féval*.....	Los bastardos de Bluthaup.—Sétima parte de ídem.
70.	*Féval*.....	El barón de Rodach.—Octava parte de ídem.
71.	*Salgari*.....	La perla roja.
72.	*Salgari*.....	Los pescadores de perlas.
73.	*Daudet*.....	Tartarín de Tarascón.
74.	*About*.....	Germana.
75.	*Walter Scott*	Guy Mannering.
76.	*Walter Scott*	Enrique Beltrán de Ellangowan
77.	*Chavette*....	La bella Aliette.
78.	*Cardona*....	El primo.

79.	*Ciurana*....	Una penitencia.
80.	*Salgari*.....	El corsario negro.
81.	*Salgari*.....	La venganza.
82.	*Davidson*...	Dorina.
83.	*Féval*.....	El lunar rojo.
84.	*Féval*.....	El fantasma.
85.	*Maël*.....	Caridad.
86.	*Salgari*.....	La reina de los caribes.
87.	*Salgari*.....	Honorata de Wan-Guld.
88.	*Maël*.....	Soledad.
88 bis.	*Maël*.....	Pedro de Trémeur.
89.	*Salgari*.....	Yolanda.
90.	*Salgari*.....	Morgan.
91 y 92.	*Sienkiewicz*..	Quo vadis...?
93.	*Ciurana*....	El debut de un juez.
94.	*Salgari*.....	La capitana del Yucatán.
95.	*Martínez Zuviria*...	Alegre.
96.	*Cherbuliez*..	El conde Kostia.
97.	*Maël*.....	Siempre tuya.
98.	*Conan Doyle*	La sombra grandiosa.
99.	*Dickens*....	Oliverio Twist.
100.	*Dickens*.....	Premio y castigo.
101.	*Salgari*.....	Los horrores de Filipinas.
102.	*Salgari*.....	Flor de las perlas.
103.	*Salgari*.....	Los cazadores de cabezas.
104.	*Conan Doyle*	Rodney Stone.
105.	*Conan Doyle*	Estudio en rojo.
106.	*Maël*..... ..	Las que saben amar.
107.	*Poë*.....	Narraciones extraordinarias.
108.	*Salgari*.....	Al Polo Norte.
109.	*Féval*.....	El juego de la muerte.
110.	*Féval*.....	El capitán Mazurka.
111.	*Féval*.....	El último superviviente.
112.	*Salgari*.....	Las panteras de Argel.

113.	*Salgari*.....	El filtro de los califas.
114.	*Socias*.....	Celia.
115.	*Souvestre*...	El mendigo de San Roque y Un filósofo en una guardilla.
116.	*Mie d'Aghonne*....	El niño abandonado.
117.	*About*.....	La novela de un hombre honrado.
118.	*Enault*.....	Rolando.
119.	*Davidson*..	La mujer de Rómulo Wissart.
120.	*Reade*.....	Aventuras de Elena Rolleston.
121.	*Reade*.....	Roberto y Arturo.
122.	*Assollant*...	El doctor Judassohn. — About. El rey de las montañas.
123.	*Enault*.....	Historia de una conciencia.
124.	*Musset*.....	Una vida del diablo.

Colección Rocambole, por Ponson du Terrail (números 125 á 156 bis). ***(En prensa.)***

157 y 158.	*E. Sienkiewicz*...	La familia Polaniecki. (Dos tomos.)
159.	*A. Belot*....	El secreto terrible.
160.	*P. Féval*....	La cosaca.
161.	*E. Souvestre*	El pastor de hombres.
162, 163 y 164.	*E. Souvestre*..	El rey del mundo. (Tres tomos.)
165.	*Saint-Pierre*	Pablo y Virginia.
166 y 167.	*E. Salgari*.....	El hombre de fuego. (Dos tomos.)
168.	*Polo y Peyrolón*.....	Alma y vida serranas.

y 170.	C. [illegible] *taura*.....	El hijo del sacristán. (Dos tomos.)
171.	*R. de Rahavánez*.....	Pasiones.
172.	*G. González y Rodríguez*.....	Memorias de un ministro.
173.	*C. Davidson*	El precio de una vida.
174.	*Souvestre*...	La gota de agua.
175.	*P. Maël*.....	Lo que puede la mujer.
176.	*E. Salgari*..	Los dramas de la esclavitud.
177.	*Autrán*.....	O témpora! O mores!
178.	*E. About*....	El marido imprevisto.
179.	*E. About* ...	Las vacaciones de la condesa.
180.	*E. About*....	El marqués de Lanrose.
181 y 182.	*A. Manzoni*.....	Los novios. (Dos tomos.)
183.	*E. Salgari*..	El continente misterioso.
184 y 185.	*E. Salgari*.....	Los horrores de la Siberia. (Dos tomos.)
186 y 187.	*E. Salgari*.....	Un drama en el Océano Pacífico. (Dos tomos.)
188, 189 y 190.	*Paul Féval (hijo)*	Las cabalgadas de Lagardère. (Tres tomos.) (Segunda parte de Aurora de Nevers.)
191, 192 y 193.	*Paul Féval (hijo)*	Cocardasse y Passepoil. (Tres tomos.) (Tercera parte de íd.)
194, 195 y 196.	*Navarro Villoslada*...	Doña Blanca de Navarra. (Tres tomos.)

113. [illegible] *ga*.....	El filtro de los calif[illegible] [illegible] León de Damasco. (Dos tomos.)
199 y 200. *E. Salgari*.....	Dos abordajes. (Dos tomos.)
201 á 203. *Ch. Dickens*.....	David Copperfield. (Tres tomos.)
204. *E. Salgari*..	Los náufragos del Spitzberg.
205 y 206. *E. Salgari*.....	Al polo austral en velocípedo. (Dos tomos.)

855Sa34 T5

04153138
855.SA34
T5
SALGARI

APR 27 1949

MADRID
CALLEJA